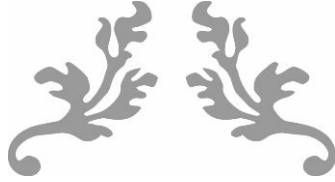


CLARA MONTECARLO

UNA CHICA
del Montón

DEL INFIERNO AL CIELO



UNA CHICA DEL MONTÓN

Del Infierno al Cielo



Por Clara Montecarlo

© Clara Montecarlo 2020.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Clara Montecarlo.

Primera Edición.

Dedicado a;

Tamara, por mostrarme el mundo con sus ojos.

Sara, por aceptarme y quererme tal y como soy.

Mi regalo GRATIS por tu interés;

--> ***Haz click Aquí*** <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> ***www.extasiseditorial.com/amazon*** <--

*para suscribirte a nuestro boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

1

La primera vez que tuve una experiencia si igual, curiosamente pasó gracias a una locura sin sentido. Mentiría al decir que esperaba que algo así me sucediera, más que nada porque para aquel entonces, pensar incluso en eso era muy improbable.

Luego de eso, entendí que todos tenemos algo que nos cambió la vida a cierta medida, un evento que para cualquier otro sería insignificante, pero que nos ayudó a ser mejores personas; cambiar nuestra manera de ver la vida o de ser más audaces. No lo sé.

Estoy segura que todos han pasado por algo similar. Lo que no sé es si eso que hicieron para marcar una línea entre el su nuevo ser y el anterior, fue lo mismo que hice yo. Nunca esperé que una orgía me llevaría a ser quien soy ahora, ni mucho menos que, para tenerla, tuviera que encontrarme con la verdadera yo.

De ese entonces, recuerdo una semana en específico en la que no esperaba que las cosas fueran tan animadas. Me parecía que ya debía rendirme con respecto a mis necesidades sociales, y eso porque la verdad ya había pasado mucho tiempo desde que había hablado con alguien. Tras dejar que mi mejor amiga terminara la primera etapa de la universidad y no la continuara conmigo, los días pasaron a ser lentos, tediosos y realmente solitarios.

Sin embargo, eso no fue obstáculo para Connor —simpáticamente, la razón por la cual todo sucedió—. En su momento me intrigaba la verdadera razón por la cual comenzó a hablarme. Durante horas, pensaba y pensaba todas las posibles razones, intentando comprender por qué alguien como él se acercaría a mí. Cuando lo supe, sus motivos no fueron para nada de mi agrado.

En fin, en su momento, significó que podría pasar tiempo con él; no importaban las razones que pudiera haber tenido, cualquier cosa lo justificaría si el resultado era su compañía. Cuando se lo conté a Karen, tomó la noticia de mi nueva adquisición social con mucho entusiasmo.

—¿Ese es al que le das clases?

Siempre hablábamos, tal vez no tanto como lo hacíamos cuando nos veíamos, pero las veces que se podía, le contaba todo lo que me pasaba en la universidad desde que ella la acabó. Estar todo el día sola era un poco abrumador, así que una buena llamada podría mejorarme el día.

—No son clases... ya te lo dije. Solamente lo estoy ayudando.

—Lo que sea, es lo mismo —respondió—; pero no importa —siguiendo con una risa traviesa—, suena a que es lindo —acertó, aunque no lo supiera.

—Puede ser —respondí.

Había que mantener el misterio encendido mientras pudiera. Era difícil ser la interesante cuando solamente daba vueltas o duraba horas sentadas sin hablarle a nadie. Ayudar a Connor fue la cosa más interesante que me había sucedido en semanas; tal vez no era necesario que fuera misteriosa con ella, pero, en ese entonces me hizo sentir bien.

—Está bien... guárdatelo. No me digas... Bien. —Respondió, fingiendo un disgusto que le duró poco—. Y ¿Todavía te divierte darles clases a los idiotas? ¿Ya no deberías estar saliendo con el niño este?

—¡Qué no doy clases! Solo los ayudo. Y no es un niño... ¡Y no son idiotas! —me defendí, lo defendí, los defendí...

—Oh vamos, querida...

Con el tiempo había aprendido a no darle mucha importancia a lo que ella dijera, hasta el punto que la verdad no encontraba razón alguna para molestarme con Karen; le encantaba animar el problema, verlo arder y luego irse como si nunca hubiera formado parte. Me resultaba liberador hacer ese tipo de cosas con ella: discutir, estar de acuerdo, discrepar... la nuestra resultaba una amistad estable con la que me desahogaba de vez en cuando.

—Pérdida de tiempo —desdeñó— ¿Para qué necesitan personas que los ayuden? Yo no necesité ayuda.

—Porque yo te explicaba todo.

—Pero eres mi amiga, lo hacías por eso.

—Es prácticamente lo mismo, Karen —afirmé—, ellos no entienden algo y yo trato de explicárselos. Es lo menos que puedo hacer... no sé, me mantiene ocupada ¿Sabes? Además, no es con todos, ya nadie parece necesitar la ayuda de terceros para pasar las materias.

—¿Por?

—No lo sé, creo que simplemente no les importa, o tal vez pagan por eso. Te digo, no lo sé.

—Bueno, no importa. ¿Y qué más? ¿Cuándo te gradúas?

Escucharla al teléfono no era lo mismo que hablar con ella en persona. Me tenía que imaginar todo lo que hacía conforme iba diciendo las cosas, como si se tratara de un audiolibro mal narrado; no era divertido.

—¿En serio no quieres venir? —aludí a un tema pasado, sin responder a su pregunta—. Puedes inscribirte para el siguiente semestre, yo congelo y te alcanzo.

—Aja, sí, ¿Y qué vas a hacer durante todo ese tiempo?

—Bueno, no sé, estar contigo viendo las clases...

—¡Qué ya viste! —resaltó.

—Sí, bueno, pero no me hace daño... te podría ayudar ¿Sabes?

Realmente traté de sonar lo más convincente posible.

—No... —Respondió con desdén.

Simplemente no quería, y eso no me gustaba.

—Pero no quiero estar sola —insistí.

—No... el trato era que me graduara, nunca dijeron de qué. Yo estoy contenta con mi técnico.

—Pero no lo hagas por ellos, puedes estar conmigo.

—Sabes que quiero estar contigo... pero...

Ya sabía qué dirección iba a tomar. Se notaba en su voz que no iba a hacerlo siquiera por eso. La idea de estar sola por los mismos pasillos, me hacía sentir peor, y saber que podría estar con ella en cualquier momento, era, aunque algo improbable, mejoraba todo.

—Vamos... —insistí aún más.

—No, bebé. No... —se negó, imprimiéndole un ademán muy propio de ella

Me la imaginé moviendo el dedo de un lado al otro mientras se negaba.

—Oh, vamos, no seas así —respondí.

—Te dije que esto iba a pasar. ¿Por qué no sales con el chico este y ya? No me necesitas.

—No es lo mismo... él no es... —no quería sonar como una perdedora y decirle que no era capaz de pedírselo—, simplemente no es lo mismo.

—¿Qué tengo yo que no tenga él? —preguntó, con cierta connotación de humor.

Resoplé un poco, asomando una sonrisa. Me hacía bien hablar con ella.

—Que no es mi mejor amiga —aseveré—, tú sí.

Aún estaba tratando de convencerla para que se fuera conmigo.

—¡Ay! —dijo con ternura—. Qué linda eres. Yo también te quiero —para luego agregar—: ¿Sabes qué creo yo? Que de seguro no quieres seguir estudiando.

—¡No! Claro que quiero seguir estudiando, pero es que...

—Que ¿Qué, querida?

Ser una perdedora más en ese lugar, no tener con quien hablar y estar todo el día sola, me resultaba poco atractivo. Estar juntas una vez más, mejoraría con creces mi ya deplorable situación en ese momento. Pero ese no era el motivo por el cual la estaba llamando, y ella lo sabía.

—¿Es por el chico? —agregó, leyéndome como a un libro.

—Puede ser —traté de ser evasiva.

—Oh, por favor... —respondió, agotada—, ¿Acaso te gusta de verdad? ¿No es como que muy joven para ti?

Era verdad. De cierta forma tenía ese temple de niño que no le quitaba la barba ni la estatura, ni los hombros firmes, ni la voz de hombre.

—Solo le llevo tres años —dije—, no es como que esté asaltando la cuna de alguien.

—Mi vida, eso es exactamente lo que parece.

—Claro que no —le dije.

Connor me hacía sentir incomoda de una forma extraña, hablar de él, causaba el mismo efecto. Karen lo supo casi de inmediato. Luego de colgar la llamada, decidí que debía ir al comedor de la universidad para terminar de esperar para la siguiente clase.

Era lo más que podía hacer luego de invertir la mitad de mi tiempo libre hablando con Karen, apartada de toda civilización porque, a pesar de no querer sentirme sola, tampoco quería entregarme a los burdos rituales de la sociedad.

Pero tras compartir tanto con él, dedicarle mi tiempo libre a Karen dejó de ser una opción. Parecía que me estaba volviendo su amiga de alguna forma y eso me hacía sentir muy bien, aun y que ese no fuera el tipo de relación que quería que tuviésemos. Los días posteriores a esos, comencé a sentir que pertenecía a algo solo por el hecho de estar a su lado.

No puedo negar que era una interpretación absurda e inmadura, pero era lo que me hacía sentir bien dentro de tantos descontentos. Hablaba con él y, por extensión, con sus amigos, sus conocidos y las personas que se le acercaban. No era como que me tomaran en cuenta o que me sintiera menos invisible, la verdad no podría importarme menos, pero me mantenían distraída de todo.

De cierta forma, estaba feliz, y ciertamente se debía a que hay algo en relacionarse con la sociedad que lo llena a uno de tal forma; te distrae de la realidad, te hace sentir bien contigo mismo y eso estaba bien. Cuando menos me lo esperaba, Connor lograba acercarse a mí y ayudarme a reconocerlo, supongo que por eso me dolió tanto cuando entendí por qué lo estaba haciendo y el tipo de persona que era. Aunque ¿Acaso podría culparlo?

—¿Acabas de llegar? —preguntó, sentándose justo en frente de mí.

Sonreí casi de inmediato, esperando que no se hubiera notado del todo.

—No... digo —aclaré mi garganta—, sí... —divagué.

Él simplemente sonrió. Se notaba lo lindo que era cuando lo hacía, tanto así que me costaba relacionar las distancias que había entre los dos. Su edad, su círculo social; todo lo que fuera que arruinase una posible relación. No voy a negar que me traía loca, no había nada en él que estuviera mal.

—Bien, entonces —rio un poco—. ¿Y cómo va todo?

—Todo bien. Sí, de maravilla. ¿Y tú?

—Perfecto —respondió, mientras se sentaba a mi lado—. Eso creo... porque no sé si pueda lograrlo.

No podía evitar sentir que cada vez que hablaba conmigo había un motivo oculto. Siempre tan cercano, tan extraño; parecía que quería algo de mí y yo pretendía saber qué era, cuando en realidad a penas y podía contener las ganas de suspirar a cada rato. Nadie se acercaría a mí, así como así si no fuera simplemente porque necesitaba algo, sin embargo, estaba convencida de que ninguna persona, en su santo juicio, se fijaría en mí.

—¿Qué? ¿Cómo que no puedes?

—Es que... ¿Por qué no me dices qué hacer para yo hacerlo?

—¿Leíste el libro que te dije?

—Sí —respondió, tomándose un momento para buscarlo en su bolso.

En lo que me lo entregó, me miró desolado.

—¿Lo leíste? —repetí, porque era obvio que no lo había hecho.

—Bueno —divagó—, así como tal, leerlo, leerlo...

Connor levantó los hombros como si tratara de esconderse en ellos.

—¿Por qué no lo leíste? —inquirí, decepcionada.

—¡Sí lo leí! En serio. Lo hice... pero es que... no es tan fácil. Lo intenté de verdad.

—Oh, Connor, vamos. No es tan difícil.

—¿Cómo lo harías tú? —preguntó, cual niño que interroga.

Yo simplemente no sabía qué decirle.

—Intentarlo más —le dije.

—Está bien —dijo, resignado.

—Descuida.

—Eres muy especial, ¿Lo sabes? Realmente especial.

Me sonrojé un poco.

—No... vale... no digas eso.

Nos quedamos un rato en silencio sin saber exactamente qué decir. Él se comenzó a distraer con su móvil mientras que yo intentaba no sacar el mío para caer en el mismo círculo vicioso. Justo cuando me estaba acostumbrando al silencio, él miró la hora en su reloj y habló.

—Oh, rayos —dijo, llamando mi atención.

- ¿Tienes que estar en otro lado?

Connor evitó responder la pregunta levantándose, despidiéndose cortésmente y yéndose así no más. Eso me recordó que mi hora libre estaba a punto de acabarse, por lo que no le di más importancia al asunto. Era una época complicada para mí.

Tantas cosas pasaban por mi cabeza y a la vez ninguna parece que hubiera sido importante porque ahora siquiera las recuerdo. En ese entonces a penas y podía mantenerme centrada en una misma cosa sin comenzar a pensar en cómo sería todo si estuviera con Karen o me sintiera mejor.

A pesar de que me estaba haciendo amiga de Connor, no era como que pudiera estar con él a cada hora del día, por otro lado, aunque fuese poco, compartíamos mucho más que cuando simplemente lo ayudaba con sus cosas. Lo bueno fue que la relación había crecido rápido.

Él era para mí ese tipo de persona por la que constantemente te preguntas si realmente vales la pena, en si lo que haces está bien o si puedes mejorar todo lo que eres, tan solo para caerle mejor.

Al estar con él me sentía incomoda en el buen sentido. Durante un tiempo estuvimos de un lado

al otro; cada que salía de una clase, me hallaba buscándolo con la mirada para no estar el resto del día sola, en el que, luego de acompañarlo con cualquier excusa que se me ocurriera, me daba la impresión de que el día no había sido tan malo después de todo.

Reconozco que era un poco difícil no sentirse atraída por alguien como Connor, por su forma de ser, por su carisma, su físico... De la noche a la mañana, apareció en la universidad cautivándolas a todas, y el que se hubiera acercado a mí —así hubiera sido para pedirme ayuda— me hacía sentir bien.

Aunque, no duró demasiado.

Luego de que me dejó sin decirme por qué, seguí con mi vida como lo habría hecho en cualquier otro momento. Estaba intentando ser una necia paranoica al pensar que tal vez lo uso como una excusa para alejarse de mí, o que yo tuviera que ver algo que ver en todo eso. Al poco tiempo de que la segunda clase terminara, intenté dejar de pensar en eso.

la siguiente me tocaba al otro lado de la facultad, por lo que decidí que debía tomar un atajo para llegar cuanto antes. Corté por el gran reloj y por una gran variedad de lugares hermosos que servían de atractivo turístico, hasta llegar a un pasillo abierto que divide las diferentes rutas de la universidad.

Pero todo ese camino corto me llevaba hasta un edificio que, se supone, eran residencias de estudiantes —o por lo menos ese era el plan hasta que simplemente decidieron abandonar las obras y convertirlo en un depósito de polvo y porquerías—. Por fortuna, conocía una manera de entrar y evitar rodearlo para perder más tiempo.

Objeto de mitos urbanos y razones estúpidas para no adentrarse a él, estaba completamente solo, al igual que siempre, con la promesa de que en cualquier momento podría salir una anima o algo peor, pero yo tenía mucho tiempo pasando por ahí gracias a que Karen me había obligado a atravesarlo en su momento; durante cuatro años nada malo había pasado.

Un tanto oscuro, tenebroso y solitario, resultaba un poco difícil entrar sin hacer que algo se cayera de las puertas o las paredes, por lo que mi trabajo era acercarme con el más sumo cuidado.

Escapándole al polvo y a las enormes telarañas, me encuentro paseando por el lugar recorriendo el camino que ya me sabía de memoria. Pero, de un momento a otro, ecos de sonidos extraños comenzaron a sonar, «nada del otro mundo» —me dije—, y seguí caminando.

Pero, había un sonido más.

Al principio pensé que era el bramido del viento al permear las ventanas rotas, pero sabía que nada sonaba así —aunque imposible no era—. Constante y repetitivo, fuera lo que fuese, me había comenzado a preocupar.

Sin detenerme, comienzo a creer que son voces, pero no consigo entender palabra alguna. Disminuyendo lentamente el paso, voy escuchando que va subiendo el tono en crescendo, con sutiles pausas como si se tratara de respiraciones cualesquiera.

Sigo escuchando y bajando la velocidad de mis pasos hasta que estoy prácticamente parada en medio de un pasillo un tanto tenebroso al cual no le estaba prestando atención. Mi cabeza giraba en torno a ¿Qué es ese sonido?

Preguntándome que podría ser, trato de buscar en mi biblioteca mental de ruidos raros con la esperanza de identificarlo sin darle muchas vueltas al asunto. No podía dejar de pensar lo raro que era que algo tan constante y específico estuviera sonando ahí.

De repente, me hallo respirando un poco más suave para poder escuchar mejor lo que estaba sucediendo, ya que podría ser también el sonido de mi propia respiración la que lo exageraba, producto del casi extremo silencio que me rodeaba. En ese momento simplemente encontraba

excusas para no seguir explorando, para dar media vuelta e irme sin mirar atrás.

Habría sido lo más inteligente.

Sigo caminando en la dirección de la que creo que proviene el sonido, cuando de rebato, dejan de parecer sonidos inentendibles a gemidos claros. Se siente el ritmo característico de una respiración.

Ahí me pregunté si se trataba de lo que creía que era o si solamente era yo exagerando las cosas. Indecisa, ente lo qué podía ser y lo que no, no me cabía duda de que no debía estar sucediendo ahí. Sin embargo, habiendo escuchado lo que «podría ser» no me esperaba que terminara siendo eso en realidad.

«¿Qué tal si no es nada? Podría ser cualquier cosa.» —me dije. No es la primera vez que tomo este camino; y por eso, lo que escuchaba podía ser simplemente una persona escondiéndose para hacer sus cochinas con algún video o simplemente un perverso —trataba de suponer lo mejor, esperando nada raro—. Mientras lo pensé, resultó idílico, hasta que, acercándome al origen del sonido, me encuentro con mi profesora favorita sobre el chico que me gusta. No esperaba ver a Connor desnudo de esa manera; la verdad, no me esperaba verlo desnudo en lo absoluto. Y como si fuera poco, al mismo tiempo en que ella sostiene los miembros tiesos de dos de sus amigos — que no tardé mucho en identificar—, estaba haciéndole cosas que ni siquiera sabía que eran posibles.

Con Connor sobre la mesa, sentada sobre él, exhibía un tapón anal sutilmente oculto entre sus nalgas. Tenía un diamante redondo de fantasía de color rosado que atraía la mirada por más que se intentara ignorar. Incapaz de procesar esa información, me quedé un buen rato observando lo que hacían, sintiendo que debería estar en otro lugar, olvidando el motivo por el cual llegué allí.

Y esa es, por lejos, la peor parte.

Continúo viéndolos como una tonta, sin ser capaz de apartar la mirada porque, de alguna forma u otra, estoy hipnotizada por sus movimientos, los sonidos que emiten, la forma en que se comportan. Era la primera vez que veía eso en persona; me había cautivado.

¿Cómo es que se llamaba? Tardo un poco en recordarlo, pero viene a mí sin mucho esfuerzo después que veo cómo uno de los que están siendo mamados le da una bofetada en el seno a Claudia: «gang bang». Me era familiar, pero al mismo tiempo tan ajeno. No esperaba estar presente en uno. Por alguna razón algo en mí pedía que me acercara.

Claudia no dejaba de mover sus caderas, actuando con completa naturalidad ante el hecho de que dos hombres le golpeaban el rostro con sus penes. Ellos no dejaban de verla tampoco, encantados por la forma en que sus manos jugaban con sus miembros.

Connor, por otro lado, no dejaba de tocarle el culo, evidentemente embriagado por el sube y baja de aquella mujer. Mientras que se movía sobre él, le daba nalgadas, le apretaba la cintura, trataba de tocar lo más que podía al mismo tiempo en que la hacía gemir cada vez más fuerte.

Debió ser esa la razón del porque los escuchaba, era de las que gritaba. Lo que escuché tres pisos abajo, se hizo aún más algo, dándome la impresión de que toda la universidad podría oírlo si se concentraban mucho. Era un escándalo sin precedente, uno que, a pesar de lo extravagante y poco higiénico que se veía, me estaba excitando.

Desde donde me encontraba, podía ver la forma en que su pene salía y entraba en su vagina, haciendo sonar los líquidos que se escurrían de la misma, incluso por sobre los gemidos y el eco. Me resultó tan varonil, tan firme, tan fuerte... un despliegue de una perfecta masculinidad que no esperaba presenciar jamás.

Siempre había querido ver uno en persona, saber a qué se sentía, olerlo, tocarlo, poseerlo.

Connor sí que tenía algo de lo qué estar orgulloso. Lo veía y simplemente no podía dejar de imaginarme todas las cosas que hacían juntos, porque, el bombardeo visual que tuve en ese momento no fue suficiente.

Pero Claudia no se quedaba atrás. Sus sacudidas ¡Dios! A pesar de todo lo malo, incluso ahora, se me hace difícil negar que definitivamente se movía como una diosa. Era increíble la forma en que meneaba su cuerpo, logrando que no se viera grotesco ni desagradable.

Sus nalgas rebotaban sobre aquel chico, mientras que se tragaba por completo el pene de los dos amigos de Connor. No dejaba de pensar que debía de sentirse increíble tener esos dos penes en la boca, besarlos, estar frente a ellos. Pero ella era el centro de atención; Claudia emanaba una especie de aura dominante y controladora, consiguiendo que ellos simplemente se comportaran como sus esclavos sexuales.

Connor continuaba nalgueándola, dejándole el culo rojo; le apretaba un par de pechos perfectos que instintivamente me hicieron tocar los míos en un reflejo de envidia «¿Por qué no son como esos?» —me dije—, para luego apreciar la curva de su cintura hasta sus caderas, que tenían la proporción exacta de una mujer seductora. La miraba y me imaginaba a mí en esa posición, siendo todo lo contrario de lo que era ella en aquel momento.

Justo ahí, comienzo a sentir cierto escalofrío en mi cuerpo; apretaba mis muslos uno contra otro, en un intento desesperado por darme, aunque fuera un poco de placer. Sus gemidos, lo que ellos y ella decían: «Sí, eres perfecta; trágate todo; dame más duro, papi...; ¿Quién es mi perra?» —a lo que ella respondía—: yo, yo soy tu perra» se enterraba en mi cabeza, que incluso, días después, continuaba escuchándolo, atormentándome cada que lo recordaba o cuando intentaba darme un poco de placer.

De nuevo, llegué a preguntarme si en realidad quería hacerlo también, intentando comprender qué tan bien se sentiría ser penetrada de esa forma. Era embriagante el ambiente que provenía de aquellos cuatro. Te invitaban a formar parte sin decir ni una palabra.

La mera idea de acercarme iba tomando el control de mi cuerpo de tal manera que me parecía que estaba a punto de cagarla. Estando ahí, me digo que no me quiero mover, que no quiero que ellos me noten. A pesar de mi deseo de involucrarme, preferí mantenerme alejada con la intención de no molestarlos, de no hacer una locura y de disfrutarlo desde lejos.

Anunciando sus movimientos, Connor se levantó y comenzó a coger el cabello de Claudia, mientras que ella se ponía de rodillas levantando el culo. «Es tu turno, mi amor», la escucho decir a uno de los chicos a los que les estaba comiendo el pene. Se veía le veía tan bien en lo que lo levantó, que incluso me hizo sentir que me está llamando.

Su forma de hablarles era tan sucia, tan seductora; la manera en que los dominaba. Seguían sus instrucciones como si fuera una clase privada en la que todos tenían el derecho de participar. Aún recuerdo lo que les dijo: «Podría cogerme todo el día esta verga» dejándose penetrar por Connor.

Los demás eran una chuchería para ella. Se notaba cuando los tomaba con la mano y los besaba, los succionaba, se los introducía en la boca hasta más no poder, y estos dos lo disfrutaban ¡Sí que lo hacían! En sus caras —la cara de aquellos a los que nunca se les presta atención—; se podía apreciar que estaban contentos de estar ahí.

El olor que emanaba de ellos era realmente embriagante; nunca habría imaginado que el sexo tuviera un olor característico. Tal vez haya sido por el pequeño lugar o lo cerca que estaba, pero, sin importar qué, me hallaba segura de que era lo más extraño que había visto y percibido en toda mi vida.

Ni siquiera el porno me habría preparado para eso.

Del mismo modo en que me perdía en el erotismo de algunas cosas: novelas, videos, películas, relatos, mi imaginación... me sentía parte de eso. Era como si los estuviese viendo directamente a los ojos de cada uno y que cualquier cosa que se me ocurriera no sería más candente que la ya erótica escena sexual que estaba presenciando.

El pene de uno de sus amigos comenzó a introducirse en su vagina, en lo que Connor comenzó a quitarle el tapón anal que tenía tan incrustado para terminar volverle a introducirle algo más personal, más grueso y más real.

Estar ahí definitivamente me puso nerviosa. No era solamente los gruesos penes, el culo redondo de mi profesora ni la forma en que estaba viendo al chico que me gustaba; la desnudez en general de los involucrados, eran algunas de las cosas que no podía simplemente dejar de apreciar.

Algo había en la silueta de sus cuerpos que no dejaba de parecerme increíblemente atractiva. Estaban en un estado tan vulnerable y abierto que me daba la impresión de que eso que estaban haciendo no era apropiado, aunque se sentía y se veía muy bien. Pero, las cosas no se mantuvieron así. Repentinamente, un silencio de esos que hacen que un pitido agudo estalle en tu oído, apareció luego de que escuché mi nombre.

El corazón me comenzó a latir de golpe, el cuerpo me tembló exageradamente como si estuviera congelándome de muerte. Un dolor fuerte y repentino me detuvo el pecho; me hallaba inmóvil —pese a mis temblores— frente a ellos.

Cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde para correr sin ser vista; estaban mirándome directamente a los ojos, como si no estuvieran desnudos, como si ella aun no tuviese dos penes penetrándola —uno de ellos el de Connor—. En cuestión de segundos, las cosas simplemente empeoraron.

¿Qué me había llevado hasta ahí?

2

Connor era un tipo realmente amable. Nada extraño había entre nosotros dos, aparte de unos que otros consejos poco cuidados que le daba para mantenerlo cerca. Pero a pesar de todo eso, estaba segura que no compensaba ninguna necesidad de compañía más de lo que realmente era. Estaba desesperada por un nuevo amigo con el cual pasar el tiempo... y ¿Quién sabe? Hasta podría resultar algo de todo eso.

Culpo a Karen por ello.

—Tienes que cogértelo —Dijo la primera vez que hablé de él.

Ni siquiera esperó que terminara de contarle la forma en que lo conocí. De inmediato, volteé mis ojos como si ella realmente me estuviera viendo, suspiré de hastío y continué con mi relato, esperando que no fuera a lanzarme ninguna otra insinuación innecesaria. No es que ella sea una puta, pero sí es un poco impertinente.

—Y le dije que...

—¡Tienes que cogértelo! —interrumpió.

—¡Oh, vamos! mujer, deja ya. No me lo voy a coger... te estoy diciendo que...

—Pero linda, tienes que hacerlo. No dejas de hablar de él, tienes que ponerte un par de pilas grandes y comenzar a preocuparte por tus necesidades. ¿Desde cuándo no coges con alguien?

—Eh... ¿Qué tal? Desde nunca.

—¡Exacto! ¿Ves lo que trato de resaltar aquí?

—¿Qué no tengo que ser una puta para ser feliz?

—No estoy diciendo que te acuestes con todos los que se te crucen.

—No... no estás diciendo eso —respondí con sarcasmo—, lo que dices es que me coja a un chico que no me presta más atención de la debida, al que acabo de conocer y quien vino a mí por ayuda. Así, no más; sin conocernos, sin tener una relación estable. Simplemente cogérmelo como una puta más. ¿Es eso lo que tratas de decir?

—¡Oh, por favor! Tampoco exageres. Sabes qué trato de decirte. Sab... sabes muy bien que trato de ayudarte ¿Verdad?

De hecho, sí lo sabía. Tanto Karen como yo, estábamos al tanto de mis actividades sexuales. Ningunas, para el registro. Pero comenzaba a convencerme de que no era enteramente mi culpa. Pero, ya pisando los veinticinco —y que no considero para nada raro—, ella encontraba antinatural que no hubiera una experiencia sexual emocionante que rivalizara con el hecho de haber pasado de meterme dos dedos, a meterme tres, a más de una vez a la semana.

—Pero no me voy a coger a Connor.

—¿Se llama Connor? Uy... —casi podía sentir su coqueteo.

A ella le fascinaba burlarse de mí.

—Ya basta —le pedí, a lo que ella respondió riéndose con soltura.

—Sabes que es gracioso.

—No lo es. No ahora que sacaste eso.

—¿Pero qué? Solo trato de hacerte ver el panorama completo aquí ¿Sabes? ¿Cuándo aquí te he defraudado? Yo sé de lo que te hablo, hazme caso.

—¿Cuál panorama? No hay...

—Qué ya deberías estar divirtiéndote un poco. Estás en la universidad, por Dios, necesitas un poco de acción en tu vida.

—¿Eso crees? ¿Qué vengo a la universidad para conseguir sexo? —exclamé, un poco ofendida, aunque en realidad no lo estaba del todo.

—¡Ey, no! No estoy diciendo eso. Deja de hacer eso.

—¿Hacer qué?

—De estar poniendo palabras en mi boca. Estás a la defensiva.

—No hice nada.

—¡Sí! ¿No lo ves? Y no estoy diciendo que estés ahí solo para tener sexo —vaciló—, pero te digo que tal vez necesitas probar unas que otras cosas. Y, si el chico te gusta ¿Por qué no cogértelo?

—Pero no... —intenté decirle.

—¡No tienes que salir permanentemente con alguien para tener sexo! El sexo a veces es solamente para divertirse ¿Sabes?

A su manera, ella me lleno de expectativas. Elevó el estándar de tal forma que no podía simplemente dejar de pensar en esa posibilidad: ¿Qué tal si realmente tenemos una relación? La edad no era un problema. Tres o cuatro años no son tanto. Además ¿Quién me iba a juzgar por salir con un chico menor que yo? Por Dios, estamos en una sociedad que avanza. Pero, en su momento no me imaginé algo como esto.

Y ahí estaba yo, observando como el pene de Connor no se bajaba. Claudia comenzó a acercarse a mí mientras que le jalaba el miembro firme con la mano, como si se tratara de la correa de un perro. Viéndolo así, tan erótico, tan atractivo y desnudo, no era lo mismo que eso que me imaginaba cuando hablaba con él —el cerebro sí que sabe exagerar las cosas—, ahora en frente a ellos, no me sentía tan atraída, de hecho, quería salir corriendo.

Cientos de preguntas estúpidas bombardearon mi mente; una cualidad irracional que sucedía siempre que me encontraba en situaciones incómodas. Aunque empecé a dudar de si en realidad era una situación incómoda. Mientras que veía a Claudia acercarse a mí sin ningún problema mientras que sostenía el duro pene de Connor, me hizo suponer que definitivamente no era solamente eso.

Sí, claro... suponer.

—¿Te gusta? —dijo al fin, a una distancia aceptable— ¿Quieres?

Era incómodo, sí, pero no ese tipo de incomodidad. Aceptable porque no está sobre mí, aunque con tan solo tenerla desnuda, en aquel lugar inhóspito y tenebroso, no necesitaba más para hacerme sentir que invadía mi espacio personal. «O ¿Es que yo estoy invadiendo el de ella?» —pensé—. No lograba encontrar las palabras para hablar, solamente salían:

—Eh... yo... este...

Aunque, tras pensarlo un segundo más, ¿Querer qué? Sin saber muy bien qué estaba pasando por su cabeza, ella simplemente comenzó a reírse para luego agregar como si yo fuera un cachorro adorable gañendo de miedo en una esquina:

—Ay, no... —se le asomó una sonrisa—, pobrecita...

Claudia se giró para ver a sus amantes y luego agregó:

—¿Estás asustada?

¡Joder! Sí que lo estaba ¿Qué me haría esta mujer? Es decir, son tres hombres lo suficientemente grandes para someterme sin problema y una mujer que no parece muy amigable, o por lo menos lo parecía antes de que me la encontrara desnuda.

—Tranquila —dijo, soltando el pene de Connor.

Lentamente iba pareciendo más amistosa, y a la misma velocidad, yo me iba alejando de ellos.

—¿Te gusta lo que ves? —dijo, modelando su cuerpo.

Justo después de decir eso, comenzó a vender el cuerpo de sus acompañantes, lo que daba un terrible sabor de boca.

—Este... yo.

Claudia, no apartó la mirada de mí ni por un segundo y con ella, agregó traviesa y seductora:

—¿Quieres unirnos?

—¿Unirme? —pregunta rápida, aunque más que todo por los nervios.

—Sí, querida. ¿Te gusta lo ve ves? —de nuevo modeló su cuerpo.

¿Qué podía responder a eso? Por un segundo pensé que tal vez no sabía quién era y por eso me hablaba así, aunque luego de pensarlo por un segundo más, comprendí que no solamente sabía mi nombre y me conocía, sino que actuaba como si me hubiera estado esperando.

—Este...

—Vamos, mi amor, entra —dijo, abriéndome el paso.

Los demás la siguieron junto con un silencio que rivalizaba contra el ya incomodo hecho de que todos estuvieran desnudos frente a mí. Por varios segundos me pregunté si realmente quería estar ahí, o peor, ¡Si debía estarlo! Pero no lo sabía. Me dije: «¿Qué tal si lo hago?», suponiendo que sería una experiencia interesante estar con todas esas personas, descubrir más a fondo mi sexualidad... estar con Connor.

Ya no sería un gang bang, ciertamente. Pensar en disfrutar eso era mucho más difícil que tratar de mantener la compostura. Quería parecer cool, que nada de eso me importaba en realidad, pero los nervios me estaban matando. Resultaba mucho más obvio de lo que parecía.

Inmutable, los evalué a ellos, al escritorio en el que estaban cogiendo, al lugar ya de por sí antihigiénico y tenebroso; a todo lo que me estaba asfixiando mientras sentía que se me encerraba encima causándome claustrofobia. Era inagotable.

Por unos segundos me detuve en la mirada de las única dos personas que creía conocer hasta ese entonces. Claudia, tan relajada, indiferente y segura de que yo me iba a unir a ellos, comenzó a hablar de nuevo. La había dejado de escuchar.

Me había perdido en los ojos de Connor que, a pesar de que eran los mismos, se sentían tan penetrantes, agitados, sedientos; una mirada que no era suya. Me daba la impresión de que deseaba más de eso y que, tal vez, me deseaba a mí. Ojalá fuera cierto.

Nunca me había sentido deseada. Supongo que esa fue una de las razones por la cual lo consideraré por un segundo. Así que hice lo primero que me vino a la mente. Ví el camino y lo tomé.

—¡Ey, para dónde vas! —exclamó Claudia.

Escuché su eco perderse entre las paredes de ese enorme lugar mientras que corría para salvaguardar mi dignidad o lo que fuera que estaba intentando proteger al no acostarme con ellos, al no entregarles mi virginidad. No sé si fui una estúpida cobarde o si el haberlo hecho decía mucho de mi carácter indomable. La verdad no importaba porque corrí como si no hubiera mañana.

De haberlo hecho, se habría vuelto una grosería para mí; entregarme de esa forma en un acto tan poco romántico, en donde no había conexión alguna ¿Qué estaría pensando? Quería que fuera especial, en donde pudiera elegir si hacerlo o no. No en esa situación, no siendo presionada por la mirada de Connor, de sus amigos y la de Claudia.

Mis pasos se iban haciendo más pesados a causa de mi falta de condición física; ni sabía por

qué estaba corriendo tan desesperada y rápidamente si tan solo se trataba de cuatro personas teniendo sexo. Sin embargo, no me detuve hasta que sentí que podía voltear a salvo. Casi llegando al salón al que me dirigía antes de que todo eso pasara. Traté de recuperar el aliento para que no se notara que había corrido.

Creyendo que lo más desconcertante fue ver a Connor desnudo. Aun se me hacía difícil borrarle de la cabeza su mirada, su cuerpo... su pene. Si antes era agradable verlo, más ahora, que la única imagen que tenía de él era más ¿Cómo le digo? ¿Candente? No lo sé, lo que importa es saber que, inmediatamente cerraba los ojos, veía su pene guindándole de la entrepierna.

Creo que el recuerdo lo hacía cada vez más grande, como si de alguna forma fuera posible o importara; pero, fuese eso u otra cosa, me emocionaba tan solo de imaginármelo.

Los días pasaron y no logré quitarme de la cabeza a ninguno de ellos. Se me hizo raro que no los encontraba en ningún lugar, mientras no dejaba de pensar que me esperaban en todas y cada una de las esquinas. Ya para cuando acepté que no sería así, fue como darle riendas sueltas a mi imaginación.

Me deje dominar tanto por ese recuerdo, que cada vez que venía a mí, me mojaba terriblemente. Era una sensación embriagante imaginármelos desnudos cada vez que cerraba los ojos. Tanto así que incluso pensé en buscarlos, disculparme y pedirles permiso para formar parte la próxima vez que lo hicieran.

Pero mientras no lo hacía, me masturbaba pensando en ese escenario idílico en el que me dejaba penetrar por Connor... solamente que el tocarme no fue suficiente, ni me preparó para lo que vino después.

3

La forma en que las cosas se complicaron no fueron nada normal, no contaba con que llegara tan lejos, más que todo porque realmente confié que era una buena persona, claro, eso antes de verla a los ojos mientras estaba desnuda y actuaba como si nada ¡Y es que incluso después de eso creí que solamente era una mujer amable con gustos extraños! Aun la respetaba.

De lo que pasó después, la forma en que me habló y las cosas que me dijo; para mí, fueron simplemente un mal entendido. Mi intención era intentar averiguar si no eran cosas mías nada más. Fue por eso que se me ocurrió la brillante idea de ir a decírselo.

—Profesora...

Me acerqué con cuidado, temiendo algo pudiera pasar; claro, las cosas que me dijo en su momento habrían logrado eso en cualquiera, y de no ser así, por lo menos lo logró en mí. Sí que fue un poco difícil, no lo voy a negar. Más que todo luego de pasar por un complicado camino para llegar hasta ella —era como si no quisiera verme—, y, luego de que anuncié mi presencia, estar en frente suyo no fue tan sencillo como me lo esperaba.

—Tú... ¿Qué quieres?

Su hosquedad no ayudó mucho a como me sentía, empecé a sudar, pensando que tal vez no estaría ahí a punto de «enfrentarla» de no haber sido porque vi lo que estaba haciendo, porqué me rehusé a unirme y porque pensé que sería mejor que ella al no meterme en esa clase de problemas.

En ese instante me sentí realmente tonta al siquiera pensar en aceptar su invitación. Justo ahí me sentí afortunada de no haberlo hecho, y eso que aún no lo sabía todo. A pesar de todo eso, de que no hice nada para merecérmelo, de alguna forma, todo eso parecía ser culpa mía. Así lo hacía ver ella, con su forma de mirarme. Me ponía tensa.

—Este... —tragué saliva, respiré profundo mientras cerraba mis ojos, pensando que, tal vez, así nadie me vería. Ella tampoco lo haría.

Aclaré mi garganta para comenzar a hablar, pero no pude.

—¿Me vas a decir o no? —interrumpió.

—Sí... —levanté la mirada, llenándome de una seguridad que sabía que no tenía—. Creo que hay un mal entendido en...

—¿Mal entendido? —reaccionó de inmediato, con cierto tono de ironía—. ¿De qué, exactamente?

Sentía una comezón intensa, parecía que iba a toser, o tal vez gritar —lo que fuera que pudiese sacarme de ese momento incomodo—. Desde que entré a aquella oficina, ella revisaba las hojas que sacaba de vez en cuando de una pila de papeles que tenía a mano. Sumida en lo suyo, no levantó la mirada ni por un momento, salvo para ver si me había ido, pero por encima de sus gafas sin mover su cabeza.

—Pues, que supuestamente escuché que...

—¿Supuestamente escuchaste? —rio, de nuevo con ironía, burlándose de mí—, o escuchaste o no lo hiciste. Decídetes.

Su forma de ser ya no era la misma de antes que todo esto pasara. Estoy segura de que ella no era así, o por lo menos eso me gustaría creer.

—Lo siento, yo...

—Ahora me vas a dar lastima ¿o qué?

Dentro de todo lo que ella me estaba obligando a sentir, entre la ira y la frustración, la sensación de estar en desventaja se hacía tan latente que no podía controlarla. Lo peor de todo eso es que en ese punto de mi vida, aún estaba tratándola con respeto.

—Profesora —me ahorré la explicación y fui directo al grano— dicen que hay un video de mi teniendo relaciones aquí en la universidad —tragué saliva, dudando si en realidad debía de ser tan explícita—, teniendo sexo con unos desconocidos.

Ella comenzó a reírse, resoplando a través de su nariz, aun sin levantar la mirada ni dejar de mover las manos.

—Vaya, sí que no pierdes el tiempo.

—¿Usted sabe que yo no fui! —me dejé llevar, encontrando mi fuerza interior.

Un silencio apareció. Inmediatamente, dejó de mover la mano y levantó la mirada, mostrándome así, su verdadera personalidad a través de sus ojos. Una con la que, al hablarme me obligó a bajar la cabeza.

—¿Qué intentas decirme?

—Que todo eso que dicen de mí no es verdad.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? ¿Qué tengo que ver yo con eso? —su respuesta fue tan honesta que me costaba creer si en realidad estaba haciendo lo correcto.

—Pero, profesora... usted sabe que no fue así; yo nunca he hecho nada de eso...

—¿Qué voy a estar sabiendo yo de ti? Si acaso me sé tu nombre.

Ni respondí, ni levanté mi cabeza. Ella suspiró como si se hubiera calmado, y cambió la forma en que me hablaba.

—A ver... ¿Qué están diciendo de ti? Dime —pese a que lo decía con interés, podía notar que realmente se burlaba de mí.

Respiré profundo antes de empezar a hablar.

—Están diciendo que me acuesto con quien sea, que cobro por eso... que soy una puta.

Y justamente cuando pensé que no podía ser más cínica, comenzó a reírse descaradamente de mí. ¿Cómo podía ser así? Inquieta ante su descaro, trate de defenderme, redirigiendo la conversación a su curso inicial.

—Usted... usted sabe que no fui yo...

—¿Yo?! —escandalizada, se levantó de la mesa y la golpeó con ambas manos— ¿Por qué tendría que saber algo de eso?

Yo aún pensaba que se podía resolver.

—Profe, usted me dijo que...

—¿Qué yo te dije qué? —exclamó.

Estaba tan comprometida con el papel de víctima que la verdad me tenía completamente nerviosa, incluso después de burlarse, demostrando así que realmente sabía y había sido ella. ¿Por qué seguía hablando así? ¿Por qué simplemente no decía las cosas directamente? Era tan evasiva y engreída que me irritaba; quería ir hasta donde estaba ella y darle una bofetada, exigirle que dejara de pretender y hablara como una mujer madura.

Sin embargo, también estaba segura que no lo iba a hacer, pero ganas no me faltaban.

—¿Quién te dijo eso? —continuó— además, dices que hay un video, si dicen que eres tú, entonces debes ser tú ¿No crees? ¿Acaso lo has visto?

La simple idea de hacerlo me incomodaba. Bajé la cabeza y negué apenada. Tenía la sensación de que era mi deber saber qué había en ese video, más que todo si estaba ahí reclamándole. Pero

ya había pasado por eso, no permitiría que jugara conmigo otra vez.

Así que levanté de nuevo la mirada y me centré en verla a los ojos a pesar de lo incomoda que me hacía sentir. Es mucho decir que fue sorpéndete la forma en que se estaba comportando; sus maneras groseras y odiosas me llevaban a esa conversación que tuvimos tres días atrás; ¿Habrá cambiado en tan poco o siempre fue así?

Es difícil no recordarlo. Me había buscado en persona para llevarme hasta su oficina y «hablar». En el camino, actuó como si nada de eso hubiera pasado, intentando entablar una conversación sobre su trabajo, mis estudios; todo eso como si se tratara del clima. Saludaba personas con completa calma, sonriendo y siendo la mujer amistosa que conocía. Me hacía sentir tan alienada que no entendía qué estaba sucediendo.

—Querida, creo que tenemos que conversar mejor todo esto —dijo Claudia, esa primera vez que hablamos.

—Oh profe, no es necesario —respondí con mucha tranquilidad.

Incluso después de habérmela encontrado teniendo sexo, no se interpuso en nuestra amistosa relación de alumna y maestra. De hecho, incluso pensé en coger esa oportunidad para disculparme y decirle que sí quería formar parte.

Sí me puso un poco tensa al principio, pero al verla de nuevo a los ojos —mientras usaba ropa —, me permití respirar profundo por un segundo. Todo se sentía tan normal en ese entonces, que no se me ocurrió que estaba ignorando lo desagradable que era.

—Sí mi amor, yo creo que sí —agregó, tomándome por los hombros con suavidad mientras me invitaba a tomar asiento— claro que tenemos que hablarlo, —y se sentó en la silla a mi lado.

No dio la vuelta al escritorio para sentarse de su lado, no evitó mi mirada ni borro de su rostro esa sonrisa que parecía tan honesta. Cuando yo asentía, ella lo hacía, parpadeaba lentamente y se mostraba tan natural conmigo que no podía evitar sentirme bien. De repente, acercó la silla a la mía para luego tomar mis manos con delicadeza.

—Todo esto —comenzó a decir—, es algo complicado y...

—No se preocupe de que vaya a decir algo, profe. Yo no soy quien para decirle qué hacer ¿Verdad? —reí con gracia; ella respiró profundo sin borrar su sonrisa, una imagen un tanto tenebrosa.

—No mi vida... claro que no —agregó— claro que no vas a decir nada...

De repente, la forma en que me habló —aunque aún natural—, dejó de ser tan amable, pasando a ser intimidante. Me hizo tensar un poco, no por lo que dijo, ni por la falta de alteraciones en sus gestos o su voz; era algo más.

—Sí, pero yo...

—Le pedí a Connor —interrumpió— que te mandase a mí porque creo que podemos convencerte de que te nos unas.

Me tomó desprevenida. ¿Así? ¿Tan directamente? Sí, la había dejado en el aire ese día que la vi con el pene de Connor en su mano, pero no esperaba que fuera en verdad. De repente, por alguna razón, se me quitaron las ganas de aceptar su oferta. Algo no andaba bien en todo eso. Pero, de verdad esperaba que me acercase y le dijera que sí, puede que hasta haya pensado eso cuando acepté su invitación.

—Connor, los chicos y yo —continuó—, estuvimos hablando al respecto y pensamos que una chica tan bella como tú se nos podría unir —dijo, mientras que acercaba su mano a mi mejilla.

La forma en que la rozaba, la forma en que me alagaba y sus palabras, no me ayudaron a sentirme mejor. Lentamente pasaba de estar «relativamente cómoda» a no estarlo en lo absoluto; la

línea que separa ambos estados es muy delgada, así que no se esforzó demasiado por evitarlo.

Tragué saliva con cuidado de no mostrarle que estaba incomoda. Sí, yo sé que lo primero que debo hacer es eso, pero, por la forma en que me llevaba con ella, pensé que tal vez, a pesar de todo, no era tan malo que fuera así. Es decir, tampoco es como que me incomodase todo el tiempo a su lado. Se lo atribuí al hecho de que la había visto desnuda unos días atrás. Más nada.

—A como yo lo veo —prosiguió— tal vez empezamos con el pie equivocado ¿Verdad? —dijo y se levantó para recostar sus glúteos del borde del escritorio justo en frente de mí.

De repente, dejó de parecerme amable.

— Puede que sea un poco apresurado de mi parte invitarte a formar parte de nosotros —cruzó los brazos y comenzó a matizar las cosas—, es decir, podías simplemente vernos mientras cogíamos un rato, o tal vez grabarnos —bajó la mirada, me vio emocionada y agregó—: he estado pensando en grabarnos ¿Te lo imaginas? —su mirada me acorralaba—. Pero quiero alguien que sepa; no cualquier tonto con una cámara ¿Tú sabes manejar una cámara bien?

Me hablaba como si nada. Creo que no solamente era la forma despreocupada con la que me comentaba qué quería que hiciera, aludiendo que, ni era la primera vez, ni pensaba detenerse, sino que, intentaba parecer mi amiga de una manera tan perturbadora y a la vez tenebrosa.

Tampoco me estaba dando la opción de decirle que no. Me era difícil encontrar normal el verla hablar de esa forma sobre el sexo, con lo que solamente conseguía hacerme sentir más incómoda.

—Profe, no creo que...

—¿Qué debemos grabarlo? —me interrumpió, dejó caer los hombros y levantó la mirada. Intrigada, continuó—, sí, tienes razón. No deberíamos grabarnos. ¿En qué estaba pensando? Es que... —bajó la mirada de nuevo—. Mira, es complicado, pero la verdad quiero que todo esto se vea —abrió un poco las piernas y señaló todo su cuerpo con ambas manos, mostrándome su vagina abierta. Era una locura—. ¿Sabes? Estoy orgullosa de lo mío. Tú me viste ¿Verdad?

Solamente pude preguntarme: «¿Qué puedo decir?» y como no pude verbalizarlo, levanté los hombros con duda y asentí lentamente mi cabeza, temiendo parecer grosera si no lo hacía.

—Y bueno, sería divertido no ser la única mujer —se inclinó un poco, y acercó un poco más su cabeza. A pesar de estar diciéndolo, en ese momento me daba la impresión de que no era la única mujer—, y no es que no pueda manejar esas enormes vergas, si sabes lo que digo —susurró, exagerando un guiño con una gracia maliciosa.

Me molestaba que no me dejara hablar, pero, pese a que seguía pareciendo «amigable», no me transmitía la seguridad suficiente para hacerlo. Viéndome desde arriba, cruzando y descruzando los brazos, cambiando sutilmente el tono de su voz y mirándome de forma que sus ojos dijeran una cosa y su boca otra; me limitaban por completo. Estaba en desventaja.

—Pero, profe... no creo que; —ese fue mi mejor intento para hacerla callar.

—Ey... no, no —parecía que intentaba calmar un bebé— ya va, mi vida, no he terminado de decirte lo que quería.

Sorprendida, me pregunté en ese momento si acaso no le parecía suficiente todo lo que me había dicho. Actuaba como si me estuviera ofreciendo un empleo, no una orgía.

—Yo entiendo que —agregó, condescendentemente— te hayas sentido abrumada por lo que viste. O sea ¿Quién no? —exclamó bromeando— Claro que tienes derecho de hacerlo. Esa posición tan embarazosa. Uy, no, qué horror.

Asentí, aunque más como una suposición. Tal vez esa era una forma de llamar a eso que había encontrado «posición embarazosa». Aunque funcional, no era precisamente del modo que lo había

visto.

—Exacto —exclamó, tomándolo muy bien—. Es por eso que creo que, si te damos una oportunidad más, puede que todos salgamos ganando.

Por alguna razón, eso me sonó como una amenaza.

—A qué se refiere con...

—Oh... —se rio como si la hubiera expuesto incluso antes de que terminara de hablar— sí que eres una chica observadora. Por lo que veo sí me estás prestando atención.

—¿Entendiendo qué? ¿Qué intenta decir con eso?

—Bueno, querida. Que debo asegurarme que no vayas a decir nada —descruzó los brazos, se sostuvo del escritorio y se acercó tanto a mí que podía oler el champú que usaba—; ¿Entiendes?

Me dio un escalofrío que me recorrió la espalda.

—¿Y qué pasa si digo que no?

—Ah bueno...

Su semblante cambió de forma rotunda, y con él, su tono de voz dejó de ser dulce y comprensivo. La mujer que una vez conocí, desapareció por completo. Ese día descubrí que no todo el tiempo conoces a las personas en realidad.

Automáticamente me obligó a tragar saliva, preocupada. El sudor comenzó a correrme por la espalda, resultado de una falta de seguridad que se hacía presente más y más mientras que la veía a los ojos, dejándome penetrar por ella. Sin siquiera haber aceptado la propuesta ni estar de acuerdo, por la presión que estaba ejerciendo, ya me sentía sucia.

—No creo que pueda permitir eso, señorita.

—¿Cómo no? —respondí con la voz quebrada.

—Porque... si me dices que no... me temo que deberé de asegurarme que no vayas a decir nada de lo que viste en aquel edificio... mi amor. —Las pausas entre oraciones, le daban cierto tono siniestro a lo que intentaba decirme.

—Pero profesora, yo no voy a...

—No tienes nada que decirme, querida —lo dudó por un segundo—, bueno, no es eso a lo que me refiero... Sí; tú me entendiste.

Asentí suavemente con la cabeza, tratando de no mostrarle que me tenía dominada —cuando el hacerlo era claro reflejo de que me estaba dominando—, mientras que ella seguía hablando sobre lo que tenía pensado hacer. Yo estaba sudando como nunca.

En ese momento incluso me di el lujo de pensar que todo eso no era tan malo. «Tal vez se pueda resolver cuando estemos más calmada», recuerdo que pensé. «Tal vez solamente estaba tomándome el pelo» —y vaya que era una forma muy extraña de jugar, entonces—, por lo que inconscientemente me temblaban los labios y la mejilla, tratando de sonreír como si fuera un sistema de defensa.

Era obvio que me traía muy fuera de mí.

—Y bueno —agregó a su monólogo, lo que me trajo de nuevo a la realidad, llamando mi atención—. Lo que trato de decirte es que no quiero asustarte, esa no es mi intención, y que, si lo quieres pensar, lo entenderé. No tienes por qué decidir justo ahora.

Justo en ese momento, pude haber resuelto parcialmente el problema, darme tiempo suficiente para pensarlo mejor y encontrar otra manera de abordarlo. Me era claro que no iba a aceptar, no después de la forma en que me había estado abordando en ese momento, incluso cuando lo había considerado antes de ir allá. Y creo que ese sutil vestigio de seguridad que me invadió en ese instante, fue el culpable de todo.

La respiración agitada me dio un dolor intenso que iba del pecho al cuello, que me dejó un poco muda en medio de la oración.

—Bueno. Entiendo que tal vez este tipo de cosas sean lo tuyo, pero...

Y es que si tan solo hubiera dicho algo como: «Está bien», o, «Sí, lo pensaré», no lo sé, puede que hubiera conseguido un resultado diferente.

Recuerdo que en ese momento levanté la mirada, intrigada por saber de qué forma se lo estaba tomando. Tenebrosa, con los ojos abiertos de par en par, con una sonrisa falsa evidentemente forzada por sobre su claro descontento; el que intentara seguir pareciendo amable, horrorizaba aún más su gesto. Creo que aquel día solamente logré sentirme cada vez peor mientras estaba hablando con ella. Nunca mejoró la situación, en serio.

—¿Y...? —dijo, insistente, sin borrar la expresión de su rostro.

Ella asintió, levantando sutilmente su ceja derecha y apretando la mandíbula mientras sonreía, me miraba tan fijamente que ninguno de los mensajes que me llegaban eran buenos. Tan solo con eso, me dejó un vacío en el pecho.

—No...

Ante el sonido de mi respuesta, cambió su expresión por una más agresiva, acorde a lo que me estaba haciendo sentir. Parecía que, en realidad, debajo de toda esa hipocresía, era una desquiciada.

—¿Qué carajos intentas decirme con eso? —su pregunta me golpeó con fuerza obligándome a callar por unos segundos.

—No... no creo que pueda formar parte... —aclaré mi garganta— no quiero que...

—¿Quién carajo te crees tú que eres? ¿La maldita reina? ¿ah?

—Profesora, yo no...

—Profesora esto, profesora lo otro —se levantó y, berreando, comenzó a dar vueltas por su oficina—. Por el amor de dios, niña estúpida —se giró agresivamente mientras me miraba y exclamó—: madura.

Se acercó lentamente a mí, de tal forma que no quedaba duda de que lo hacía con la intención de intimidarme. Lo logró.

—Profe... pero es que yo... —respondí, apartándome un poco de ella, quien se acercaba cada vez más.

—¿Tú... no... qué? ¡Te estoy ofreciendo hacer algo increíble, y lo rechazas! ¿En serio?

—No es eso, sino que —vacilé— yo no soy así. Eso no es lo mío.

—¡Oh no! Querida. Es obvio que no eres así. No tienes qué decírmelo.

Me miró de arriba abajo, inspeccionándome con desdén. La ofensa era obvia.

—Pero —respiró profundo y parecía jugar con sus dientes— La cosa es esta: no puedo dejar que te niegues.

Lentamente fue puntualizando las razones por las que no podía permitir que yo le dejara la oferta sobre la mesa. Ese día estaba segura que, o aceptaba o buscaba una forma de hacerle ver que nada de eso pasaría a mayores. Sin embargo, a pesar de que sabía lo que debía hacer, no lo iba a lograr. Algo en mí lo decía.

Luego de eso, la conversación se murió y pasó a ser una retahíla de amenazas tras otras. Todas y cada una de ellas explicaban una forma diferente de hacerme ver entender lo que tenía para perder.

No había manera de que yo supiera si era cierto o no, de todos modos, logró que dudara al respecto. Dejaba la opción de que tal vez, en el maravilloso caso —como ella dijo— de que

aceptara su oferta de formar parte de su selecto grupo, podría no hacerme nada. ¡Qué privilegio! ¿Verdad?

Lo malo de todo eso es que me dejó creyendo que las cosas podrían resolverse y que no haría realidad ninguna de sus amenazas. Lo más estúpido fue que realmente creí que las cosas habían quedado bien entre nosotras —incluso después de aquel despliegue de locura— y honestamente pensé que todo se había calmado; como no sucedió nada, me dio la impresión de que tal vez lo que me dijo habían sido palabras vacías y que a partir de ese momento solamente tendría que evitarla a ella y a sus esbirros. No obstante, logró sorprenderme. En lo que llegué a la universidad dos días después, algo más que un simple rumor se había esparcido.

En su defensa, dejó muy en claro que algo tan simple como eso no me arruinaría la vida, pero, si era algo más específico, sí lo lograría. Todos tenían en su poder el video, todos lo habían visto, todos sabían que era yo la que supuestamente estaba ahí, pero yo no recordaba haber hecho nada de eso ¡Porque no lo había hecho! Aunque tan solo con decir que era yo, el mal estaba hecho.

¿Cómo lo divulgaron tan rápido? No lo sé, la verdad. En su momento parecía inofensivo; claro, luego de atravesar por esa discusión tan loca, lo menos que podía pensar era que algo así sucediera.

En cuestión de minutos dejé de ser una chica invisible a ser una puta desinhibida y dispuesta a todo. Yo no había hecho nada, me bastaba con sentirme segura de que todo se resolvería al final, seguro era un simple mal entendido. Aunque en realidad, siquiera había asociado una cosa con la otra.

Pensar que lo de Claudia y el video eran eventos aislados, fue mi primer error —uno realmente tonto—. Y eso fue más que suficiente para que las cosas se complicaran tanto como podrían hacerlo.

Con tan solo eso, las personas comenzaron a cambiar la forma en que me veían, y eso es decir mucho cuando pasas de ser completamente invisible a no serlo en lo absoluto; aunque no importaba que tan insoportable podría llegar a ser mi anonimato ni de cuanto necesitaba cambiar, nada de eso se justificaba. Las personas que nunca me prestaron atención, comenzaban a acercarse a mí con la intención de probar si los rumores eran ciertos.

Durante un periodo considerable de tiempo, no dejaba de evitar a cualquiera que se me acercara. Todos y cada uno se encontraban muy seguros de que, fuese lo que fuese, iban a conseguir algo de mí. Mujer u hombre, no importaba. Preguntaban con cuidado si yo era la chica de quien todos hablaban, si aceptaba tanta cantidad de dinero por esto o lo otro.

Curiosamente, para lo enorme que era aquella universidad, todos parecían encontrarme sin ningún esfuerzo, ya que antes del que video empezara, estaba la foto que tenía en mi perfil. Era absurda la cantidad de detalles que aquella zorra había divulgado de mí y eso simplemente empeoraba las cosas.

Cuando se acercaban, hacía mi mejor esfuerzo para decirles que no era yo, pero la reputación hablaba por mí. Fue ahí cuando entendí que mi paciencia tenía un límite. Si quería que dejarán de molestarme, tendría que obligarlos a que lo dejarán. Me estaba comenzando a cansar de la forma en que me hablaba, en que, nada más se acercaban, trataban de desnudarme con la mirada.

A su vez, yo intentaba responderles con cuidado, tratando de no ser muy grosera con ellos. Pero en algún momento las cosas tenían que cambiar. Sin ser capaz de soportarlo más, comencé a derramar tanto veneno sobre ellos que muchos dejaban de acercarse, lo que de alguna forma comenzó a rendir frutos. Les gritaba y exigía que se marcharan, que dejaran la necedad, que no era yo y que se olvidaran de mí.

Sin embargo, eso no los detuvo a todos; cuando creía que ya un grupo de idiotas no molestaría más, aparecía uno nuevo como si la noticia se renovara a sí misma. La frustración me estaba matando; el tener que lidiar con extraños día tras días por culpa de una loca me estaba arruinando la poca salud mental que me quedaba.

Fue entonces cuando pensé que tal vez, pese a las amenazas y a lo que había hecho Claudia, cabía a la posibilidad de que, su intención no fuera del todo mala. Como una estúpida le estaba otorgando el beneficio de la duda, una cosa que, estando frente a ella, pidiendo clemencia después de pensarlo demasiado por días, me di cuenta de lo equivocada que estaba al creer que, de alguna manera, sería una persona decente.

—Pero profe... no es justo que.

—¿Qué no es justo? ¿Qué? Hasta donde sé, no he hecho nada.

Me tenía harta. Miré a mi alrededor por instinto en búsqueda de apoyo; estábamos solas, eso lo sabía, nadie iba a venir a ayudarme porque nadie sabía lo loca que era esta mujer, pero eso no me detuvo.

—¡Claro que sí! —espeté— Le mandó ese video a todo el mundo; ahora todos creen que soy una zorra. Si siguen creyendo que soy yo, pueden expulsarme, usted sabe eso ¿Por qué lo hizo?

Me había esforzado demasiado para recolectar todas las fuerzas que tenía para tan solo responderle con seguridad y ella, con toda su desagradable forma de ser, simplemente se rio. Era como si se sintiera muy segura de sí misma.

—¿A todo el mundo? —fingió escándalo, llevándose la mano al pecho— ¿Exactamente cómo hice eso, según tú?

—Este... yo. —vacilé.

Maldición, no tenía pruebas. Lo sabía, pero, ¿Cómo se supone que iba a inculpar a alguien que no tenía nada que ver con eso?

—De verdad piensas —interrumpió mis pensamientos— que me tomé el tiempo de grabar un video para que parecieras que eras tú y se los entregué a todas las personas en esta universidad para que creyeran que eras una puta ¿En serio?

Aunque sarcásticamente, sonaba exactamente como que eso era lo que había hecho. Un vacío me presionó el vientre y se extendió por todo mi abdomen. ¡Claro que era eso!, pero de nuevo, ¿Cómo se supone que lo iba a probar?

Se fue acercando más a mi aferrando su mirada a mi rostro, obligándome a responder, haciéndome sentir cada vez más indefensa de lo que ya estaba. ¿Por qué me tenía que pasar eso a mí? ¿Qué carajos hice para merecérmelo? No me había hecho tantas veces la misma pregunta en mi vida. Bajé la cabeza, tratando de defenderme de sus provocaciones.

—Bueno... yo... —se me trababan las palabras entre la lengua y la garganta, las fuerzas que había acumulado se estaban agotando— usted...

De repente se detuvo, y como si nada de lo que estaba haciendo hubiera sido cierto, se apartó. Comenzó a reírse de forma despreocupada y burlona. Era de mí, no conmigo.

—La verdad, es que sí. —Confesó, dándose la vuelta para ir de nuevo a su escritorio.

Se sentó con mucha calma, sin apartar la mirada de los papeles que estaba atendiendo cuando llegué, y continuó con lo suyo.

—Y no lo hice para que vinieras a mí a pedirme... no sé qué, cómo una estúpida, creí que entenderías el mensaje —resopló, bajó la mirada para luego susurrar— supongo que te di mucho mérito.

Luego de eso, me explicó que con ese simple video no iban a expulsarme de la universidad, sin

embargo, sí seguía molestandola, se encargaría de hacer todo lo que hubiera en sus manos para que eso sucediera; era posible y con eso le bastaba. Me dijo que debía respetarme, con tanto asco, que parecía que nunca hubiera sido mi amiga. Luego de eso, agregó:

—Hazte un favor y vete de mi oficina. El día que me importe qué suceda contigo, te aviso.

Estaba estupefacta. ¿Cómo era posible que fuera tan maldita? Era imposible, es decir ¿Acaso no lo es? Se supone que es una mujer de buena conducta, una gran profesora. Me fui de esa oficina llena de sentimientos encontrados, entre ellos, un poco de temor. Ya no sabía qué esperarme de ella y con eso era suficiente para mí.

Las cosas no mejoraron.

—¿Y qué le dijiste a la puta esa? Preguntó Karen.

Suspiré decepcionada de mi misma antes de responderle.

—No le dije nada.

El tono de voz que usé fue suficiente para que entendiera. Si no fue eso, fue el ruidoso suspiro que escupí sobre el micrófono del móvil. Eso pareció molestarle.

—¿Cómo que nada? —histérica, su voz comenzó a elevarse cada vez más— Yo ya le habría dicho lo que es. Que se fuera al carajo, que no podía estarme diciendo lo que puedo o no puedo hacer. Que se jodió conmigo... que si intentaba hacerme otra cosa la iba a joder tan feo que se le iban a quitar las ganas de seguir con vida y que...

Se iba emocionando más y yo me sentía peor. ¿Por qué no podía ser como ella? ¿Acaso habré aprendido de la mujer equivocada todo este tiempo?

—Lo sé, pero es que yo no soy así... no puedo.

—¿Cómo que no puedes? ¡Claro que puedes! ¿Crees que no deberías decirle que es una maldita? ¡Estas equivocada, querida!

Tenía que apartar el móvil de mi oreja. Aun así, la escuchaba muy fuerte. Podía oír su respiración retumbando, como si se tratara de un animal furioso y enorme a punto de atacar. Instintivamente me encogí de hombros. De un segundo a otro su intensidad disminuyó sin previo aviso. Escuché cómo inspiraba y exhalaba lentamente, con intervalos cada vez más largos.

El silencio invadió nuestra conversación, acompañado solamente por el pitido en mi oreja, secuela de tantos gritos.

—¿Karen?

—Lo sé —respondió más calmada— sé que no es tu culpa, pero... Te lo dije. Sabes que te lo dije.

Era terrible escucharlo.

—Te dije que era una maldita y ¡No! Tú no quisiste creerme... —continuó— mira, nunca me gustó esa estúpida, y mira ahora... toda una loca.

—Sí, sí, sí... lo sé —me hacía sentir fatal.

De nuevo otro silencio. A ese punto no sabía qué más decir que no hubiera dicho ya, tampoco quería escuchar de nuevo que ella sabía cómo era Claudia, que la conocía, que no debí confiar en ella, aun si el haber confiado en ella no tenía nada que ver con la forma en que las cosas terminaron. Era complicado no seguir discutiendo sobre ello, más que todo porque la mayor parte de mi semana había girado en torno a ese problema. Necesitaba un escape.

—Qué molesto —se quejó Karen.

—¿Qué?

—Bueno, todo esto. Tú sabes. Esto.

—Sí. —Respondí, consciente de que la conversación estaba muriendo.

—¿Ahora qué tienes pensado hacer?

—No lo sé. Porque no importa, ya el mal está hecho. Además, me dejó muy en claro que no le interesa para nada lo que pase conmigo... por ella podría irme al carajo... —discurrí.

—¿Entonces por qué te preocupas tanto? Si no es importante, por qué tanto escándalo.

—Porque no me gusta cómo se siente este tipo de atención, y tampoco puedo quejarme, si me quejo, seguro las cosas empeoran —exclamé.

—Aja... pero no es que alguna vez te haya importado los demás pensarán de ti.

Sabía que era así, pero esta vez no tenía cabida en el asunto.

—Sí, pero no —vacilé— pero es que es complicado.

—¿Por qué? Si no te importa, sigue con tu vida y ya. Termina tus estudios y vete para el demonio sin darle importancia a nadie.

Me sentía acorralada.

—No es más que un videíto tonto, seguro ni sales. Si no eres puta, que se jodan ellos, no importa lo que digan. No lo eres y ya. ¿Cierto? Ya déjalo.

—Pero es que todos creen que soy yo...

—¿Lo has visto?

—No.

—¿Entonces como sabes que van a creer que eres tú?

—¡Porqué ya lo creen! ¡Tiene una foto mía! La estúpida esa la puso para que me reconocieran. Además, sea o no cierto, no es como que necesiten mucho para decir que sí lo soy.

—¿Sí eres qué?

—Que sí soy lo que todos creen y que pueden hacer conmigo todo lo que les dé la gana.

—Ah ya... deja la lloradera... No eres puta y lo sabes.

Sonaba muy segura de su punto, tanto que de cierta forma me pareció un poco ofensivo. Lo hizo en el modo de que, si no soy puta como ella dice, soy una mujer aguada y aburrida. Nada halagador. Sin embargo, no dejó de hablar.

—Tómalo con calma —prosiguió— esto no te va a matar, y si lo olvidas, no te va a arruinar nada —hizo una pausa dramática; de esas que siguen luego de una epifanía— ¿O sí?

Entendí de inmediato lo que quería decir.

—Según lo que ella dijo, no.

—¿Estás segura? ¿Coger en la universidad no hará que te expulsen o algo así?

—No sé si alguna vez ha pasado, pero parecía muy segura de que era posible... de todos modos creo que lo que hace no es solamente coger en la universidad.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué sabes?

—Nada... pero no sé... se siente como que no es tan simple... por la forma en que me mandó a llamar, lo confiada que estaba... estoy casi segura de que es más complicado que simplemente coger en la universidad.

—Ah... bueno, pero por coger allá no... de todos modos, si te dicen algo, te defiendes y dices que no eres tú y ya. ¿Cierto?

No conocía ninguna regla absurda al respecto, pero, que lo dijera de esa forma, me hacía pensar un poco. ¿Y si existía una regla tan absurdamente específica? Claudia no explicó por qué era posible, o cómo lo lograría.

—No creo... digo, puede que a ellos no les importe lo que hagamos o no con nuestras vidas —reí nerviosa—. Tú cogiste cientos de veces en la universidad, y nadie te expulsó.

—¡Sí! Pero nadie me grabó haciéndolo ¿Qué tal si es posible? —sonaba legítimamente

preocupada, lo que de por sí me puso más nerviosa.

—No lo sé.

Sacarme esa estúpida idea de la cabeza me costó un poco. Tal vez sí era posible, ya que de no serlo ¿Por qué lo habría dicho? Tener relaciones en la universidad era una cosa, pero tal vez ser grabada en ella era otra; además, seguía pareciéndome que algo no andaba del todo bien, que seguro era más que solo eso y pensar mucho me preocupaba más. Meses después me enteré que, en efecto, era mucho más complicado que eso. Callarme era indispensable si quería dejar que las cosas siguieran de la forma en que iban.

Una mano se fue deslizando lenta y suavemente por mi vientre; una sensación familiar y reconfortante. Tras dejar escapar un corto gemido de placer, siento que algo no anda bien.

Por un segundo llegué a pensar que se trataba de mi propia mano. Cuando intenté moverla, me di cuenta que algo la estaba pisando. Pesado y suave como la carne. Intenté con la otra; sucedió lo mismo. Por alguna razón no sentí la necesidad de retorcerme para sacarla, ni buscar a escaparme; algo me decía que estaba ahí porque quería.

Esa mano que al principio creí que era mía, sin detenerse, fue acariciándome con suavidad hasta llegar a mis caderas. Las apretó, aferrándose justo sobre mi cresta iliaca. El escalofrío, producto de su apretón, me llegó al cuello hasta detenerse alrededor de la huella húmeda de unos labios que al parecer me estaban succionando con suavidad. Ese beso fue el autor de un suspiro largo y satisfactorio que me expandió el pecho tanto como pudo.

De repente, mis senos fueron apretados con suavidad y mis pezones rozados con ternura. Labios húmedos me besaban mientras que algo más apretaba mis nalgas ¿Qué estaba sucediendo? Una lengua comenzó a deslizarse por mis piernas y entre ellas.

Todo pasaba al mismo tiempo, entrando y saliendo de mi cabeza en un lento vaivén. Me sentía fuera de mí, o como si estuviera ocupando un cuerpo que no era mío. Todo lo que me tocaba me hacía sentir increíble: las manos que apretaban mis muslos, los dedos que se enterraban entre mis pechos y en ellos, o los labios que recorrían mi espalda. Ellos se desplazaban de un lugar a otro, intercambiando posiciones, saturándome por completo.

No quería abrir los ojos y no tenía idea de lo que estaba sucediendo, pero no importaba. No quería que se detuvieran. Porque... eran varios ¿Verdad?

Si es que era mi cuerpo, era perfecto; si es que me estaban tocando muchos, se sentía increíble. Lo que fuera y quien fuese que fuera yo, estaba siendo atendida con pasión. Creo que antes de esto, no me gustaba, tanto así, que lo negué fervientemente. Creo que no era el tipo de cosas que yo haría.

¿Exactamente cuándo? ¿Exactamente dónde? Exactamente ¿Por qué? No lo sé, no importa. Tengo esa sensación en el pecho de que es verdad. Una ansiedad latente que nace de una preocupación pasada —distante pero no tanto— que demanda ser tomada en cuenta y abordada con apremio. ¿Qué está pasando? Es normal, no es la primera vez que estoy aquí. ¿Desde cuándo, entonces?

Obligándome a dejar de pensar —y así como todo empezó— un par de dedos comenzaron a jugar con mi clítoris, enviando pulsos de placer a una velocidad de millón por segundo a todo mi cuerpo. No pude evitar retorcerme, de levantar las caderas, sacudir las piernas.

No dejó de apretarlo, de hacer círculos alrededor de él, de mover la palanca de mando como si intentara coger un peluche enterrado dentro de esas máquinas con la garra que nada coge. Izquierda, derecha, círculos, medios círculos. Un gemido, luego otro... se ahogaban en mi garganta ¡Hasta eso se sentía espectacular! El premio no era el peluche; mientras no dejara de intentar, por mi estaba bien.

Era tan embriagante y reconfortante el sentirme tocada por lo que eso fuera. Mis pezones erectos enviaban corrientes de placer al resto de mi cuerpo cada que una sutil brisa o el tacto

decidido de un par de dedos me tocaba. Era increíble, espectacular y maravilloso.

Mi vulva estaba empapada por completo, la lengua el dedo o la mano entera que me estaba masturbando sabía lo que hacía, y en ese proceso pude sentir como se bañaba con mis jugos. Quería que siguieran, sentirlos en todos lados, fuese adentro o afuera, sobre o debajo. Esa alucinante sensación de ser amada físicamente no bastaba.

Quería tocar algo, sentir que mis manos apretaban alguna parte de mi cuerpo. Pero los otros se estaban ocupando de eso. Me cogían como si yo fuese momentánea, intentando tomar lo más que podían de mí, grabarse mi piel en sus manos, sus labios y penes.

¿Penes? Sentía cómo empujaban sus miembros erectos, humedeciendo donde tocaban con su punta de la que se escapaban esas pequeñas gotas de fluidos pre seminales. Más encantada me sentí al darme cuenta que era yo quien los tenía duros, deseosos de mi cuerpo.

De repente, me doy cuenta que mis dedos están enterrándose en aquellos dos penes y que mis muñecas se mueven por sí solas. Los quiero apretar tanto como pueda, pero por alguna razón siento que no tengo nada de fuerzas, sin embargo, no me detengo. Con más intensidad lo hago, logrando a medias hacer algo por mí misma, tratando de jalarlos hasta mi boca, pero se me hacen kilométricos.

El dedo, la lengua o la palma entera en mi clítoris no deja de moverse y yo no dejo de retorcerme, de apretar, de gemir. Por fin logro meterme esos miembros en la boca y ocupar otro orificio importante de mi cuerpo, mis dos pares de labios están aferrándose a algo grueso y duro. La cama comienza a moverse al ritmo de sus caderas, de las mías.

Es como un sismo que apenas se percibe. Me encanta. Me siento atrapada, pero a la vez tan libre que no logro entenderlo. No quiero salir de este lugar, no quiero dejar de sentirme así. Mis nalgas, mi ano, mi vagina, mi boca, mis manos ¡Mi cuerpo entero! Nada está siendo marginado. Me encanta.

Una pregunta.

Espera un momento.

¿En dónde estoy?

¿Qué es todo esto?

Algo no encaja.

¿Cómo llegué aquí?

Pregunta tras pregunta van aclarando ciertas esquinas de mi campo visual. Uno a uno van desapareciendo las cosas que me estaban haciendo sentir bien, como si nunca hubieran estado ahí, pero que aun así están dejando un vacío con nostalgia.

No, no sigas pensando. Se van a ir. ¡No!

Abro los ojos y, como si tan solo pudiera ver el sol porque sé que está ahí, aparece de repente el resplandor invadiendo por completo mi vista. En cuestión de segundos, todo lo que parecía tan real segundos atrás, desapareció por completo. Respiré profundo, estirando mi cuerpo luego de una noche tensa. Al moverme, me doy cuenta que los lugares en donde me sentía más apretada eran los mismo en donde estaba la sabana estrangulando mi cuerpo.

Miré a mi alrededor, familiarizándome de nuevo con mi habitación. La realidad resultó tan decepcionante una vez que acepté que había sido un sueño. Sin embargo, todo eso dejó en mí, cierta sensación de bienestar. Justo después de todo, no supe exactamente qué había pensado, pero mientras más husmeaba mi habitación, menos me importaba.

Antes de darme cuenta, ya había olvidado lo soñado. De nuevo, cerré los ojos para ver si lo recordaba, pero, en un intento infructífero, me quedé de nuevo dormida. Una hora después me

levanté con un salto de la cama, llevándome las sabanas entre las piernas mientras corro hacia el baño.

—Mierda, mierda...

Pensé que todo eso estaba mal, nunca había llegado tarde en mi vida, y ciertamente, un cambio de rutina no me haría sentir mejor. Cuando llegué a la universidad, corrí por los pasillos al mismo tiempo en que intentaba pasar desapercibida como había estado haciéndolo hacer durante esas últimas semanas, aunque no hubiera sido algo que iba a lograr corriendo como una estúpida.

En ese punto de mi vida, comencé a cuestionarme si en realidad necesitaba llegar a tiempo, porque, siendo honesta, de todos modos, cualquier cosa que hiciera iba afectar mí ya desagradable reputación.

Por eso, mientras corría, levanté el móvil que tenía en la mano y vi el reloj; tan solo quedaban dos horas de clases —ambas separadas por un tiempo muerto de dos horas—, y de ambas, esa era justo a la cual no quería ir. ¿Qué debo hacer?, me pregunté, mientras iba acercándome al salón; solamente me faltaba cruzar un pasillo, atravesar un camino repleto de estudiantes por culpa de un pequeño abasto y, al final, entrar al salón.

Aunque, había algo en mí que me pedía a gritos que me detuviera. Durante todo el camino hasta ahí, me había controlado para no sucumbir ante la tentación de hacerlo; conforme más me iba acercando, más fuerte se hacía. Estando a unos cuantos pasos, esa sensación se convirtió en un impulso imparable. Me detuve en seco.

—¿Debería ir?

La pregunta liberó un escalofrío; ya que yo no era el tipo de persona que se lo preguntaba ¿Cómo se me podía ocurrir eso? Aunque, mientras lo dudaba, comprendí que, si entraba a la clase y quería sentarme donde siempre, debería atravesarla de la forma menos discreta —eso, mientras evitaba la mirada penetrante de Connor, quien parecía afectado con mi presencia— convirtiéndome en el centro de atención.

Nunca había llegado tarde. Claro, a ellos eso no les importa; jamás se daban cuenta, pero, en ese preciso instante, me abordó una gran incertidumbre que me llevo a pensar: y ¿Qué tal que sí?...

Si lo hacían, entonces pensarían que seguro estaba haciendo algo más, que me estaba acostando con alguien —un pensamiento ridículo, pero, en su momento, válido.

—No... es estúpido —me digo, consciente de lo improbable que es.

Hiciera lo que hiciese, el resultado no sería favorable para mí ni la ya, casi, inexistente buena reputación que tenía. Pensé: ¿Qué carajos debía hacer? Tras unos segundos viendo al suelo, me di cuenta que estaba parada en medio del camino, como una estúpida, siendo un obstáculo para los demás que de seguro estaban pensando que estaba loca.

Pensé en eso por un instante —en si realmente estaba loca—, en un intento desesperado por mantener mi mente alejada de lo que de por sí ya me preocupaba. Aun así, no lo logré; veo de nuevo la hora, pese a que no ha pasado todavía un minuto desde que levanté el brazo y pienso de nuevo que aún tengo tiempo para entrar sin que sea «demasiado tarde».

Pero yo estaba segura de que la clase no era importante —cosa que, al reconocerla, me hizo sentir extraña—, para luego dejar caer el brazo, mirar a mi alrededor y hacer un mapa mental de la universidad, buscando un lugar o algo qué hacer hasta la siguiente clase.

No había tenido tanto tiempo libre antes, así que desisto rápidamente de esa idea. Levanto de nuevo el móvil para ver la hora; más como una excusa que como una necesidad. Era obvio que mientras más tiempo estuviera ahí, menos iba a estar en ese salón y más tarde iba a llegar.

—Lo que sea que esté por hacer, debo hacerlo rápido —me digo, mientras suspiro, realmente

agobiada, y agrego—: ¿Qué demonios? No tengo de otra.

Ya a ese punto, no importaba. Decidida, suspiro de nuevo, me guardo el móvil en el bolsillo del pantalón y me doy media vuelta. Tomando en cuenta que tenía corriendo desde la entrada, me detengo en el abasto que ya había pasado, pido un jugo de naranja porque mi madre me dijo una vez que uno de esos, natural y bien frío, quitaba la sed.

Pago por el más grande. Tomando mi jugo lentamente mientras camino al mismo ritmo, voy buscando un lugar apartado de todo eso para sentarme a pasar el rato. No tengo sueño, no tengo hambre y no tengo nada con qué distraerme. ¿Qué más podía hacer?

A la distancia, me encuentro que, en donde juegan tenis de mesas, está solo; ahí una había sombra deliciosa, por lo que le vi prometedor. Cuando por fin me siento en una de las mesas, continúo tomando lo que queda de mi jugo, sintiendo que sí, tal vez mi madre tiene razón, o puede que solo sea un placebo. Sea lo que sea, no dejo de sorber de este antes de que el hielo termine de derretirse.

—Por lo menos todos tienen clases —me digo, aun sabiendo que no, no todos están en clases.

Y a pesar de eso, hay suficientes personas en los salones como para que aquella área esté vacía. Intento consolarme pensando que solamente será por un par de horas —suficiente tiempo para morirme de aburrimiento— y lo logro mientras aun bebo mi jugo.

Mientras busco distracciones, intentando satisfacer mi necesidad de hacer algo por ese tiempo, comienzo a leer los diferentes carteles de no fumar que rodean el área. Unos en el suelo, otros puestos justo en donde alguna vez estuvo uno banalizado, gastado o destruido, y tantos otros que no cumplían su cometido.

Pero justo cuando encuentro confort en la ironía, un grito súbito interrumpe mi observación distraída.

—Pero qué... —Me volteo con arrebato hacia el origen del desagradable sonido de un grupo de voces escandalosas acercándose.

Por fortuna, solamente estoy sentada sobre una de las mesas lo que suponía, era obvio que ellos utilizarán la que está libre. De todos modos, lo encontraba insignificante porque sabía que al final lograrían perturbar mi paz.

—Oh mierda —dijo uno, entre el sonido cortante de una tos ahogada.

—¿Qué? —respondió el segundo.

Antes de que se terminaran de acercar les di la espalda. Cogí mi móvil y comencé a mover el menú de un lado al otro con el pulgar para que pareciera que estaba haciendo algo. Eso fue lo más bajo que había caído, desgraciadamente, no era la primera vez que lo hacía.

Obviamente no los iba a reconocer porque no conocía a nadie en esa universidad. Hasta ese momento, ninguno de ellos existía para mí, lo que encuentro curioso ahora, porque, debí haberlo hecho antes.

—Mira —señaló, asumí que, con el dedo, uno de los chicos a los que identifiqué como: «la primera persona»— ¿Quién es ella?

Aquella pregunta me perturbó con tanta fuerza que lo encontré ofensivo. Que lo dijera de ese modo, significaba que yo era quien les arruinaba el ambiente, lo que, en sí, era una afirmación errónea. Era yo quien era perturbada.

—Eso no importa —dijo el tercer hombre, que me resultó perspicaz.

—¿Seguro? No quiero que... —intentó decir el primero.

—¿Qué no quieres? —le interrumpió el tercero, como si realmente no le importara su opinión, lo que me causó un poco de gracia— ¿Acaso eres estúpido? No importa. Vamos a la otra.

En ese momento la segunda mesa estaba como a unos dos metros de distancia de la mía, así que era de esperarse que se irían a esa. Y así fue. Bajé un poco más la cabeza, tratando de no ser demasiado obvia mientras intentaba verlos de reojo, consciente de que no había manera de que pasara desapercibida en aquel lugar. Curiosamente, ocuparon gran parte de mi atención sin mucho esfuerzo.

—De todos modos, no esperaba que fuera tan mala —habló el primero. Eso hizo molestar a al segundo.

—¡Ah bueno! Si no te gusta no te la fumes... —dijo el segundo.

Luego de un forcejeo leve, hubo un silencio corto que fue interrumpido por una aspiración fuerte. Era obvio que estaban fumando.

—Yo no me quejo... —dijo el tercero.

Me pareció un poco osado que estuvieran drogándose al aire libre, en una universidad, con una desconocida sentada a unos cuantos metros de ellos. Lentamente comencé a oler la esencia de eso que se estaban fumando y mi presencia ahí comenzó a hacerse más intensa.

No podía evitar sentirme incomoda, no por lo que estaban haciendo, o si eso me molestaba o no, sino porque de alguna forma u otra, me daba la impresión de que, con tan solo estar ahí, estaba haciendo una locura.

Parecía que formaba parte de todo eso.

De repente, me imaginé viéndome desde arriba; ahí estaba yo, a unos pocos metros de tres sujetos drogándose al aire libre. A ellos los veía como un grupo de personas desaliñadas, cabellos largos, sucios y desteñidos; con barbas largas y sucias, rostros manchados.

Más nada, eran figuras bastante planas. Pese a que podría ser confundida por el cuarto miembro de aquel grupo, claramente no encajaba, lo que me llevo de golpe a la resolución de que, ni siquiera entre esos desadaptados, iba a poder encontrar refugio.

Vaya: sola, difamada y excluida. ¿Qué más podía pedir? Me tomó un par de minutos aceptar que debía irme; ya tenían mucho tiempo callados y tal vez en algún momento decidirían que mi presencia les estaba estorbando; o ellos o yo. Amablemente acepté que debía ser yo.

—¿Cómo te llamas? —eso era conmigo.

Era obvio que me estaban hablando a mí. Se escuchó extremadamente cerca en comparación con lo lejos que estaban sus unos minutos atrás, además del hecho de que la única desconocida ahí era yo.

¿Por qué habrían de preguntarme el nombre? Me di la vuelta para no ser descortés y mirarlo ante la sombra de una pregunta directa. Fue la primera vez que hice contacto visual con alguien en todo el día —ni siquiera a quien le compré el jugo—, adicional a eso, pude darle un rostro a las voces que llevaba rato escuchando.

—Eh... —aturdida, sentí que tenía una estúpida expresión en el rostro.

Él en cambio, no dejaba de sonreír —tampoco era una sonrisa forzada y desagradable. Resultó ser decente, y eso ya era mucho decir—. No era nada como me lo imaginaba. De inmediato lo identifique como la segunda voz.

Cabello corto, negro y nada sucio, ropa normal, un rostro limpio sin manchas, ni bello facial. Lo más rebelde que había en él era un mechón de cabello que se levantaba sutilmente en su cabeza como si no pudiera ser contenido por un cepillo.

Incapaz de dar una respuesta inteligente, desvié mi mirada al resto de los chicos que estaban ahí, para ver si de alguna forma podía sentirme más en lugar «de seguro ellos sí son unos desadaptados», pensé.

Desafortunadamente, ninguno se acercó a la imagen desagradable que me hice. Todos se veían realmente normales, nada extraordinario que resaltara fuera del hecho que sonaban como personas realmente geniales para lo común que se veían.

No obstante, a variar de la revelación de que no resultaron ser como yo pensaba, uno de ellos se acercó a mí para hablar y, siendo la incompetente social que soy, no pude evitar verme como una tonta al vacilar nerviosa mi propio nombre, tras darme cuenta que no tenía otra opción más que responder.

Se lo dije tartamudeando, como una tonta. Aunque reconoció que era un buen nombre, no me dejé de sentir como una.

El presentarme y fallar en sonar como alguien normal, consiguió que pensamientos necios giraran en mi cabeza. Antes de que pudiese darme cuenta, comenzaron a acercarse a mí, logrando ponerme nerviosa por un instante, pero esa misma presencia invasiva que estaba exagerando comenzó a disiparse cuando entendí que, a duras penas, me estaban notando.

El chico que se acercó a preguntarme el nombre se identificó como Erik; más tarde Carl y Mike se presentarían con tal indiferencia —más sumidos en su conversación que en mí— que parecía que a penas y les interesaba hacerlo. Al poco tiempo descubrí que el tema sí era más importante que prestarme atención y que en realidad eran sujetos agradables.

Erik tuvo la decencia de sentarse a mi lado mientras yo mantenía mi mirada baja. Al principio solamente hizo silencio, pero sin seguir fumando. Hice mi mayor esfuerzo para no demostrar que no me agradaba la droga para no hacerles sentir que estaba arruinándoles el viaje, sin embargo, él no parecía querer más.

No aceptó más pasos y se quedó en silencio. Luego de preguntarme qué hacía, me planteé no seguir pareciendo una estúpida, y como tampoco sabía qué mentira decirle, le conté la verdad. Él sonrió ante mi osadía.

—Me salté una clase.

—¿Primera vez? —preguntó, como si hacerlo fuera cuestión de experiencia, y aunque lo puse en duda, se dio cuenta que no lo había hecho antes.

Detestaba la idea de estar en el mismo lugar que Connor, aceptando que no podía dejar la universidad porque la necesitaba. Desgraciadamente esa misma clase se repetía lo suficiente como para arruinarme la semana.

Pese a que él cursaba un año menos que yo, habíamos aceptado la misma opcional; así lo conocí, así me enamoré y así comencé a evitarlo. De cinco días, tendría que verlo tres, y al tercer día que me tocaba de una de las semanas, ya me había propuesto divagar por los pasillos de la urbe universitaria tratando de encontrar algún refugio en la irresponsabilidad.

—Hola, chica espacial —Mike se acercó desde atrás, dejando caer su bolso en el suelo para luego rendirse a su lado. —¿Aburrida?

Había pasado tiempo desde la última vez que me topé con ellos, que, aunque fuera probable, no esperaba que volviera a suceder. No sabía por qué se acercó, ni mucho menos si en realidad estudiaba en aquella universidad —alguno de ellos—. No sabía nada de él o de ellos, por lo que constantemente me preguntaba de dónde eran, qué estudiaban y si les iba bien. Todo eso me mantuvo distraída de lo que me preocupaba en su momento.

Mike, Carl y Erik sí estudiaban en esa universidad, curiosamente en diferentes carreras en las que, para mi sorpresa, eran realmente buenos. Incluso, para ese entonces, no faltaría menos de un par de años para que terminaran sus estudios. Poco a poco me fui acostumbrando al hecho de que ellos eran personas realmente inteligentes y que había sido muy prejuiciosa al haberlos juzgado

como lo hice el día que los conocí.

Vacilé, explorando mi entorno en busca de sus otros dos amigos.

—Yo ¿Qué? —balbucí luego de recapacitar— ¿Para qué quieres saber?

Estar a la defensiva y ser hostil, había sido mi escudo y mi espada durante esas últimas semanas. Uno que otro encontraba gracioso sacar a relucir el tema como si se creyeran superiores a mí; por lo que no podía permitirles el placer de juzgarme inferior tan solo por haber hecho algo que ellos claramente harían, o incluso, hasta querrían hacer. Aun así, a Mike no pareció importarle. Di por sentado que lo sabía, porque todos en esa universidad lo hacían.

—Por nada... solo por preguntar —dijo, enterrando su mirada en el interior de su bolso; no le respondí—. ¿Sabías que las estrellas giran cada doscientos millones de años alrededor del centro de la galaxia?

No me confundió el dato en sí, tenía sentido que me lo dijera, e incluso me hizo suponer que pensó en mí luego de que nos vimos aquella vez —cosa que de cierta forma me gustó—, lo que sí fue raro fue que me lo dijera tan de repente. Contuve un poco mi sonrisa, y miré hacia otro lado, tratando de que no se notara. De todos modos, seguía molesta, no podía simplemente sonreír.

—No has visto a los chicos, ¿Verdad? —Levantó la mirada y se le notaba que realmente esperaba que yo supiera en dónde estaban.

—¿Tus amiguitos? —intenté sonar lo más casual posible, sin dejar de mostrar mi disgusto.

Aunque me di cuenta que no iba a servir de mucho hacerlo. Se notaba que no se iría tan fácilmente nada más por hablarle de esa forma. Al igual que yo, no tenía a donde más ir; quería estar ahí conmigo.

Asintiendo con obvedad, respondió:

—Sí ¿Quién más? ¿No los has vistos verdad? —pareció leer la respuesta en mi rostro—, sí... lo esperaba. No sé si vayan a venir hoy.

Tuve la opción de quedarme callada, sí; es normal, todos hacen eso. Solo que no lo hice

—¿Y por qué no los llamas?

—¿Con qué? No tengo móvil.

Dejó caer sus hombros y acomodó su trasero en la grama mientras suspiró. No parecía muy interesado en buscarlos; de nuevo, pude haber evitado preguntarle, aunque luego de que perturbó el silencio que estaba disfrutando, volver a él no sería lo mismo.

—¿No tienes un móvil? —hice una pausa sin saber qué podía decir ¿Debería sonar casual, amistosa, confianzuda? No quería dejar la pregunta seca porque me daba la impresión de que dejaría morir la conversación, pero tampoco era mi intención hacerle creer que disfrutaba su compañía—. ¿Cómo no vas a tener uno?

—No lo sé...

—Puedes conseguir uno sencillo —supuse que era porque no le gustaban los móviles innecesariamente modernos—, para que puedas llamar o enviar mensajes.

—Sí, lo sé... pero es que, no sé... no parece ser importante ¿Sabes?

De repente comenzó a ser un poco enigmático y evasivo, llegando incluso a irritarme.

—Bueno, si no quieres, ¿Para qué te quejas? No te quejes —reclamé—, si tuvieras uno podrías escribirles ahora.

Me pude dar cuenta que estaba exagerando un poco, no lo conocía en lo absoluto para ir a decirle las cosas de esa forma, y más aún que tampoco debía importarme lo que él hiciera o dejara de hacer ya que claramente no era de mi incumbencia. De todos modos, supongo que no estuvo mal al final.

Levantó los hombros con indiferencia y continuó en silencio contemplando el vacío entre sus ojos y todo lo que tenía en frente. Tras un rato de silencio acordamos, sin siquiera decirlo, que no era importante en dónde estaban sus otros dos amigos, ni mucho menos si teníamos que pretender que nos conocíamos.

A diferencia de otras situaciones, fácilmente habría arruinado lo que fuera que «teníamos» queriendo parecer interesante o demostrando mi evidente falta de habilidades sociales, pero había algo en su presencia que simplemente no quería perturbar.

El silencio se hizo rutina aquella y otras veces. Yo no tenía ganas de ir a mis clases y él no tenía alguna a la cual asistir, por lo que acompañarnos se hizo costumbre. Mucho después de eso entendí que teníamos más en común de lo que creíamos.

Mike, en silencio, se había vuelto cómplice en mi nuevo hábito. Sin mucho esfuerzo y sin que yo le digiera, dedujo cuales eran las clases a las que no asistía para encontrarse conmigo y pasar el rato. Al principio solamente era él. Luego de muchos días comencé a dudar si todo eso realmente había sido producto de una coincidencia.

Por eso me costó acostumbrarme al hecho de estar con ellos porque creí que podría tratarse de una relación forzada, que Mike comenzó a acecharme para hacerse mi amigo y por eso siempre estaba libre las veces que yo lo estaba, cosa que me preocupaba hasta cierto punto.

¿Qué tipo de personas eran para orquestar algo tan complicado? Hasta que comencé a pensar que eran de esas personas que querían acercarse a mí, a causa del video. Todos lo habían visto, era muy probable que se tratara de eso.

—¿Ya probaste dejando las tonterías? ¿Cuándo te vas a relajar? —Preguntó Karen.

Recordando las cosas que había estado haciendo hasta ese momento, le respondí:

—Estoy relajada.

—Hija, saltarse clases no es relajarse... bueno sí, pero no es lo que te estoy diciendo.

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué abandone la universidad?

Después de tanto tiempo sin vernos, teniéndola relativamente al frente, podía verme tanto como quería. Seguía preocupada por la posibilidad de que Mike y sus amigos estaban acechándome lo que me quitaba el sueño de vez en cuando.

—Pero te caen bien ¿Verdad? No todos tiene que estar interesados en ti de esa forma...

—Sigue siendo raro, aparecieron de la nada y ahora actúan como si fueran mis amigos.

—¿Y acaso no lo son? ¿Necesitan serlo? ¿Es importante? —sus preguntas no parecían necesitar mi respuesta— No lo sé, no lo sabes... No importa. Supéralo y quédate tranquila.

Karen seguía insistiendo que las cosas no eran siempre tan malas. Mike y sus amigos seguían siendo un misterio para mí, incluso después de que me contaran tantas cosas de sí mismos. De hecho, me pasó lo mismo cuando comencé a hablar con ella, se me hizo un poco complicado porque todo lo que era rivalizaba con todo lo que yo fu. Desgraciadamente eso era lo mismo que me estaba pasando con él.

Palabras como «tienes que dejarte llevar» y «necesitas esto» no dejaban de salir de su boca. A través de la pantalla del computador, se veía completamente preocupada por mí, como si se estuviera hablando de un estado de salud en mi vida.

Pero las cosas no eran tan simples de resolver. Cada que los dejaba a ellos porque tenía que hacer algo, no se me quitaba la idea de que tal vez eran unos pervertidos; esta situación me estaba dejando un tanto paranoica, y estoy segura de que esa no era mi culpa.

—Tienes que dejarte llevar, te digo... —insistió ella.

Necia, utilizaba la excusa de la distancia para obligarme a hacer cosas en su honor, con la idea

de que, si ella estuviera conmigo, lo haríamos juntas. Tenía muchas cosas en la cabeza, cosas que debía resolver antes de que explotaran en mi cara y me arruinaran la poca cordura que me quedaba.

Intenté explicarle que aún no había superado lo del video, pese a que las propuestas indecorosas y los murmullos ajenos comenzaron a disminuir, no podía quitarme de la cabeza que las personas seguían pensando en eso, que todos me veían como la chica que Claudia quería que me vieran.

Adicionado al hecho de que las únicas personas que se me acercaban porque parecían que disfrutaban mi compañía podrían ser unos falsos, no encontraba momento alguno para calmarme. Pero las cosas tenían que cambiar sí o sí.

Dada las circunstancias, luego de conversarlo con Karen —hasta ahora, la única confidente que tenía— concluimos que debía hacerlo. Su punto era más objetivo que el mío: necesitaba una relación social saludable que me distrajera de todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor.

Fue tan puntual que a pesar de que yo no lo viese así, me decidí a hacerlo porque no podía con la incertidumbre de tener que compartir con ellos mientras veía por encima de mi hombro esperando que en cualquier momento me pidieran que recreáramos el video juntos.

Además, eran tres hombres, era realmente raro ya ser la única mujer. Así que respiré profundo, y aprovechando que los cuatro estábamos sentados en la misma mesa hablando de estupideces, me llené de valor.

—¿Por qué están aquí? —dejé la pregunta en el aire, sin dar contexto ni nada por el estilo.

De inmediato pude ver que no entendieron la pregunta.

—Porque sí pues —respondió Erik, encontrándolo gracioso, pero sin reírse— ¿A dónde más vamos a estar?

—¿Por qué preguntas? —Inquirió Carl—. ¿No te gusta aquí? Podemos ir a otro lado, tal vez es como huele ¿Verdad? Es por como huele. No quise decirlo, pero sí que huele raro.

Ese tipo de cosas me ponían nerviosa ¿Cómo iba a reaccionar si les explicaba? ¿Dejarían de hablarme? No había pensado en la posibilidad de estar de nuevo sola y tener que evitar a más personas por no querer confrontarlos ni verlos de nuevo a los ojos. Por un segundo pensé en evitar decírseles.

—¿Qué quieres decir con, estar aquí? —interrumpió Mike—. ¿Aquí en este lugar, aquí en este país o aquí contigo? Sé más específica.

—Sí... ¿A qué te refieres con aquí? —le apoyó Erik como si él también pensara lo mismo.

Los tres fijaron sus ojos en mí ávidos de que respondiera, lo que no me ayudó en lo absoluto en cuanto a sentirme menos nerviosa. Sé que era algo ridículo, que simplemente debía decirlo y ya y que no importaba lo que sucediera, debía mantenerme firme, pero no podía simplemente dejar de pensar en que tal vez estaba equivocada y lo iba a arruinar todo.

De todos modos, lo hice.

—Conmigo —fue lo que pude responder.

—Ah bueno... contigo ahora o contigo en general ¿Hum? —agregó Mike. No quitaban la mirada de mí, y las preguntas que me hacía tampoco eran de mucha ayuda—. ¿Acaso no te gusta estar con nosotros o algo? ¿Te molestamos?

—No, vale, no creo que sea eso —le respondió Carl, atrayendo la atención hacía él.

—¿Entonces qué? —preguntó Erik—, para qué va a preguntar algo así...

—Tal vez alguien no le cae bien —agregó Mike, sin apartar su vista de mí.

—Sí alguien no le cae bien seguro eres tú... —dijo Carl, dirigiéndose a Erik.

—¿Qué! ¿Por qué yo?

—Bueno porque siempre andas tocándole el brazo; eres un fastidio, hermano, déjala tranquila. Te dije que se iba a molestar si seguías fastidiándola.

—Claro que no —respondió Erik— ¿Cierto que no, querida? —me preguntó.

Mike se mantuvo en silencio observando cómo ellos discutían, fluctuando entre ellos y yo. De nuevo, luego de que pensé que tal vez ya no importaba que les respondiera, volvieron a fijar sus miradas en mí.

—No, claro que no... tu no me fastidias —aclaré

—¡Ves! Te dije que no la estaba fastidiando.

—¿Cómo no la vas a estar fastidiando? Fastidias a todo lo que se mueve.

De nuevo, volvieron a hacerse el centro de atención pasando de una discusión verbal a algo más físico. Comenzaron a forcejearse de modo que parecía que estaban pelando de verdad cuando en realidad solamente estaban actuando como niños.

De cierta forma era un poco gracioso, tal vez no eran los mejores comediantes, pero lograron empujarme un poco la sonrisa del labio. Mike y yo no dejábamos de verlos mientras que ellos continuaban su riña, pero, a pesar de que no se notaba, la anticipación ante mi respuesta no había desaparecido, por lo contrario, se hacía cada vez más intensa.

Tuve que prepararme mentalmente para poder tomar de nuevo las riendas de la conversación. La verdad su actitud me ayudó a estar menos nerviosa.

—Chicos, chicos... ya va... —se detuvieron—, es en serio.

—¿Qué cosa? —preguntó Carl.

—Por qué están aquí, conmigo, en general. —Fui más directa—, ¿Por qué ahora pasan tiempo conmigo? Hace unos meses ni me conocían.

Les comencé a explicar por qué me parecía extraño que ahora estuviéramos juntos gran parte del tiempo a pesar de que en realidad en ningún momento nos habíamos visto ni teníamos algo en común. Más que todo por el hecho de que Mike se había acercado de repente a mi como si me conociera de toda la vida esas veces que no iba a clases.

Les expliqué que no era que me molestase, sino que no entendía el por qué personas como ellos podrían estar interesados en juntarse conmigo. Estuve a punto de contarles por qué pensaba eso, pero me pareció que era suficiente, a pesar de que podrían tomarlo como que era una chica insegura que no tenía amigos y no como alguien paranoico a quien le proponían tener sexo más veces de las que me gustarían.

—Porque no tenía nada que hacer —se excusó Mike, respondiendo al por qué comenzó a acompañarme en las horas libres—. Tú tampoco estabas haciendo nada así que me pareció bien acercarme.

—A mí me caes bien —agregó Carl—. A veces simplemente no me importa, pero tampoco es como que me moleste estar contigo ¿Sabes?

—Yo solo estoy con ustedes porque no tengo más amigos —cerró Erik, sin importarles cómo podríamos tomar eso, en un tono alegre que no iba de la mano con lo que dijo.

A los demás tampoco pareció importarles de todos modos. Ellos eran así.

—Es que... creí que querían aprovecharse de mi por...

—¿Aprovecharnos de qué? ¿Acaso tienes mucho dinero o algo? —dijo Carl—. Porque no sabíamos que tenías mucho dinero. Ni siquiera tienes un coche.

—Si tienes dinero puedes darnos ¿Verdad? —preguntó Erik.

—Sí, no te prometo que te vaya a pagar, pero te doy permiso a que me des.

De nuevo me obligaron a sonreír un poco.

—No creo que se esté refiriendo a eso... —dijo Mike.

—¿Entonces ya sabes lo que quiero decir no? —pregunté intrigada.

Si lo sabía, quería decir que sabían quién era, y que, de alguna u otra forma, se acercaron a mí por eso. La verdad no tenía idea de cómo sentirme al respecto ya que aún lo veía como algo malo.

—¿Saber qué? —inquirió Mike.

—Del video... —aclaré.

—¿Cuál video? —preguntó Carl.

—No... Ya va ¿Qué? —respondió Mike— ¿De qué video hablas?

—Entonces ¿Cómo sabes que no me refiero a eso?

—Bueno, porque no te estás refiriendo a eso, ¿No es lo que acabas de decir?

Me dejó pensando por unos segundos. No era a eso a lo que me refería, pero a pesar de ello tenía razón.

—Sí... no es eso —respondí.

—Ves, lo dijiste de nuevo —insistió Mike— ¿Entonces a qué te refieres con el video? ¿Qué tiene que ver?

No sabía si estaba jugando conmigo o si en realidad no sabía del video. De todos modos, tampoco era como que estaba siendo muy directa.

—¿Saben del video de una estudiante que tenía relaciones aquí en la universidad?

—Aja... —asintieron todos uno a uno.

—¿Qué con eso? —preguntó Carl; con eso supuse que tal vez no sabían.

—Me estoy perdiendo —agregó Erik— ¿Qué tiene que ver el video con que estemos aquí? —hizo una pausa, se le ocurrió algo y habló—: ¿Acaso lo grabaron aquí?

Él y Carl se apartaron asombrados como si hubieran encontrado un lugar especial, buscando con la mirada el lugar exacto en donde grabaron el video. Mike y yo les vimos indiferente; se notaba que él sabía que no me refería a eso, aunque no sé qué otra cosa pasaba por su cabeza. En cuanto a ellos dos, era obvio que sabía que era de aquí, solamente estaban burlándose.

—¿Entonces qué? —atrajo mi atención Mike—. ¿Qué con ese video? ¿Por qué deberíamos saber al respecto?

Baluceé unos sonidos sin razón porque la verdad no sabía cómo decirle eso. Mientras que Carl y Erik veían asombrados el lugar en donde estaban parados alargando de más su número cómico, comencé a pensar en las posibles formas de contarles los hechos.

Sí, en ese momento descubrí que debí haberlo planeado antes, pero no sabía cómo decirles que se trataba de mí a la vez de que no era yo la que salía ahí. De todos modos, me las arreglé para hacerlo. Como no sabía por cual parte empezar, empecé por el mero principio.

Cuando Carl y Erik dejaron de bromear, conté por qué Claudia había hecho lo que hizo, qué tenía que ver yo en todo eso y cómo terminé faltando a las clases que me llevaron a conocerlos a ellos. Para mi sorpresa, terminaron tomándoselo con completa calma. Claro, no era algo importante después de todo —una vez que lo dije en voz alta, me di cuenta de eso—, entendí que mi paranoia no era justificada.

Dada mi preocupación, Mike me explicó el por qué se había sentado a mi lado aquel día, diciendo que no tenía nada que hacer y que luego de reconocermelo a lo lejos, supuso que no sería mala idea acompañarme ya que él también estaba solo, no era un sujeto de muchos amigos —lo que me sorprendió un poco— y el ver una cara conocida aparte de la de ellos tres, le resultó conveniente.

En cuanto a Erik, sabía que solamente era un entrometido, así que no necesité que me explicara el por qué se presentó aquel día en las mesas de ping-pong. Cuando terminé de contarles el por qué estaba tan preocupada de que ellos solamente estuviesen conmigo por lo del video, me dijeron que la verdad no les interesaba.

Carl dijo: «yo vi una parte, pero tampoco era como que se pareciera mucho a ti» mientras que Erik sencillamente respondió que no le prestó mucha atención a quienes eran mientras que se masturbó viéndolo —no me sorprendió, era de esperarse—. Mike, por su parte, luego de lamentarse por mi mala suerte, dijo algo peculiar:

—Ella suele hacer eso... no le prestes atención.

La forma en que lo dijo me hizo suponer que conocía a la verdadera Claudia. Intenté preguntarle al respecto, pero Erik y Carl me interrumpieron al pedirme más detalles de la orgía con la que me había topado. Por su parte, Mike no se esforzó por seguir hablando, aunque se portaba como que la verdad no le interesaba ese asunto.

Yo me dejé llevar por la nueva conversación que había nacido de todo eso —a la que luego Mike se integró— y en las que les conté detalle a detalle lo que había visto y cómo me sentí al respecto. A su vez, ellos me dijeron qué cosa habrían hecho si hubieran estado en mi lugar y lo mucho que me envidiaban.

Curiosamente hablé del asunto la cantidad suficiente de tiempo como para decir que nada de eso me había afectado —cuando claramente sí lo había hecho—, e incluso hasta lo traté casi como una anécdota graciosa. Me distraje con ellos, y eso me gustó.

5

Cuando creí que ya había olvidado todo, el recuerdo me dio una bofetada seca, tan fuerte como para dejarme inconsciente. Se lo atribuyo al haber estado hablando con ellos de todo lo que pasó, pero justo cuando había sentido que los sueños incomodos desaparecieron junto con la incertidumbre y otros complejos encontrados, esas pesadillas enfermizas regresaron más cargadas que nunca.

Ahí estaba yo, viendo una escena repetida en la que los personajes de un recuerdo interactuaban entre sí, haciéndome sentir espectadora y participante; en donde también estaba ella, una mujer hermosa que se fue acercando a tres hombres desconocidos porque quería, porque su cuerpo se lo estaba pidiendo. Sin mucho esfuerzo, logró hacer que aceptasen su invitación y los llevó a aquel edificio abandonado en donde nadie se atrevía a poner un pie.

Los fue desnudando mientras que se aferraba a ellos de manera sugerente y seductora. Los estaba incitando y emocionando con sus caricias, con su mirada lasciva. Mientras lo veía todo, estaba inquieta e inconforme como nunca antes.

A pesar de eso, seguía viéndolos a lo lejos, como una espectadora perversa que se emocionaba con cosas así, que, en silencio, estaba desesperada por formar parte de eso que hacían, aunque al mismo tiempo veía en primera persona cómo los desvestía.

Me sentía atraída a sus cuerpos —tanto cerca como lejos—, quería tocarlos, abrigoarlos con mi ser y a la vez quería huir de ahí. Saturada de sensaciones, me di cuenta que era yo a quien ella tocaba, a quien desvestía, a quien excitaba con su mirada. Intentaba ver a mi alrededor, pero seguía presenciando la misma escena, siendo yo, siendo ellos, siendo ella.

Aunque en lo más profundo de mi ser sabía que no era que no podía apartar mi vista, sino que no quería. De un momento a otro, ninguno estaba vestido, ni ellos, ni ella, ni yo; sentía el frío quemándome al mismo tiempo en que una brisa gélida y constante acariciaba sutilmente mis pezones, mi abdomen y mis piernas.

Era obvio que estábamos ahí porque queríamos; nadie nos había obligado a formar parte de algo tan extraño y grotesco. Se me hacía difícil contener la emoción. Mientras besaba a aquellos hombres me descubrí sonriendo, con el corazón palpitándome a millón y las piernas temblándome de felicidad. No habíamos empezado y ya sentía que iba a tener mi primer orgasmo.

Los recostó sobre una mesa mucho más grande de lo normal, uno al lado del otro como si estuviera exhibiendo sus miembros al aire: erectos y húmedos. Tomó a los tres entre sus manos, y a pesar de solo tener dos, los tres penes tenían un puño apretándolos, jalándolos; se podía sentir qué tan gruesos eran, su firmeza, e incluso cómo iban creciendo y endureciéndose mientras los sostenía.

De un momento a otro, me di cuenta que éramos las dos, ambas cogíamos esos miembros, turnándonos y haciéndolos nuestros. Subiendo y bajando la muñeca, estimulábamos su sexo como si fuera un juego cualquiera, como si ya lo hubiéramos hecho antes, cosa que yo no recordaba y sin embargo sentía familiar.

Y mirándolos fijamente pensé: «esta no es mi primera vez» entretenida, encantada por tenerlo entre mis manos como si no hubiera algo que no pudiera hacer en esta vida que no fuera por esos penes. Estaba segura que todo eso que estaba sintiendo definitivamente me volvía loca, que me

encantaba tanto como la primera vez que lo había hecho.

Porque eso sentía al verlos, al tocarlos, al pasármelos como si fueran un labial. Mi lengua, mis dedos y mi piel se aferraban a ellos tanto como mis ganas de quedarme ahí. ¿Por qué no acepté su propuesta antes?

Me dije con los ojos cerrados por el sueño, en el sueño y por el deleite. No lo hice antes por miedo, porque no quería reconocer que realmente deseaba hacerlo, que en verdad me fascinaba la idea de tener seño grupal con Connor, con sus amigos, con esa profesora que no tenía nada que envidiarle a ninguna otra mujer.

Claudia, una puta, una zorra ¿Qué era ella? ¿Acaso le digo así por disfrutar de su sexualidad? Es libre de hacer lo que quiera; yo lo habría hecho si no hubiese sido tan cobarde. Estoy segura de eso, tanto como que estos penes que tengo en la boca me llenan más que nada en el mundo. ¿Por qué me gusta tanto? No es normal.

Esto no me da placer, esto no me genera ningún tipo de emoción, no tengo nervios erógenos en la boca; con todo y eso, lo disfruto. Con todo y eso sé que estoy encantada con lo que hago. ¿Por qué no lo hice antes?

Me pregunto de nuevo al mismo tiempo en que siento que me aprietan los pechos, en que mi piel desnuda es estimulada por el aire, por unas manos, por mí, por Claudia, por quién sea que esté conmigo en ese momento. Me gusta, y no puedo negarlo. Todo lo que tengo conectado al corazón me palpita: el sexo, la sien, las piernas, las manos... Sé que me gusta y sé que fui una estúpida.

De haberlo hecho ¿Cuánto no habría disfrutado? Habría podido cogerme a Connor tanto como siempre quise, dejarlo tocarme tanto como me tocaba pensando en él. Claudia me había dado en bandeja de plata la mejor oportunidad de mi vida que como una estúpida dejé ir.

Como ahora, dejándolo besarme los labios, la boca, las piernas, los pezones, es obvio que lo habría disfrutado. Tengo a tres hombres a mi disposición, haciéndome suya pese a que no soy de ninguno, de nadie. Me siento tan libre que el corazón quiere salirse de mi pecho mientras que me aprietan las nalgas y me dibujan un infinito alrededor del clítoris.

Les gimo al oído, mientras que tengo un pene en la boca, beso a quien sea que se me acerque porque nada me importa. Entre todos me tocan, entre todos me poseen. Tengo un pene en la mano, uno entre las piernas y otro cerca de la garganta.

Vaya, no esperaba llegar tan lejos, disfrutarlo tanto. Ahogo mis gritos, y pese a que tragármelo no me hace sentir mejor, no quiero sacármelo, ni soltarlo. Alguien me aprieta los pechos, alguien me jala el cabello, otro me besa los pies. No sé qué sucede, solo sé que lo estoy disfrutando. Esto es la gloria y yo fui una estúpida por dejarlos ir.

Pero, cuando todo se siente maravilloso, cuando Claudia me sostiene el cuello para que no me ahogue, mientras que comparto el pene con ella, pienso en gemir el nombre de quien me está cogiendo, de quien se ganó el privilegio de hacerme sentir tan bien.

Trato de verlo, pero no consigo distinguir su rostro borroso y en movimiento. Siento que lo conozco. Infructíferamente intento con los otros dos; hasta ahora solamente había reconocido a Claudia ¿Por qué?

Me distraigo por la corriente de placer que parte de la fricción de aquel pene que entra y sale de mí, de cómo me encanta que se muevan mis pechos mientras me mecen sus embestidas, algo que en otro escenario me dolería, aquí me encanta y me excita aún más; supongo que es por ser un sueño y lo sigo disfrutando.

El dedo que está sobándome el ano delicadamente dándome un cosquilleo que nunca antes

había experimentado, porque en lo más profundo de mi conciencia pienso que ahí se debe de sentir muy bien pero siempre fui muy cobarde para hacerlo yo misma.

Lamo la lengua que me ponen en frente de la boca para luego darme cuenta que cambia a un pene que necesito seguir probando, aún, embriagada por el placer desmedido que me genera el ser cogida con tanto esmero.

No dejo de succionar aquel pene, de darme besos con ella y con quien sea que sean los otros. Pero no puedo quitarme de la cabeza el deseo de verlos. Quiero saber quiénes son porque quiero volver a cogérmelos otro día. Quiero masturbarme cuando despierte, quiero decir sus nombres en el pico de cada orgasmo como si estuviera colocando una bandera en una montaña nunca antes escalada. Quiero que sea increíble, pero no sé quiénes son.

Reconozco que es un sueño, pero no quiero despertar hasta averiguarlo. Trato de decir su nombre porque sé que mi personaje lo conoce, que en aquella escena no hay nadie nuevo en mi vida, que planeamos eso tomando café, compartiendo algún almuerzo.

Fuerzo las cuerdas vocales tratando de formar la primera silaba de aquella palabra que sé que conozco. Y mientras que mi mente gira en torno a todo el sexo que me rodea, siento cómo se abren mis ojos; es ahí cuando lo veo.

En lo que logro distinguir algo en su rostro —no sé qué— su nombre sale como si siempre hubiera estado ahí. Mike no deja de embestirme, de hacerme tan suya como todas esas veces que quería que lo hiciera. ¿Cuáles?

Las veces en ese mundo en que no era una cobarde, en donde aceptaba cogerme a Connor, a Claudia a ¿Mike? Llena de sorpresa, giro mi cabeza como si nunca hubiera estado acostada o me estuviesen cogiendo, sin el pene que segundos atrás me estaba tragando. Carl, Erik, yo.

Y dándome cuenta de aquel increíble suceso, me desperté. Se me había olvidado que estaba pasando la noche en una clínica. El sonido de las enfermeras riéndose se habían confundido con mis gemidos de placer; eran ellas las que gemían por mí.

Abrí los ojos encontrándome con los brazos completamente sudados, tan húmedos como pensé que mi sexo lo estaba. La espalda me estaba matando, estar acostada con los brazos cruzados sobre la camilla no había sido buena idea, sin embargo, no era como que hubiese otro lugar más cómodo en donde estar.

Lo bueno, las luces estaban apagadas. Quería componerme, pero parecía que no sería posible por el dolor que no dejaba que me moviera. Lo malo, una idiota no dejaba de recibir llamadas a estas horas de la noche en un móvil arcaico con un sonido polifónico a todo volumen que retumbaban en las paredes de aquel lugar.

—¿Pasó algo? —me preguntó como si aquel sonido enfermizo me hubiera despertado.

—¿Te desperté? —pregunté asustada, como si le hubiera arruinado una noche perfecta a alguien más.

No había interiorizado que mi madre tenía las gafas puestas y una sutil luz apuntándole al libro que le había traído. Cuando por fin lo hice, sacudí un poco la cabeza como si con eso acomodase las ideas y le respondí aun presa del cansancio antes de darme cuenta que cabía la posibilidad de que todo lo que hice en el sueño, también pude haberlo hecho en la realidad.

—¿Acaso estaba... hablando dormida? —asomé la pregunta con la intención de disipar mis dudas, obviamente sin ser directa.

—¿Hablar? —se veía sorprendida—no... ¿Para ver? —levantó la mirada buscando en sus recuerdos, y agregó—: nada que ver —afirmó mi madre, extrañada por la pregunta— ¿Por qué? ¿Qué estabas soñando?

Eso era bueno, no dije nada estúpido. Cuando aclaré mis sospechas, lo mismo hice con mi garganta y recuperé la compostura, acomodándome en la silla que ya me quemaba las nalgas.

—No, nada, nada —intenté no ser obvia— no estaba soñando nada.

—¿Entonces, para qué preguntas?

—Solamente es que creí que podría estar hablando —y, abriendo la boca y sacando la lengua, agregué con plena seguridad para hacer más creíble mi mentira— es que tengo, no sé, como que la boca seca.

—No, no estabas hablando —repetió, casi satisfecha con mi respuesta; se fijó de nuevo en su libro—, sí te estuviste medio moviendo, pero no hablaste, no mientras estuve aquí. Ahora, si fue cuando no estuve, ahí sí no sé.

—¿Cómo qué?... acaso... ¿Te moviste de aquí? ¡Mamá! Sabes que la doctora dijo que no podías levantarte.

—La médica, —desdeñó— estoy segura que ella no ha hecho ningún doctorado para ser doctora.

Respiré profundo, llevé la palma a mi frente, tal vez un poco cansada de sus necesidades. A penas había despertado y ya tenía ganas de discutir. Se me hacía difícil mantenerme al mismo nivel que ella, más que todo porque no había forma en que la enfrentase de verdad.

—Ya, ya, ya... no tienes por qué ser así mamá. Sabes que... —intenté disentir.

—Sí, sí, es una simple formalidad, pero no me parece.

—No tienes por qué ser así, no por eso saben menos —dije.

—Pero de seguro no saben lo difícil que es conseguir un doctorado para que se permitan llamar a sí mismas doctoras. No me parece —propugnó.

—Claro que lo sabe, seguro lo sabe... mamá... ¿por qué tienes que hablar de eso ahora?

Miró con desdén hacia el final de aquella enorme sala donde había otras, no sé, como quince camas —de las cuales solo dos estaban ocupadas— señalando con un sutil y poco decente movimiento de cabeza a las personas que hablaban.

—Ellas... no dejan de llamar —agregó con más desdén aún, sarcástica y pretenciosamente— «dóc-tor» a las niñitas esas que están con ellas.

Respiré profundo para no tener que asomarme a ver de quién hablaba; esas mujeres estaban tranquilas aprovechando la pacífica noche de guardia que les había tocado sin molestar mucho a los demás ¿Por qué habría de enojarme con ellas?

Eran miembros de una cultura en cuyas costumbres les fueron inculcados esos comportamientos que mi madre, tanto en sus años de oro como ahora, despreciaba con tanto empeño. No podía simplemente obligarla a cambiar, de hecho, no había mucho que pudiera hacer así lo quisiera.

—Lo sé, mamá.

Yo no era capaz de decirle lo que tal vez ya sabía, porque entre no sentir que podía hacerlo y querer, el discutir con ella era una actividad insípida e infructífera; no aportaba absolutamente nada positivo a mi vida el intentar hacerla ver sus propias equivocaciones.

Tal vez, partía del hecho que tampoco tenía recuerdo alguno de haber discutido con ella y ganado. Nunca fui buena confrontándola —o a otros— y las pocas veces que lo hice solamente conseguí quedar como una estúpida hasta que aprendí a simplemente no hacerlo. Evitar la batalla era menos amargo que perderla. Así que simplemente bajé la mirada y busqué otra cosa con la que distraerme, esperando que no hablara más del tema.

De un segundo a otro pasó a solamente escucharse el rumor de la rejilla del aire acondicionado que estaba en el techo que, de cierta forma, era sutil porque ya nos habíamos acostumbrado al

sonido que hacía, sin embargo, no era para nada silencioso.

Y con eso, la falta de palabras que nos separaban, las mujeres a unos cuantos metros de nosotras que trataban de ahogar sus risas para no ser muy groseras y que comenzaron a bajar el volumen como si hubieran escuchado el pensamiento fulminante de mi madre; era difícil no dejar que mi imaginación volase.

Por esos breves segundos aparecieron vestigios de aquel sueño, no igual de detallado, pero el paso del tiempo no borró a Mike de mi cabeza ¿Por qué habré pensado en ellos? No solo había revivido ya algo que no quería seguir recordando, sino que ahora aquella pesadilla había evolucionado.

En ese momento pensé que sí, yo sabía que eso podría ser normal, claro, nada del otro mundo, que era solamente un sueño. Vehementemente me excuse, justificando todo eso con que en realidad todos soñábamos algo así y que eso no lo hacía algo malo «es solo porque mi cerebro relaciona eventos, más nada». Aunque no dejó de atormentarme la idea de que «tal vez sí lo era»; para lo necia que soy, eso fue suficiente.

En ese corto periodo de tiempo no pude evitar pensar en ellos, en liarlo aún más. Era algo que siempre me sucedía. Para ser honesta, pienso demasiado las cosas y dejo que me atormenten las más insignificantes nimiedades. Obviamente aquella no fue la excepción.

Me costó entender por qué ellos entre todas las personas y por qué en una situación como esa. Pero mientras me perdí en mis propios problemas, todo se sumió en un silencio aun mayor el tiempo suficiente para que mi madre se sintiera más incómoda.

Sí, ella no quería estar ahí tanto como yo, era obvio que deseaba estar en su cama, con sus almohadas, escuchando el rumor de su propio aire. Así que cuando reconocí que tal vez estaba pensando demasiado en ellos, levanté la mirada y, amargamente, recordé por qué nos habíamos callado; en sus ojos se veía que aún estaba molesta, aunque yo sabía que le irritaba más el que estuviesen hablando que el hecho de que hubieran llamando doctora a unas inocentes internas de la clínica.

—¿Por qué no pides que te presten una camilla para dormir? —agregó, rompiendo el hielo y cambiando desesperadamente el tema— hay muchas, no creo que les moleste prestarte una.

—Estoy bien... —mentí— no te preocupes.

—¿Segura?

Asentí esperado que fuera suficiente. Tal vez sí debía, pero no quería interrumpir su conversación para pedirles una necedad, aparte, me pareció que no era buena idea seguir durmiendo después de aquel sueño que, aunque poco a poco se iba escapando de mi memoria, la idea de Mike penetrándome no se iba a ir tan rápido.

Acto seguido, sacudí la cabeza, esperando hacerlo desaparecer o en el peor de los casos, olvidarlo por unos segundos. Mi madre bajó la mirada en un tono de preocupación, lo que me hizo reconocer que me estaba comportando como una loca, y para una mujer que tuvo gran parte del día y lo que iba de noche en una clínica que superaba nuestro presupuesto, fastidiada y con ganas de hablar, no dudó en preguntar por qué.

Intenté desviar la atención del asunto, diciendo que no importaba, intentando más dejar de pensar en eso que en convencerla de una mentira. No importaba qué tanta confianza tuviese con ella, ni siquiera le había mencionado lo del video —creo que es una de las pocas cosas que no le he dicho a mi madre—, porque sabía que no sería buena idea.

Sin embargo, por unos días me planteé la idea de hacerlo, total, era importante y más aún luego de que Claudia me dijo que podría afectarme.

Al principio no quería preocuparla en vano, o al menos eso creía hasta que me di cuenta que en realidad era capaz de hacer lo que fuera, por lo que, si algo malo me llegara a suceder, a mi madre se le enredarían las cosas primero ¿Quién iba a pagar los estudios? ¿Yo? Ni siquiera tengo empleo, o tiempo o ganas de hacerlo.

Además, lo que me enviaba mi madre apenas me alcanzaba para un piso sin nada. Me tenía inquieta el saber que podría perder lo que la hacía feliz y tener que regresar a su casa con el rabo entre las piernas. Sí, podría buscar un empleo con el técnico que ya tenía, así como hizo Karen, pero no quería, la idea ni siquiera me gustaba.

Parte de ese problema que me perturbaba, era mi total falta de seguridad para tomar las riendas de mi vida. El video era una excusa, algo que me molestaba y no sabía por qué. Muy en mi interior sentía que en realidad no me afectaría, que algo así no me arruinaría la vida, pero, no estaba claro, ni siquiera sabía si lo que dijo Claudia era cierto, pero, de un modo u otro, me dejé llevar por todo eso.

—¿Qué te preocupa? —inquirió

Mucho, para ser honesta.

—Nada... la verdad —traté de mirarla con completa seguridad— estoy bien.

Y sin muchos ánimos de seguir dilatando el ambiente, mi madre alargó el silencio casi imperturbable que nos acompañaba en aquella noche tan molesta.

El resto de las horas intenté sacarle conversación para evitar quedarme dormida; para ella no era ningún problema estar despierta ya que sus únicas cuatro horas de sueño ya habían sido cobradas ese día, en cambio, para mi si era un poco complicado evitar que mis parpados se cerraran, cosa que no quería hacer, porque seguro terminaba encontrándome con aquella imagen de las únicas tres personas que parecían ser buenas conmigo, haciéndome llegar al orgasmo como si me conocieran mejor que yo misma.

La noche en vela con mamá en aquella clínica por una simple formalidad médica, había llegado a su fin cuando la dieron de alta porque la tensión se le había normalizado.

Las cosas parecían haberse calmado mientras conduje a su casa para dejarla ahí el resto de la semana con la promesa de volver el sábado siguiente para mantener nuestra relación «positiva» y vernos la una a la otra. No me preocupaba el hacerlo, ya que me servía de escapatoria de todo lo que me atañía en la universidad; un requisito fundamental para mantener lo que me quedaba de salud mental.

Antes de irme, me tragué las pocas ganas que me quedaban de comentarle lo sucedido, tal vez para que me diera algún consejo o, no sé, porque simplemente quería dejar de pretender que todo estaba bien cuando compartía con ella, porque muy en el fondo, lo que quería era decir que estaba sufriendo, que me habían difamado y que acababa de darme cuenta que me excitan mis amigos. Pero sabía lo que me iba a decir ya que todo eso —lejos de la parte que podría arruinar mis estudios— no era más que una insignificante distracción.

¿Mike, Carl y Erik? Otra distracción más que tal vez no necesitaba para mi vida. De hecho, para que me dejara ser amiga de Karen —sí, para que me dejase— tuvimos tantos problemas, que el mencionarle que ahora era amiga de tres sujetos completamente diferentes entre sí con los que acabo de tener una especie de sueño sexualmente explícito, no sería buena idea.

Por eso sencillamente me guardé el secreto y me marché como si nada. Ahora, sin nadie con quién hablar, tuve que quedarme callada el resto de la semana. Me pregunté qué podía suceder si se lo contaba a Karen, era lo más cercano que tenía a un confidente, además, era acerca de Claudia —de cierta forma— y ella estaba al día con ese tema.

Sin embargo, no lo hice porque sabía muy bien que lo malinterpretaría todo y me obligaría a hacerlo realidad porque así de enferma es. Mi mejor idea fue mantenerme al margen de mis propios pensamientos retorcidos y guardar el secreto mientras fuera pertinente, además, tampoco era como que hubiera hecho algo malo al soñar que me acostaba con ellos ¿O sí?

Actuaba como si nada, precisamente porque sabía que nada había pasado. Frente a ellos, las cosas fluían de manera natural y eso me servía para mantenerme al margen exactamente como lo tenía planeado, aunque, como siempre, no todo sale tal cual se prevé. Para ser honesta, me cuesta recordar la corriente de pensamientos que me llevó a pensar en lo siguiente, pero estoy casi segura que tenía que ver con el sueño.

Mike, por aquel entonces, demostró saber más acerca de Claudia de lo que se veía. Antes de eso me había percatado, sin embargo, no quería parecer una loca o exagerarlo todo por temor a quedarme de nuevo sola esperando a que la siguiente clase en la que no estuviese Connor empezara —estar con ellos se había vuelto divertido—; aunque, tampoco quería dejar pasar la oportunidad de saber más cosas sobre ella. Total, tampoco era como que perdiese algo, incluso, hasta podría encontrar una forma de hacerla pagar por lo que me había hecho.

La primera señal fue lo que dijo cuando les conté acerca de lo que me sucedió. El «ella suele hacer eso» resonó mucho en mi cabeza, más que todo porque ese es el tipo de cosas que dices cuando conoces a alguien; la forma en que hizo mención de ella, me llevo a pensar que tal vez algo más pasaba, aunque aun así lo ignoré. Ciertamente, también lo olvidé justo cuando mi madre tuvo dolor repentino en el pecho por el cual fuimos a la clínica, así que tampoco tuve mucho tiempo para pensarlo bien.

De cierta forma sabía que no era tan importante; algo dentro de mí decía que había cosas más relevantes en las que preocuparse. Ya lo de Claudia era pasado, por lo que estaba en mi deber dejarlo atrás, no seguir pensando en ella ni permitir que su influencia arruinara la nueva amistad que estaba forjando. Sí Mike sabía algo, yo no tenía por qué saberlo.

Por un tiempo lo dejé así, pero, es que él tampoco ayudó a que lo olvidara.

Incluso, tanto Carl como Erik dejaron de comentarme cosas acerca del video, quienes después de encontrárselo y comentar día tras día al respecto, no me dejaron tranquila sino hasta que me vi en la obligación de regañarlos para que dejaran de hacerlo. Fue ahí cuando me di cuenta que nuestra relación había tomado un nivel de confianza que no esperaba encontrar en ellos.

Por dos días hablaron tanto de él que llegaron a la conclusión de que era una mala producción.

—Ni siquiera se parece a ti —afirmó Carl— en serio, no sé ni por qué la confundieron contigo.

—Solo necesitan decirle que fue ella, nadie va a preguntar si es verdad o no —agregó Erik— o sea, si no me dices que no fuiste tú, habría pensado lo mismo.

Recuerdo que ese día simplemente se acercaron a mí sin saludar, para decirme su opinión sobre el video.

—Oye, creo que sí te sentaría bien hacer uno de estos —conjeturó Carl—, no lo sé, creo que te verías bien —agregó, apartando la vista del video y mirándome de arriba abajo.

No pude evitar sentirme incomoda, pero fue tan natural y honesto que tampoco pude evitar reírme con él. Obviamente era una broma y tomarlo de manera ofensiva sería estúpido; ellos no son así.

—Para mí que es incluso ella —dijo Mike, de repente.

—¿Quién? ella, ¿En serio? —discordó Carl, señalándome con cierto tono de burla

Justo antes de bajar la mirada hacia el móvil, en desacuerdo con Mike, aunque no lo suficiente

como para no darle un segundo vistazo al video —de no ser que para ese entonces ya lo hubiera visto más veces.

—No, vale... —desdeñó unos segundos después—... ¿O sí?

También me pareció raro que dijera que era yo; en ese momento aún no había visto el video y no tenía certeza de que siquiera se pareciera a mí. Obviamente no era yo, pero, ¿Qué tanto se parecería como para que alguien lo confundiera conmigo incluso después de que les contase la verdad?

—No, o sea, digo que es Claudia —aclaró.

Inmediatamente lo mencionó, me vinieron a la mente todo tipo de cosas. Antes de eso no recordaba lo que había dicho de Claudia, pero que él, de entre todas las personas, dijera su nombre, me obligo a recordarlo casi de inmediato.

—¿La profesora? —exclamó Carl, extrañado.

—Sí, bueno, me pareció —continuó Mike.

Acto seguido, se acercó al móvil de Carl y le dio un vistazo al video. Después de una pausa de unos segundos, levantó la mano para señalar con el dedo algo en la pantalla.

—Sí, mira, es igualita.

Como no fue el más específico de todos, nos quedamos en silencio viéndonos las caras. Carl, Erik y yo no veíamos qué parecido tenía con Claudia ¡Ni siquiera para mí, que la había visto desnuda más de una vez! —si es que las veces en que la soñé contaban—.

Pero él siguió insistiendo en que sí era ella, por una razón o por otra, no dejaba de señalar detalles. Así que sin saber exactamente qué era lo que él estaba viendo, los tres nos acercamos para verlo mejor.

Lejos de parecerme extraño, quería saber quién era la puta que se había prestado para difamarme, y ahora, con el dato que Mike nos había dado, tal vez podría descubrirlo.

La emoción y la intriga que eso me generaba no eran nada normal, tanto que me pregunté si era malo sentirse así, si realmente se justificaba que estuviera tan ansiosa por saber si era ella o no. Todo eso, comenzó a dar vueltas en mi cabeza obligándome a ignorar lo que Mike decía.

Mientras él señalaba la pantalla, yo intentaba ubicarla en ese recuerdo que tenía de ella en mi cabeza; viendo, analizando, prestando tanta atención al detalle para identificarla como fuera posible. A simple vista y sin mucho pulso se podía decir que efectivamente se parecía bastante a mí; era más o menos la misma textura, mismo color y largo de cabello y mismo tono de piel, aunque de espalda podría ser cualquiera.

Una vez que Mike explicó de nuevo lo que trataba de decirnos, fue cuando pude comprender al final que sí se trataba de ella. Una revelación tanto satisfactoria como curiosa. Luego de aquel día no volvimos a hablar de eso, no después de decirle a los chicos que dejaran de insistirme acerca del video porque, una vez que se confirmó que no era yo, pasaba a ser algo insignificante —o por lo menos así quería verlo para no sentirme tan mal—, y eso hicieron.

El resto de la semana fue completamente normal; lentamente se me hacía cada vez más fácil no pensar en todo eso, aunque de cierta forma fue porque Mike había tomado toda mi atención.

Ciertamente no resaltó nada tipo: «Mírenle la areola del seno, esa es la de Claudia», no sé, o incluso algo más exagerado que me sirviera para decir que lo que sospechaba de él era cierto. Durante ese tiempo pensé que podría ser que tal vez era muy detallista, que posiblemente se trataba de una coincidencia que resultara de esa, pero algo me decía que no era tan simple como eso.

Peros, peros, y más peros; estaba tan desesperada por encontrarle sentido, que construí y

deconstruí todas las ideas que había concebido. El insufrible deseo por saber qué sucedía me mantuvo tensa por mucho tiempo, hasta el punto en que me hallé observándolo fijamente.

Debía haber alguna razón para que él supiera ciertas cosas de ella, cosas que ni Erik ni Carl sabían. Por el poco tiempo en que se habló del tema, él siempre mantuvo un margen sospechoso hasta ese día que fue más directo que una flecha.

Mucho después supe el por qué.

6

De un momento a otro, comencé a creer que se trataba de un sueño. No fue más que un simple presentimiento de que podría serlo, algo que vino acompañado de la conclusión de que todo lo que estaba pasando era muy surreal para ser verdad, por lo que me dejé llevar. Ya lo había soñado varias veces, sin embargo, el corazón no dejaba de palpitarme a mil como si quisiera salir de mi pecho.

A pesar de que aún no pasaba nada, no paraba de repetirme que eso era, que se trataba de un sueño más. Podía escuchar la música a lo lejos sutilmente ahogada por las paredes de aquella habitación, aunque aún invadía el ambiente porque la puerta estaba abierta todavía; me ayudó a concentrarme en otra cosa aparte de mi mantra: «es solamente un sueño», el cual repetía porque sabía lo que estaba pasando.

En ese momento, Mike interrumpió mi meditación.

—¿Estás segura? —su pregunta tenía un tono de desconfianza, incapaz de creer que yo fuese capaz de hacerlo.

El pecho palpitándome fuertemente y el nudo helado que tenía apretándome el cuello decían todo lo contrario, sin embargo, su pregunta me enfureció porque ¡Sí estaba segura! Luego de muchos días pensándolo me encontraba más que decidida de que eso era lo que quería.

Además, la falta de confianza que tenía en mi convicción solamente me motivaba; mientras más me preguntaba, lejos de sentirme un poco retraída ¡Más deseaba hacerlo! No era simplemente un capricho, era sumamente importante.

De cierta forma, estaba muy segura de que era locura, y es que antes de considerarlo muy bien, no esperaba siquiera que fuera a suceder. Era una simple idea descabellada que me había hecho, pero debía ser seria y mantenerme firme. Viéndolo en retrospectiva, sí que me comporté como una tonta intensa sacando todo de proporción, pero creo que se debe a que la verdad no sabía cómo actuar en situaciones como esas.

Antes del sueño, no les prestaba nada de atención —más que todo a Mike— para mí, no eran más que unas personas medianamente atractivas, inteligentes, pero de esos para los que necesitas paciencia; y es que una vez que los sueños aparecieron, no fueron más que una simple coincidencia.

De un momento a otro, comenzaron a reproducirse sin parar, como un mensaje de mi subconsciente que me decía que fuera diferente, que eso era lo que necesitaba para comenzar a soltar las riendas de mi vida.

Pero no estaba segura de qué era «eso». Tenía la certeza de que debía ser algo más complejo; por ello comencé a abordarlo. Estaba dejándome llevar por la presunción de que si hacía algo como en mi sueño podría ser la mujer diferente que necesitaba ser ¿No fue eso lo que me metió en todo este problema? ¿Ser una cobarde? El problema era que no sabía cómo hacer que alguien se sintiera atraído a mí, mucho menos cómo empezar una orgía como esa.

Me vi tentada a preguntarle a Claudia, cosa que pensé demasiado para alguien que ni siquiera era capaz de enfrentarla. Era obvio que no iba a ser capaz de pedirle un consejo, así que reconocí que era una verdadera estupidez. Aunque no por eso dejé de pensar en ello ¿Cómo se supone que iba a lograrlo? Tampoco podía decirle a Karen porque sabía cómo se iba a poner, que sería el tipo

de cosa que me quitarían las ganas de hacerlo, y yo no lo quería.

Mientras más pensaba en eso, más me emocionaba la idea de conseguirlo. Me sentí afortunada de conocerlos a ellos tres, ya que seguro eran los sujetos perfectos para lo que quería.

Lo curioso es que estaba segura de que si ellos hubieran sido los que querían una orgía no se sentirían tan raros como yo al pensarlo. Claro, tampoco creo que tuvieran el valor para decírmelo de frente o a alguna otra mujer. Eso me llevo a pensar que tal vez era cuestión de confianza.

Una confianza que me pareció ver crecer unas cuantas semanas atrás ¿Por qué no aprovecharla? Las personas que quieren algo se lanzan hacia ello ¿Cierto? Solo necesitan un pequeño impulso, un mensaje codificado o una mirada traviesa para motivarse a hacer algo.

Karen me había enseñado eso; más de una vez hizo una locura o se acostó con alguien simplemente porque le pareció entender una indirecta de ellos ¡Y no hay nadie más feliz que Karen! Ella siempre ha tenido ese envidiable brillo en su piel.

Tal vez era por eso. Fue por aquella razón que comencé a cuestionarme ¿Qué tenía ella que no tuviera yo? El valor era un factor clave, y para conseguirlo solo necesitaba lanzarme y ya.

Fue por eso que comencé a lanzarle indirectas a Mike, Carl y Erik. No sabía cómo empezar, pero necesitaba hacerme desear para que ellos se sintieran motivados a aceptarme. Cada vez que hacia una cosa que no entendían, fui acercándome más a la resolución de que debía hacerlo de otra forma.

Así, sucesivamente, fue aumentando la frecuencia con la que lo hacía y la intensidad que le imprimía a mis provocaciones. Todo eso hasta que, de un momento al otro, ellos mismos comenzaron a notar algo extraño.

No puedo decir que no fueron lo suficientemente inteligentes para darse cuenta de lo que intentaba hacer, pero sí fueron lo más discretos posible. Un día, simplemente me abordaron para preguntarme qué intentaba, por qué me estaba comportando tan raro y qué esperaba conseguir al ser tan «rara», como ellos dijeron.

¿Le habrían dicho eso a alguna otra mujer? ¿Ser seductora es raro? Traté de no ofenderme mientras que fingía confusión e indiferencia ¿Acaso no es eso lo que a ellos le gusta? Mi intención era emocionarlos para que no tuvieran más opción que acercarse a mí con ganas. Un proceso lento y complicado que creí que estaba logrando.

Resultaron ser más difíciles de lo que parecían. Me demostraron que no eran sujetos básicos. Incluso me llegaron a decir.

—¿Por qué tratas de seducirnos? —Mike, específicamente.

Era obvio que estaba siendo demasiado obvia, producto de mi falta de experiencia en el campo de la seducción. Aun siendo expuesta de esa forma, continué con mi actitud pedante, con la esperanza de que mi plan saliera de la forma en que lo esperaba.

—No eres una de esas locas que le gusta separar amigos ¿Verdad? —preguntó Erik—, nunca he visto a una, pero me dicen que están en todos lados.

—¿Qué? Asco ¡No! —exclamé, no podía simplemente permitir que pensaran eso— ¡Nada de eso!

—¿Entonces qué? —espetó Carl—, no parece el tipo de cosas que harías. ¿Sabes?

Me costó recuperar la compostura de la chica madura y consciente que solía ser antes de todo eso, pero una vez que lo hice, le conté exactamente lo que quería hacer. Mis intenciones eran honestas —por lo menos así lo veía yo— no esperaba molestarlos con tantas tonterías. Tal vez el valor era sinónimo de ser directa, y que después de todo, lo que realmente me hacía falta era serlo.

—Estoy segura, coño... —espeté, tumbada sobre la cama, con la respiración agitada.

Mike levantó los hombros asumiendo que estaba bien, aun sin creer por completo que estaba segura, para luego abrir la puerta y hacerle una señal a Carl y Erik para que entraran. Quería que fuera especial, porque tenía la intención de que realmente me hiciera sentir diferente. Por eso, no supe el motivo por el cual terminamos en la habitación de un desconocido en una fiesta a la que nunca en mi vida habría imaginado ir.

Ese día hubo muchas primeras veces: fumé marihuana, jugué juegos para beber con desconocidos y festejé como nunca lo había hecho antes. Mis niveles estaban realmente altos, pese a que estaba un tanto nerviosa, me sentía invencible y audaz. Quería hacerlo tanto que algo en mí decía que había sido el momento y el lugar indicado para ello, sin embargo, eso no me quitó los nervios.

No sabía si debía estar desnuda, actuando de forma sugerente o si debía dejar que todo eso sucediera por sí solo, aunque la idea de estar frente a tres hombres sin ropa esperando lo peor tampoco parecía buena idea.

Y por eso lo mejor que pude hacer fue tenderme en la cama tratando de levantar la parte superior de mi cuerpo tan sensualmente como me fue posible, pero no dejaba de parecerme que estaba haciéndolo todo mal.

—¿Qué intentas? —dijo Erik, en cierto tono de burla al verme hacer mi mejor esfuerzo.

—Sí ¿Qué se supone que es eso? —dijo Carl, doblando su cabeza hacia la izquierda buscándole forma a lo que hacía.

Inmediatamente desistí, dándome cuenta que no tenía caso. Me levanté y me sacudí, porque sabía que estaba haciendo el ridículo, lo que me hizo sentir muy mal; definitivamente sí era un asco en cuestiones de seducción.

—Nada, —respondí decepcionada de mi misma— esto no va a funcionar.

—Solamente tienes que calmarte —escuche decir a Mike, mientras terminaba de cerrar la puerta luego de ver que nadie venía—. ¿Sí? Que ya es lo suficientemente raro para todos.

—¿Y cómo se supone que voy a hacerlo? —sentía que temblaba del miedo.

—Esto es raro —dijo Carl, sentándose en uno de los bordes de la cama—. No me esperaba que fuéramos a hacerlo en verdad; creí que solo bromeaban.

—¡Claro que lo vamos a hacer! —Exclamando, me giré indignada— ¡Tenemos que hacerlo!

—Vale, vale... no te enojas no es su culpa —terció Erik— él solamente está diciendo que es raro. Yo también pensé que solamente bromeaban; no es normal que te inviten a un trio. ¿Sabes? A mí me cogió descuidado. ¿Sí?

—No somos solo tres... —interrumpió Carl— no puedes llamarle un trio.

—¿Cómo le digo entonces? ¿Trio de cuatro? No es un gang bang...

—Es un gang bang —respondió Carl.

—Uy no —intervine yo, con completo asco— suena muy asqueroso.

Los tres me destruyeron con la mirada y sin decirme nada, me hicieron saber que, con ese simple comentario, soné como una tonta ingenua. El asunto era que simplemente no me gustaba como sonaba, aunque eso fuera, prefería que tuviera otro nombre.

—¿No podemos decirle de otra forma? No me ayuda —continué.

—Dile cuarteto y ya —agregó Mike— no es para tanto. Tampoco creo que el nombre importe.

—¡Claro que sí! —exclamamos Erik y yo.

—Aja... ¿Cómo afecta? ¿Acaso vas a dejar de coger porque no te sabes el nombre? No seas ridículo —arremetió Carl.

—Puede ser... además, fuiste tú quien dijo que no podíamos llamarle trio —se defendió Erik.

—Pero porque no tiene sentido que seamos cuatro y le digas trio. Solo por eso.

—Bueno, bueno —intervino Mike— vamos a decirle cuarteto y ya ¿Sí?

Los tres se quedaron en silencio, mirándose uno al otro, para luego, tras un acuerdo silencioso, decidir llamarle cuarteto, lo curioso era que ni siquiera sabía si se iba a hacer o no.

Me sentí muy juzgada al darme cuenta que los tres estaban en frente de mi esperando que hiciera algo; no podían comenzar así cómo así, ya era muy incómodo estar en esa situación, además que era mi trabajo dar comienzo al ritual, de lo contrario, simplemente parecería una violación —así todo eso hubiera sido mi idea—, ellos simplemente estaban jugando a lo seguro.

Por otro lado, no importaba lo que pensara o lo que podría ser si ni siquiera sabía cómo actuar. ¿Cómo se supone que ese tipo de cosas funcionan? ¿No se supone que era sencillo? Yo sabía que todo lo que salía en internet era una mentira, pero no sabía lo complicado que era comenzar un trio, mucho menos un cuarteto. O ¿Tal vez solamente era yo?

Todo eso me dejó la sensación de tener un peso increíble sobre los hombros. Para variar, no estaba casi drogada; la verdad esperaba que lo que me habían dado para fumar me hubiera hecho sentir mejor —aunque no había pasado nada de tiempo desde que lo había probado—, lo que me dejó la impresión de que era posible que no fuese tan efectivo como decían.

—¿Entonces qué? —insinuó Mike— ¿Todo bien?

De los cuatro, quien se notaba más tranquilo era él, aunque por alguna razón me habría gustado que se sintiera un poco más nervioso. Verlo a los ojos —cosa que me costaba un poco—, lejos de darme más confianza, me intimidaba.

—No tienes que hacer nada que no quieras hacer —agregó— si quieres simplemente nos vamos y...

Pero yo no me iba a rendir, no estando tan cerca. Con todo lo que tenía, me lancé sobre Mike convencida de que, o daba el primer paso, o me quedaba ahí para siempre sin lograr nada. Atrapando su cuello entre mis brazos, nuestros labios se estrellaron para hacer así, el primer beso que nos dimos.

Carl y Erik respondieron de inmediato con un suspiro de sorpresa, incapaces de creer lo que estaban viendo. No los culpé, de hecho, no había contemplado por completo las consecuencias de mis acciones porque de inmediato me perdí en sus labios.

No era mi primer beso, pero no dejaba de parecer uno. Me quedé sujeta a ellos como nunca antes lo había hecho, sintiendo que tal vez todos los demás besos que di en el pasado no se comparaban para nada con eso que estaba experimentando.

Mike sabía hacer lo suyo, moviendo su lengua sin invadir por completo mi cuerpo, aunque yo, de la forma más inexperta y atorrante, la obligaba a entrar tratando de obtener la experiencia completa.

Estaba realmente emocionada, mi cuerpo se movía por sí solo ignorando por completo mi presencia. Me creí capaz de hacer cualquier cosa, sin saber que esa sensación extraña de falta de control se debía a esas drogas que me habían dado minutos atrás. No entendía la función ni el motivo, pero lo estaba disfrutando al máximo.

—Entonces sí vamos a hacerlo —escuché decir a Carl, superando lentamente la sorpresa de mi arrebatado.

—Genial —respondió Erik— ahora si se puso buena la cosa.

Erik se notaba emocionado por lo que estaba pasando, como si nunca en su vida hubiera estado en algo similar. Eso me hizo sentir un poco mejor porque no era la única tonta que estaba

enredándose en una locura como esa. Sin embargo, Carl no estaba desbordando de la misma emoción.

—Vamos a esperar que terminé con él ¿Cierto? —Agregó, un tanto disgustado.

Erik le siseó...

—No hables, que lo vas a arruinar...

Mientras que ellos dos discutían, entre susurro, lo afortunado que era Mike por ser el centro de atención todo el tiempo, nosotros nos besábamos apasionadamente. Yo no aparté mis brazos de su cuello, ni siquiera cuando él comenzó a mover sus manos por mi cuerpo, explorándome con una ímpetu cuidadosa y seductora que me dejaba estúpida.

Lentamente se acercaba a mi cintura, apretándola y haciéndome sentir deseada, segura, seducida; bajó lentamente e introdujo sus manos por debajo de mi pantalón para apretar mis nalgas, yendo directo al grano, empujando casi de inmediato mis caderas contra las suyas obligándome a sentir su miembro ya erecto —lo que me hizo sentir muy bien ¡Yo era la razón de esa erección! —; comencé a besarlo con mayor intensidad, deseando nunca detenerme porque creía que ya con eso era más que suficiente.

No lo era.

Carl y Erik se fueron alejando un poco para no interrumpirnos a pesar de estar haciendo exactamente eso con su discusión entre susurros. No me costaba mucho saber de lo que estaban hablando porque era obvio; querían participar. Sí, de cierta forma estaban arruinando el momento. ¿Quién quiere estar besándose mientras que otros se quejan por ello?

Aunque también tenía razón: era un cuarteto musical y todos debían formar parte de él. Yo no iba a ser quien separara ese grupo de intrépidos amigos, y tal vez tampoco quien los uniría más, pero era el motivo por el cual estábamos encerrados en la habitación de un extraño para desatar nuestros instintos.

Así que, convencida de que ya tenía el control sobre mi cuerpo —lo que estaba era un poco más relajada— dejé de besar a Mike y me acerqué a Carl, interrumpiendo su discusión y comencé a besarlo. No sabía si sería tan bueno como Mike, pero no me importó porque muy en mi interior los quería a los tres. Y para no dejarlo afuera, cogí la nuca de Erik con mi mano y también lo besé, fluctuando entre los dos para darle lo que querían.

—Okey... —dijo Carl cuando dejé de besarlo para comenzar con Erik— me callo.

Él acercó un poco sus manos a mí, mientras que me sujetaba a su cuello con mi brazo derecho y cogía la nuca de Erik con la mano izquierda. Me pude dar cuenta que intentaba disfrutar mi cuerpo tanto como yo quería que lo hiciera, pero algo lo retenía. Por lo que, cada vez más calmada y dispuesta a todo, sin dejar de mover mis labios, cogí sus manos y las llevé hasta mi trasero para que lo apretara, diciéndole con eso que tenía permiso.

Erik pareció entenderlo sin ningún tipo de mensaje y se dispuso a jugar con mis pechos sin sujetador, justamente porque ese día me dije que no lo usaría, más que todo porque no tenía ninguno presentable para la ocasión, mucho menos que combinara con mis bragas.

Mis pezones se endurecieron a los segundos de ser tocados. Como ya estaba concentrado en ellos, me cambié a Carl, quien me esperaba ansioso. Conté dos pares de manos masajeando mis carnes, lo que me hizo suponer que tal vez estábamos marginando a Mike. Intenté apartarme para buscarlo con la mirada, pero justo en ese momento, sentí que alguien me bajaba el pantalón de un solo jalón— lo que llevo a pensar de inmediato: ese es él.

—Te lo podía quitar ¿Cierto? —preguntó como si no lo hubiera hecho todavía.

Me causó un poco de gracia, algo inocente y travieso que, lejos de hacerme enojar, me éxito

aún más. Asentí con un sonido de aprobación ahogado por los labios de Carl.

—Humju.

Pero yo no era la única que iba a estar desnuda. Mientras lo besaba, comencé a desnudarlo, indicándole con gestos directos y cortos a Erik que también hiciera lo mismo. Ya estábamos ahí, teníamos que estar adecuados para la ocasión.

Me encantaba como me estaban tocando, aturdiendo mi sentido del tacto cada que enterraban sus dedos en alguna parte de mi cuerpo. Mis nalgas, entre mis piernas, mi cintura, mis pechos, mi rostro, mi nuca; los labios de Carl en mi cuello y la respiración de Erik en mi rostro. Estaba ahí, siendo esculpida por aquellos tres hombres tanto como creí que se sentía en mis sueños.

Esa corriente de pensamientos y sensaciones me llevó a dudar por un segundo.

—¿En serio estamos haciendo esto? —dije, apartándome por unos segundos de Erik.

—Claro que sí —respondió Carl, respirándome en el cuello mientras me besaba— muy real.

Pero no estaba llegando lo suficientemente lejos como yo quería, no tanto como esperaba que iba a hacerlo. Por lo que decidí llevar —empujándolo un poco por el pecho— a Erik hasta la cama, obligando que mis otros dos amantes me siguieran. Ya Carl estaba casi desnudo, solamente le faltaba quitarse la ropa interior, Mike ya tenía el miembro afuera mientras que Erik todavía tenía el pantalón.

Con eso, aproveché para dejarlo caer sobre la cama, arrodillándome mientras levantaba el trasero para que Mike y Carl siguieran entreteniéndose y le fui quitando el pantalón a Erik, con todo y ropa interior. En lo que hice eso, su miembro aplastado se levantó como si se tratara de una caja de sorpresas, erecto y más grande de lo que me esperaba.

—Rayos... —dije, enterrándole la mirada mientras que quitaba el pantalón— por un demonio Erik, por qué no me dijiste que tenías un monstruo.

Ante aquel enunciado, Carl y Mike levantaron sus miradas para ver el paquete que estaba transportando Erik tan descuidadamente. En una situación diferente, dejar de besarle el trasero a una mujer para verle el pene a otro hombre, tal vez habría sido demasiado raro, pero aquel miembro lo requería.

—Carajo... —exclamó Mike— parece que te va a explotar.

No era largo, como si fuera a tocarme las amígdalas luego de penetrarme, pero sí era realmente grueso. Para nada oblongo y muy bien dotado, tal cual dijo Mike, parecía que iba a estallarle.

—¿No te pico una abeja o algo? —preguntó Carl, legítimamente preocupado— es demasiado grueso.

Pero a mí no me importaba ni una cosa ni la otra. Vi a los ojos a Erik quien no dijo nada, ya de por sí incomodo por estar desnudo frente a otras personas. En silencio, entendí que en efecto era su pene y que nada le había pasado.

Mientras lo tenía en la mano, le levante la ceja izquierda preguntándole si quería que los hiciera callar; no sé si entendió mi pregunta o si creyó que era alguna otra cosa, pero sonrió para luego asentir suavemente con si cabeza.

Sin mediar más palabras, me acerqué a él e hice el mayor esfuerzo de mi vida para que no se notara que me costó un poco metérmelo todo en la boca. Sí era mi primera mamada, por lo menos a un pene de carne y hueso. Lo había hecho con dildos que a medias asemejaban uno de verdad.

De todos modos, logré hacer que se callaran, porque comencé a masturbarlo, pasarle la lengua e intentar que me llegara hasta la garganta sin hacerme vomitar. Se sentía increíble en mi boca y no sabía si era por el olor a pene de verdad o el sabor salado y un tanto ácido que tenía, o el hecho de tener la mano traviesa de Carl apretándome el trasero al mismo tiempo en que uno de sus dedos

se perdía en mi vagina.

No tengo idea de qué pudo haber sido, pero, todo eso parecía un gran momento para estar con vida. Carl y Mike se dividían el trabajo de tocarme el sexo como si estuvieran compitiendo a ver quién me hacía gemir más. Ambos eran tan distintos que el simple hecho de tenerlos ocupados en eso me encantaba.

El pene de Erik ahogaba mis gemidos justo en las veces en las que ambos decidían ponerse de acuerdo para tocarme al mismo tiempo. Uno se encargaba de meterme uno de sus dedos mientras que le otro le daba sutiles caricias a mi clítoris. La espalda se me doblaba, las caderas me temblaban y me costaba mantener el ritmo de mi mamada.

Sin embargo, ninguna parte de mi cuerpo estaba siendo marginada. Mis pechos, mis brazos, mi cabello, mis glúteos y mi entre pierna. No quería que nada de eso se acabara bajo ninguna circunstancia porque se sentía increíble.

El pene de Erik no dejaba de palpitarme mientras lo sostenía. Sus fluctuaciones de placer, sutiles pero presentes, evidenciaban que por lo menos no estaba haciéndolo mal; me estaba esforzando para no morderlo, tratándolo con el mayor cuidado incluso evitando apretarlo mucho. Pero al mismo tiempo él tomaba mi cabeza entre sus manos y la sostenía como si se fuera a caer mientras que tenía su grueso pene en la boca.

Con mi mano libre, sostenía el pene de Mike para cambiar de posición en cualquier momento mientras que Carl enterraba su rostro en mi trasero, lamiéndome la vagina y penetrándome con su lengua.

Tal vez lo que me hacía Erik no molestaba tanto por eso, aun así, se estaba dejando llevar por el momento, metiendo su pene hasta mi garganta tanto como podía, asfixiándose en el proceso. A veces se sentía bien, no podía negarlo, pero no era el tipo de cosas que quería estar haciendo. Además, su pene por sí solo me gustaba, no tenía que esforzarse tanto.

Todo eso sucedía mientras Carl abría mis nalgas para entrar mejor entre ellas, reteniéndome, evitando que todo ese vaivén de placer que me ocasionaba me hicieran escapar. Me costaba un poco controlar todo el alborozo que sus movimientos precisos me causaban, al mismo tiempo que resistía las ganas de probar el pene de Mike; se lo masturbaba aferrándome a él con todas mis fuerzas, intentando hacerlo sentir tan bien como me sentía.

Pero la falta de oxígeno no me permitía seguir apreciando aquella experiencia. Lentamente me iba desvaneciendo, perdiendo la noción del tiempo, el espacio, de la realidad latente sobre la que me sostenía pensando que tal vez moriría haciendo eso, en medio del sexo en la posición más vergonzosa en la que se podría morir. Pero yo no quería pensar en mi mortalidad, y mucho menos sin ser penetrada aún.

Pero él no parecía reaccionar, seguro necesitaba un pequeño empujón, por lo que llevé mi mano a sus testículos y los apreté de modo que le doliera lo suficiente como para dejarme ir.

—Déjame respirar —le dije, tomando aire luego de escaparme de sus manos.

Me costó un tanto hablar sin que se me saliera un gemido por culpa de Carl, quien no se detuvo siquiera por eso. Sentía cómo su lengua se deslizaba sin mucho esfuerzo a lo largo y ancho de mi vagina húmeda por su saliva y mis líquidos.

Se concentraba en cada una de las partes que estaban desde mi clítoris hasta mi periné como si se tratara de un helado a punto de derretirse. Lo saboreaba tanto que me podía imaginar cada movimiento que hacía, cada vez que con la punta se detenía para dibujar círculos en mi clítoris, que me borraban y aturdían sin mucho esfuerzo.

Quería parecer seria, pero Carl no me dejaba. Por eso, también tuve que detenerlo. Aquel

momento debía ser especial, no un enorme problema.

—¿Qué pasó? —exclamó, luego de dejar de lamerme.

—Lo siento es que... —dijo Erik, con una actitud más propia de él— es que me emocioné.

—¿Qué demonios hiciste Erik? —se quejó Carl, asomándose por encima de mi trasero—, estábamos bien, imbécil.

—¿Qué hizo ahora? —dijo Mike.

—¿No estabas viendo? —exclamé indignada.

—¡No!, tenía los ojos cerrados. ¿Qué voy a estar viendo, si tengo los ojos cerrados? —enfaticó.

—Lo siento, lo siento. Disculpa. —Continuó Erik mientras se acomodaba en la cama alejando su pene de mí—. No fue mi intención en serio.

Por un segundo estuvimos todos tratando de ser quien discutía más y mejor. La intensidad que había en aquel ambiente sexual que nos controlaba parecía haberse desvanecido casi por completo.

Yo intentaba defender la brusquedad de Erik de Carl, al mismo tiempo que se la reprochaba; Carl bramaba y reprendía a Erik por haber arruinado el momento, arguyendo que sabía que algo así iba a pasar si lo invitábamos a formar parte.

Se me había olvidado que segundos atrás estábamos dándonos placer el uno al otro, lo que rivalizaba por completo con lo que empezó segundos después. Pero en medio de todo ese escándalo, Mike tomó el control.

—Ya dejen la estupidez —increpó, interrumpiéndonos—. Ya...

En lo que nos callamos, continuó hablando.

—Tú —se dirigió a Erik— no lo vuelvas a hacerlo, contrólate. Si vuelve a pasar te voy a dar una patada. —Luego miró a Carl— cállate. Concéntrate en lo tuyo. Y tú... —por último, se fijó en mí— ¿Estás bien?

—Sí... —respondí dejándome llevar por la forma en que los controló.

Carl y Erik sencillamente se callaron y atendieron a lo que dijo, lo que dejó un ambiente un tanto tenso, pero menos intenso que antes.

—¿Quieres seguir? —agregó Mike, viéndome con ternura— si quieres lo dejamos así.

Me hizo sentir fuera del grupo que no me reprendiera como a ellos —aunque no había hecho nada malo, así que tampoco era necesario— pero de todo eso, la forma en que me habló, me dio cierto hormigueo en el vientre que no pude explicar.

No supe si estaba siendo condescendiente conmigo o si en realidad le interesaba mi bienestar, dado que casi muero asfixiada. Pero, de alguna u otra forma, dependía de mi decidir qué íbamos a hacer.

Y yo no quería, aún me palpitaba un poco la vagina, además que, muy dentro de mí, quería que Carl siguiera lamiéndome como lo hacía. La decisión era clara, así que tras resolverlo como personas adultas que éramos, continuamos con nuestro encuentro.

Mike propuso que me acostara en la cama, porque Erik me debía una disculpa, y la mejor forma de hacerlo era dándome tanto placer como pudiera. Por lo que, acostada viendo al techo, me abrió las piernas y comenzó a jugar con mi sexo.

Su lengua estaba caliente; los líquidos que cubrían mi vagina estaban fríos por lo que el cambio de temperatura me encantó. Se concentró en cada una de las partes de mí, demostrándome que sabía.

Con su dedo tocaba sutilmente mi clítoris, sin apretarlo como un interruptor, pero si con la

suficiente fuerza como para hacerme gemir. Quería moverme, pero Carl y Mike se interpusieron, haciéndome agarrar sus penes con las manos. Tuve que concentrarme en los tres al mismo tiempo en que intentaba no patear a Erik.

Entre los dos, se turnaban para entrar en mi boca, y a pesar de que eso no me causaba placer, sabía que ellos tenían que disfrutar de todo eso. Ambos penes eran diferentes, el de Carl, era un tanto más largo que el de Mike, pero no tanto; en cambio, el otro era largo y grueso, pero no como el de Erik que no cabía en la comparación.

Sin embargo, lo que más podía diferenciar era el sabor y sus aromas. A pesar de que era difícil distinguir con los ojos cerrados —dejando de lado que estaban a mi izquierda y derecha— una esencia era más intensa que la otra.

Mike estaba siendo imponente, embriagante. El sabor no era el mejor del mundo, pero por alguna razón quería apretar mucho más mis labios en su carne y fijar como fuera toda esa sensación en mí. Carl, causaba más o menos la misma sensación, pero más sutil.

A su manera, me hacía sentir que podía tragármelo completo sin ahogarme, como si no fuera suficiente para el espacio en mi boca. Aunque diferentes, ambos hacían bien su trabajo; mientras cambiaba, los saboreaba y los masturbaba, pensé en cómo podrían sentirse entre mis piernas, cómo se comportarían, qué tan bien me harían sentir. El simple hecho de pensarlo me excitaba aún más, entusiasmándome con cada lamida.

Quería gritar, decirles que me hicieran sentir mejor, que me encantaba. A pesar de que mi cuerpo expresaba lo suyo, yo no lo hacía.

La lengua traviesa de Erik se iba adentrando entre mis labios, haciéndome retorcer y enloquecer con sus lamidas. Podía sentir su respiración enfriándome la vagina, al mismo tiempo en sus dedos me abría y me daba pequeños masajes que elevaban el placer. Mis piernas inquietas se movían de un lado al otro, como si tuvieran vida propia, intentando cerrarse para detenerlo, pero él las apartaba sin mucho esfuerzo.

Una serie de impulsos eléctricos llegaban como torpedos a mis hombros, que luego pasaban a lo largo de mis brazos, hasta llegar a mis manos. Eso me dejaba un vacío en las palmas que necesitaba rellenar apretando con fuerza esos dos penes que sostenía. Quería hablar, pero el poco tiempo que tenía entre gemidos, mamadas y conseguir oxígeno, era muy corto para decir lo que ya mi cuerpo estaba expresando a la perfección.

Carl y Mike se entretenían con mis pechos, apretándolos y pellizcando con suavidad mis pezones, y buscando a tocar cualquier otra parte de mi cuerpo. Pero Mike lo hacía mejor. Fue en ese momento en que reconocí de verdad que sabía lo que estaba haciendo; todo lo que pensé antes de ese momento eran simples presunciones. Sus manos se desplazaban a lo largo de mi como si supiera en donde buscar; lugares que ni sabía que me harían sentir tan bien, lograron estremecerme sin esfuerzo.

Zonas inexploradas de placer. Se inclinó un poco y me comenzó a apretar mi cresta iliaca; sutiles golpes de corriente se extendían en mi abdomen, aturcidas después por la forma en que me apretaba las costillas.

Cosquillas que en situaciones normales me irritaban, aquella vez mejoraban la experiencia. Aunque, de repente, mientras tenía el pene de Carl en mi boca, él se escapó de mis manos y dejó de usar las suyas para darme placer.

Su lengua comenzó a desplazarse suavemente por los lugares que ya había tocado, generando sensaciones completamente diferentes. La presión mucho más leve que aplicaba con su lengua, al igual que el frío —también leve— que quedaba en el camino que dibujaba hasta mis costillas, era

un deleite en sí.

En mis pezones se detuvo para apretarlos con los labios, hacerle círculos con la lengua, mojarlos y chuparlos como si quisiera comérselos, pero hasta ahí. Solamente me tentaba, me hacía querer tomarle la cabeza y apretarlo contra mí con fuerza.

Ahogaba mis gemidos, temiendo ser un tanto grotesca y explosiva. Las ganas no me faltaban; me quemaba la garganta justo a unos cuantos centímetros de donde el pene de Carl me llegaba. Necesitaba expresarlo. Mis piernas estaban enloquecidas, pero incluso ellas se controlaban. Inmensurable los niveles de éxtasis que me poseían, pero debajo de las sabanas para que no fueran muy escandalosos.

La forma en que me tocaba era tan suave, pero a la vez tan excitante que me dejaba en un limbo de placer; no era suficiente. Aparte de eso, no duraba nada. Se detenía en seco para luego pasar a otro lugar a torturarme del mismo modo.

De mis pechos pasó a mi cuello, en donde me succionaba, como si quisiera causar un moratón, pero no lo suficientemente fuerte para lograrlo. Me respiraba con más fuerza, embriagándose de mí tanto como yo de ese estímulo sutil y enternecedor.

Comenzó a moverse con mayor lentitud, alrededor de mi cuello hasta detenerse detrás de mí oreja, en donde presionó con su lengua, doblándome el cuello y casi ahogándome con el pene de Carl. Erik no dejaba de lamerme, llevándome a pensar que tal vez me desgastaría la vagina de tanto hacerlo, pero no se sentía mal.

El pene de Carl me palpitaba entre los labios, chocando en el interior de mis mejillas, con sus testículos rozándome la barbilla; lo mordía con suavidad, lo presionaban contra mi cara, le apretaba con la mano y se la jalaba cuando me lo sacaba para respirar.

Él no dejó de jugar con mis pechos mientras se lo mamaba, aunque no tan preciso como Mike, lograba resaltar el placer en mi cuerpo. Erik intentaba tocarlos, enterrando sus dedos durante todo el recorrido hasta mis pezones.

Mike no dejaba de respirarme detrás de la oreja, ni de succionarme el lóbulo, obligándome a escuchar los sonidos que hacía su boca que por alguna razón me deleitaban el tímpano. Todas esas cosas no me gustarían en otros momentos, de hecho, me sorprendió que me hubieran gustado tanto. Tal vez era por la lengua de Erik, o por el pene de Carl, pero estaba segura que nada de eso se habría sentido tan bien en otra ocasión.

Mi cuerpo estaba que ardía, los preliminares me estaban matando, pero no parecían querer terminar todavía. En un movimiento osado, Mike y Erik intercambiaron puestos. Me di cuenta cuando de repente un pene enorme se abrió paso entre mis dedos y en lo que un movimiento mucho más delicado de la lengua comenzó a abrirme la vagina.

De inmediato aparté mi atención del pene de Carl para entretenerme con el miembro grueso y firme de Erik. Se veía descuidado, a punto de explotar, como si hubiera estado acumulando de todo mientras me lamía.

—Ay, pobre pequeñín —le dije, antes de darle un beso en la punta y luego abrir mi boca para meterlo tanto como pudiera.

Mi boca se abrió como nunca por ese pene. Podía sentir como me asfixiaba tan solo con la punta mientras que sus testículos estaban completamente cargados para estallar. Lo tenía extremadamente sensible; pasaba mi lengua por su glande y se estremecía por completo.

Trataba de tocarlo con total delicadeza para no hacerle daño porque se veía como si le estuviera doliendo. Pero mi control sobre la situación se desvaneció en lo que Mike comenzó de nuevo a explorarme. No me había hecho nada especial desde que se cambió; como si tan solo se

hubiera quedando viéndome en silencio como un perverso.

Su lengua comenzó a lamer entre mi pierna y mi vagina, tentándome aún más. Presionaba sus labios ahí, como si estuviera tocándome los labios, pero sin acercarse a mi sexo en lo absoluto. Iba de un lado al otro, subiendo, bajando, apretándome el interior delicado y suave de mis muslos que, al igual que las otras partes que me había tocado, no sabía que se sentiría tan bien. Llevaba repentinos y esporádicos golpes de corriente hasta mi espina que me doblaban la espalda. Se concentró en mí de una forma más sugerente.

Seguía tentándome y no paraba de hacerme gemir sin siquiera masturbarme. Era una locura, cada vez sentía que mi vagina estaba más húmeda con cada cosa que me hacía. Por la impotencia y el deseo de sentirlo en realidad, me aferraba a aquellos penes como si eso pudiera calmar mi sed de sexo, cuando en realidad me llevaba a desear más que me dominaran. Mi sueño no mintió, era el centro de atención. Ni yo, masturbándome a mitad de la noche, logré hacerme sentir tan estimulada.

Repentinamente, su lengua comenzó a jugar con mi perineo, acercándose tanto como podía a la entrada de mi vulva, luego paso sobre ella como si no estuviera ahí y se detuvo en mis labios, los que se introdujo por completo en la boca para succionarlos, como si los fuera arrancar de mí. Todo tan suave y preciso que me dejaba con ganas de más.

Quería enterrarlo, que me metiera los dedos, la lengua, la nariz, lo que fuera que quisiera, pero que me dominara, que me penetrara con fuerza. Deseaba con locura ser la mujer de alguno de ellos, que todo eso dejara de ser simple preliminares y pasáramos a la acción, al sexo intenso por el cual me había apuntado en eso.

Ya no tenía inhibiciones, ni dudas, ni temores. Quería el paquete completo. Ya no quería guardarme nada, no quería dejar de hablar, ni mucho menos controlar mis gemidos.

—¡Maldición, qué rico! —grité sin temor luego de sacarme el grueso pene de Erik—. Esto es lo mejor.

Y me metí el pene de Carl a la boca, y me lo sacaba para hacer lo mismo con el de Erik. Fluctuaba en uno y el otro fuera de control. Pero no era suficiente todavía. Entrelacé mis piernas en la espalda de Mike y lo empujé con todas las fuerzas que tenía para enterrarlo dentro de mi vagina, haciendo que perdiera el equilibrio y dejara caer su peso entero sobre mí. Su lengua presionó mi clítoris deseoso, llevándome hasta la siguiente puerta del cielo.

Estaba al borde del estremecimiento total cuando, tomándome por la cintura, Mike me levantó, me dio la vuelta y sentándome sobre mis rodillas, haciéndome levantar el culo, quedé elevada con los penes de Carl y Erik en el rostro. Estaban ahí, paradas el uno al lado del otro, esperando a que me acomodara.

En ese momento, Mike se concentró en mi trasero. Comenzó a darme nalgadas, a jugar con la comisura de mi ano, y a apretarme los pechos en el proceso. Yo gemía, gemía como loca. No sabía que me encantaba tanto que me dieran nalgadas, ni muchos menos que me besaran el culo de esa forma.

Quería más. Movía mis caderas para que no se detuviera, sintiendo como las sabanas acariciaban al mismo tiempo mis labios sensibles y húmedos. Y seguía, y le daba con más fuerzas. Yo me metía cada vez más aquellos penes, intentaba parecerme a las de los videos porno, sin mucho éxito, pero disfrutándolo de todos modos.

La realidad era otra, las cosas eran más detalladas, nada de eso lo veías. Lo que se veía no era lo suficientemente claro con respecto al placer que todo eso ocasionaba. Aquellos penes me llenaban la boca de tal forma que luego de un buen rato succionándolos, aun con la presión en la

mandíbula, sentía que me gustaba. Me estaba dejando llevar por la locura.

Cuando no podía más, simplemente los lamía, o los masturbaba o me metía sus testículos para mantenerla más cerrada. Y pensé que, si ellos jugaban con mi culo, nada me detenía a mí a jugar con los suyos. Y con mi lengua les comencé a tocar el perineo, hasta que, sin mucho esfuerzo, empecé a deslizar mi dedo a través de sus piernas hasta llegar a la entrada de su ano.

Apreté sus nalgas para distraerlos, pidiéndoles permiso porque, ante todo, soy una mujer decente. Al ver que no hubo rechazo, continué mi camino, me mojé el dedo con saliva y comencé a masajearles el ano.

Ambos se dejaron, lo que me sorprendió; había leído que eso les gustaba, que en su momento me hizo pensar que tal vez eso los hacía homosexuales en secreto. Pero en aquel cuarteto, con todos nosotros recibiendo placer, no había prejuicios ni tabúes que importaran.

Mike utilizaba su lengua para empujarla en contra de la entrada de mi culo; agradecida por haberme afeitado y limpiado como era necesario, los pronósticos de que posiblemente ocuparían cada orificio de mi cuerpo, se estaba cumpliendo.

Por un momento creí que sería demasiado para mi primera vez, pero ya en el acto, no había nada que me hiciera pensar que era más que necesario. No era mi primera experiencia anal, pero si la primera vez que algo más que un juguete se adentraba en mí, así que definitivamente era algo nuevo. Me arrepentí de no haber llevado nada para la ocasión.

Quería más y tanto como todos ellos pudieran darme, pero antes de poder expresárselos, todos se detuvieron. Carl y Erik se apartaron de mi casi al mismo tiempo, justo después de que Mike se apartó de mi trasero. Confundida, le busqué la mirada a los tres, sintiendo de repente que tal vez, todo eso, si se trataba de un sueño. Me pareció que sus caras no eran suyas y que lo que hacíamos ni siquiera era real.

Pero, antes de que pudiera darme cuenta, me levantaron la cintura, haciendo que la parte superior de mi cuerpo callera sobre la cama, quedando con la espalda doblada hacia arriba exhibiendo mi sexo completo. Una nalgada, luego otra, y después otra. Sacudieron por completo mi espíritu, lo que me llevo a reconocer que tal vez me gustaba rudo.

—Aquí voy —dijo Erik, ganándose el privilegio de tener su primera vez, a la vez que ser la primera vez que me penetraban, de nuestra primera vez en una orgía— ¿Lista?

El tan solo hecho de sentir que mi vagina estaba abierta esperando por eso, me excitó aún más. Por fin, lo que tenía rato esperando se iba a cumplir.

—Sí... —Exclamé en un suspiro, anticipándome a lo que venía.

El calor del pene de Erik se sentía cada vez más cerca, y cada vez más, poco a poco, hasta que su inconfundible punta comenzó a abrir mis labios. Nada más con eso logró hacerme temblar. Sentí cómo la espalda me temblaba, incluso moví un poco mis caderas para ver si con eso lograba meterlo yo misma.

Tanto él como yo, respiramos con fuerza, inhalando y exhalando casi al mismo tiempo, se sentía como si estuviéramos conectados y listos para el mejor momento de nuestras vidas. Sin mucho esfuerzo y contra todas mis suposiciones, empezó a entrar, estocando mi interior; estaba increíblemente húmeda, tal vez lo suficiente para que su pene entrara sin problema.

—Te ves increíble levantando el culo así —dijo Erik, desplazándose lentamente hacia adentro y apretándome las nalgas.

—¡Cállate y sigue metiéndolo! —estaba fuera de control, no quería esperar más por saber cómo se sentía aquel pene dentro de mí.

Pude escuchar a Mike y Carl susurrar unas risas cortas. Sentía cómo me abría, empujándome

hacia afuera el aire de los pulmones con cada centímetro que me entraba. Podía sentir como se deslizaba en mi interior, friccionando con cada una de mis paredes; me parecía interminable hasta que, de un segundo al otro, chocó contra mi útero. No recordaba que fuera tan grande, dejando la impresión de que incluso podría entrar aún más, pero no era su pene, era la posición que tenía.

De todos modos, eso era lo que menos me importaba. Una combinación de un dolor sutil y un vacío completamente llenado, dejé escapar mi primer orgasmo después de ser penetrada por una bestia.

—¡Válgame dios! ¡Sí!...

—Joder, mujer. Eres perfecta.

De cierta forma ese era el punto de no retorno. Ya había compartido con ellos, reído y confesado mis secretos; lo único que faltaba era cogérmelos y, llegando hasta ahí, la línea que dividía una amistad normal de eso, ya se había dibujado.

¿Cómo serían las cosas después de eso? No lo sabía, pero tampoco lo pensé mucho cuando Erik comenzó a moverse. Saliendo y entrando poco a poco, podía escuchar como mis líquidos se deslizaban afuera de mi vulva, como la cama rechinaba justo después que empujaba sus caderas en contra de mi culo. Lentamente aumentando la intensidad, mis gemidos se iban escapando con el tempo de sus embestidas.

—Sí... —decía yo.

—¿Te gusta? —preguntó él.

Llevé mis manos a mi trasero para abrirlo más, para sentir como mis nalgas se extendían y que él pudiera ver por completo a quien se estaba cogiendo. Mi sexo le pertenecía a quien me penetrase y yo no tenía razón alguna para dejar que ninguno de ellos se sintiera marginado.

No dejaba de empujar sus caderas contra mí, llevándome a lugares diferentes. Los preliminares me habían preparado para eso, estaba al borde de la locura, del éxtasis; si alguien me decía algo al oído estaba segura que iba a estallar en un gemido escandaloso, que me orinaría encima, que mi cuerpo se quedaría inmóvil por días.

Estaba llegando; cada golpe de su pene en mi interior, cada movimiento que friccionaba con mi interior, todo lo que hacía estaba manejando mis sentidos hacia un lugar nuevo y diferente.

—Ese culo se ve estupendo —escuché decir a Carl—. No sabía que eras así.

—Toda una sorpresa —respondió Mike.

—¿Cómo se siente? —le preguntó Carl a Erik.

Pero Erik no respondió; siguió penetrándome, apretándome el culo y haciéndome gemir como loca. Mis caderas se movían solas tratando coger su ritmo, de no dejarle todo el trabajo a él, quien me tomaba por la cintura para empujar con más fuerza su pene dentro de mí.

Cada vez sentía que me golpeaba más por dentro. Ningún pene de plástico se comparaba con sentirlo en verdad, con gritar al compás de sus embestidas ni de saber que ese pene que tuve entre mis manos ahora estaba a punto de hacerme llegar.

Aunque era un cuarteto y él no iba a ser el único en disfrutar.

—Me toca a mí, dijo Carl —apartando a Erik de mí.

De repente me sentí tan vacía que me hizo enojar. Ese maldito había sacado el pene justo antes de hacerme llegar.

—¡Ey! ¡No! Vuelve a meterlo. Vamos —intenté alcanzar su pene con mi mano, aun con el rostro entre las sabanas.

Obviamente no podía alcanzar nada más allá de unos cuantos centímetros lejos de mi trasero, pero en un intento desesperado por coger de nuevo el pene de Erik encontré lo que buscaba, solo

que un poco más delgado.

—Prepara esas nalgas, querida. Que vengo yo.

—¡Mételo de una vez! —exclamé.

Sentía que ya no tenía tiempo para sentir lentamente como me penetraba, así que apreté con fuerza aquel pene y lo acerqué tanto como pude a mi vagina para que él hiciera el resto del trabajo. Entró sin resistencia alguna. Estaba tan mojada que mi vagina se moldeó a su pene como si estuviera a su medida. Sentir de nuevo que me llenaban me hizo gemir de placer.

La sensación de casi llegar a mi tope había desaparecido con el poco tiempo en que tardó en penetrarme de nuevo, pero eso no significó nada cuando comencé a marcar mi propio ritmo. No tenía tiempo de que se pusiera al tanto de cómo me gustaba y de si lo haría como quería, así que dejé que mis caderas tomaran el control.

Lo empujaba con mi culo para conseguir que se moviera dentro de mí. No necesitaba que me golpeara el útero como a una pera de boxeo, solamente quería sentir que su pene se deslizaba dentro de mis paredes, sacudiéndome el alma sin mucho esfuerzo.

Carl parecía estar disfrutándolo de todos modos. Cogió mis nalgas con sus manos y aumentó el ritmo de mis movimientos. Se sentía incluso mejor. Su pene me rozaba por dentro de tantas maneras que no podía controlar mis gemidos.

Me agarraba a las sabanas de aquella cama que no dejaba de rechinar ante los golpes de su cadera contra la mía; la mordía, ahogaba mis gritos con el colchón. Mis liquido se escurrían de mi vagina cada vez que lo sacaba.

—Ahora sí... no pares, no pares. Coño sí. Sigue así.

Me golpeaba y me penetraba tanto como quería.

—Ahí, sí. Dame mi amor, dame más duro. Sí.

Logrando emocionarlo, Carl comenzó a moverse aún más rápido y más brusco, empujándome mucho más cerca del éxtasis.

—Dale, dale, dale. Sigue, sigue. No pares. Sigue... ¡Sí, sí! ¡SÍ! ¡AH!

Y como un golpe de gracia, mi cuerpo entero se relajó, dejé de moverme. Mi cerebro comenzó a divagar justo después de dar la orden de liberar tantas endorfinas como fuera posible, conectándome con el colectivo de células que comprendían mi entidad física.

Estaba en sintonía con mi cuerpo. Perdí el control, la noción del tiempo e incluso olvidé como respirar. Mi vagina palpitaba tanto como mi pecho, mi corazón bombeaba a millón mientras que las piernas se me acalabraban. Las paredes de mi vulva se contraían alrededor del pene de Carl, dejándome sentir su propio palpar.

Tardé varios segundos en reaccionar. Aun ni siquiera terminaba de experimentar el clímax cuando recordé que tal vez estaba marginando un poco a Mike y Erik. Aproveché que Carl se detuvo en lo que comencé a temblar, para salirme, darme la vuelta y acostarme viendo al techo. Todavía estaba sensible, pero no tanto como para detenerme. Así que abrí mis piernas, y miré directamente a sus ojos.

—Mételo —le dije a Carl. Quien cogió mis tobillos y volvió a penetrarme como si no se hubiera salido jamás.

Y golpeando las silabas con cada gemido, conseguí formar las palabras que quería decir.

—Vengan —miré a Erik y a Mike para que se acercaran a mí.

No sabía qué estaban haciendo ni por qué no se habían acercado por sí mismos como pasaban en los videos, pero no me importaba. Cuando lo hicieron, cogí ambos penes entre mis manos y comencé a succionarlos. Cada embestida de Carl me obligaba a gemir con más y más fuerza, lo

que no me dejaba mamar en su plenitud aquellos miembros. Pero no me detuve.

Su pene me estaba haciendo llegar, no tenía más control, estaba a punto de estallar.

—Sí, sí... ¡Sí!

Era lo único que podía gritar. Mientras más me penetraba más cerca estaba, hasta que, de repente, simplemente sentí como mi cuerpo entero perdió fuerzas; una sensación de alivio se extendió por todo mi ser... otro orgasmo se presentó. Llegó mucho más rápido que el otro, inyectando en mis venas el dulce néctar de la felicidad. Era increíble y no quería dejar de sentirme así.

Mike y Erik se turnaban para entrar en mi boca, mientras que gemía y gemía. Luego de Carl vino Mike, quien se acostó en la cama para que lo cabalgase, que fue lo que hice. Esta vez tenía el completo control de mis movimientos, por lo que dejé que mis nalgas rebotaran sobre sus piernas mientras que me comía los penes de Erik y Carl.

Ambos sabían a mi vagina, pero no me importaba. Continué succionándolos como si no hubiera mañana. Ese se había vuelto mi lugar favorito en todo el mundo.

Rebotaba y rebotaba sobre el pene de Mike que, haciendo sonar la cama con mi propio ritmo, me trasladaba a la locura. Mi vulva se sujetaba a él pidiendo más; sus manos no dejaban de abrir mis nalgas, exponiendo mi culo al mundo, mientras que los dos jugaban con mis pechos y apretaban mis pezones.

No me cupo duda que el pene de Mike había sido mi favorito de todo ese encuentro. Tal vez el de Erik había destacado en cuanto a densidad, pero eso no afectó en la forma en que Mike lo sabía usar. En cada posición en la que me puso, sentía que me trataba con tanto tacto que parecía que estaba esculpiendo una escultura y su pene fuera el cincel.

Llegaba hasta donde era justo, sin empujarlo demasiado. Era delicado cuando debía serlo y me reventaba con sus embestidas cuando quería que me partiera. Sus manos nunca se quedaron quietas; estimularon cada parte de mi cuerpo con precisión, llevando el placer al siguiente nivel con cada estocada.

Orgasmo tras orgasmo, sentía que mi cuerpo perdía más y más energía, convirtiéndome en un simple saco de carne incapaz de sostener su propio peso. Aquellos tres penes se habían encargado de tratarme como me lo merecía, como quería y como lo esperaba.

Una orgía no había sido jamás algo tan especial si lo hubiera hecho con otras personas que no fueran ellos tres. Esa, y las otras que vinieron, hicieron de mí la mujer que soy ahora.

Cuando todo terminó, descubrimos que la cama no era lo suficientemente grande para que cupiéramos todos, pero ya que estábamos ahí y luego de todo lo que hicimos, apretarnos uno junto al otro —acostados horizontalmente con los pies guindando a los costados— no impidió que nos pusiéramos cómodos.

—¿De quién será esta habitación? —preguntó Erik.

—Ni idea —respondí—, tengo rato haciéndome la misma pregunta.

Todo se veía tan diferente ahora que habíamos hecho eso, que, con tal de hablar, cualquier conversación parecía interesante. Estaba realmente agotada; no sabía que se podrían hacer tantas cosas en tan poco tiempo, ni mucho menos que me encantaría tanto. No sentía mis piernas, intenté moverlas, pero era como si no fueran mías en lo absoluto.

Aquello que hicimos me inspiró cierta paz difícil de superar; no imaginaba que, al dejarme llevar de esa forma, lograría tal sensación de plenitud. Una o dos veces giré mi rostro para verlos acostados, mientras respiraban agitados con los ojos cerrados; en ese momento vi en ellos algo que no creí que encontraría en nadie más.

Yo también cerré mis ojos para descansar, respirar profundo y perderme en el poco silencio que conseguíamos entre cada pregunta ocasional que quebraba el hielo —aunque el ruido de la fiesta de afuera continuara incluso después de todo lo que hicimos en esa habitación.

—Vaya —dijo Erik dejando escapar un suspiro en el proceso.

El sonido de su voz me trajo de nuevo a la realidad.

—Sí —respondió Carl, tras exhalar aire como si estuviera meditando—. No esperaba que fuera así de bueno.

—¿Y qué esperabas entonces? —pregunté, cuestionándolo de modo que creyera que podría estar ofendiéndome— ¿Esperabas que fuera malo porque lo hicieron conmigo?

—Yo no dije eso; lo que quise decir fue que... —Carl intentó defenderse.

Mike comenzó a reírse de repente, indicándole a Carl que solamente estaba bromeando.

—Sabemos a qué te refieres... te está tomando el pelo —aclaró Mike.

—Ja, ja, ja... —se rio sarcásticamente— muy gracioso.

—Sí lo fue. Porque parecía que te hizo sentir mal ofenderla luego de que te la cogiste —dijo Erik, dando directo en el grano— como si le debieras algo a cambio.

El ambiente se hacía cada vez más ameno, algo natural y completamente normal; no se sentía como que hubiéramos tenido sexo desenfrenado minutos atrás, por lo que simplemente comenzamos a reírnos a costillas de Carl, quien aún no aceptaba el que su relación conmigo había cambiado para siempre.

—Cállense la boca. No es gracioso.

—Ay... sí —dije al fin, luego de casi un minuto de risas—, aunque yo tampoco creí que sería capaz de hacerlo. ¿Saben? Antes de todo esto, todo esto me parecía una locura.

—Sí... eso se notaba —dijo Mike, con cierto sarcasmo— y aun así no dejabas de molestarme con tus preguntas.

—Estaba curiosa —dije.

Hablábamos viendo al techo, observando detalle a detalle lo que había en él. Pequeñas manchas inexplicables de cosas que no entendíamos, marcas de que en algún momento hubo un pedazo de papel pegado del que ahora solamente quedaba lo que no se quiso separar de la pega, afiches y trazos de la brocha con la que mal pintaron.

A mi parecer, estábamos sumidos en ese efecto de compartir el uno con el otro, que acordamos entregarnos un tiempo para nosotros. Era algo que trascendía nuestra existencia porque, luego de encargarnos de lo carnal, no había nada entre nosotros que nos separara del ahora.

—Pero sí te gustó —me preguntó Erik— ¿Cómo te lo esperabas, o no?

—Sí, sí que lo fue —respondí— la marihuana ayudó también ¿Sabes?

—¿Marihuana? —exclamó Carl, por completo extrañado.

—Sí ¿Qué marihuana?

—Pues la que me dieron antes de que viniéramos para aquí. ¿Saben? Esa que me hicieron fumar cuando...

—¿Quién te dijo que eso era marihuana? —preguntó Mike.

—Este...

Hice un poco de memoria para terminar dándome cuenta que, de hecho, nadie me había dicho que era marihuana y que, en realidad, ni siquiera sabía cómo se veían esas cosas.

—¿Creíste que eso que fumaste era marihuana? —dijo Carl, como si estuviera burlándose, pero no tanto.

—Sí, bueno... como me la dieron para calmarme.

Me giraba para verlos a todos cada que hablaban. Levanté mi torso de la cama, apoyando mi peso completo con los codos sobre el colchón, contemplando la mirada de confusión de los chicos al darse cuenta que me dejé llevar por un simple efecto placebo.

—Nadie te dio nada para calmarte, tú fuiste quien nos pidió para fumar —agregó Mike.

—¿Entonces qué fue lo que me fumé?

—Un cigarrillo normal —dijo Erik— creo que eso era ¿Cierto?

—Sí... eso era —aseveró Carl— ¿Acaso lo viste?

—No...

Luego de eso no tenía más nada que decir. Me dejé caer de nuevo sobre la cama, sintiéndome un poco como una tonta. Eso no cambiaba nada de lo que había hecho o sentido esa noche, pero sí que creí que había probado por primera vez la droga, lo que me decepcionó un poco.

—Que tedio, creí que me había drogado de verdad.

Por algún motivo, los tres lo encontraron hilarante, contagiándome sus risas. Sí, ciertamente era un momento único, sin igual... y aunque no había experimentado las drogas por primera vez, ellos se habían vuelto mi primera orgía, la primera vez que sentí que realmente estaba disfrutando mi sexo como se debía y en el que hice algo que nunca pensé que haría.

Nada más eso —tal cual como lo esperaba—, el entregarme al impulso y deseo desenfrenado, me había enseñado a hacer las cosas de otra forma. No era simplemente cambiar mi apariencia o intentar modificar la manera en que pensaba. Encarar mis problemas con firmeza y confianza. Es curioso que necesitara de una orgía para entenderlo; lo justo y necesario, si me preguntan. Tal vez había otros modos, pero ninguno se habría sentido tan bien como ese.

Me sentía más viva, más libre, incluso me daba la impresión de que mi piel era más brillante después de tanto tiempo —no tenía más nada que envidiarle a Karen—. Anterior a eso, creí que las cosas iban a ser más complicadas entre todos hasta que me demostraron que lo único raro era seguir pensando que eso afectaría nuestra relación.

Sin embargo, sentía que aún me faltaba mucho para decir que estaba atravesando por un verdadero cambio. La razón la cual había decidido ser diferente —o eso pensé—, no estaba siendo abordada como era debido; tal vez estaba haciendo las cosas de forma equivocada, y en realidad nada de eso me estaba ayudando.

Creí haber olvidado por completo que había sido difamada como una tonta y que no hice algo al respecto, o por lo menos no lo suficientemente contundente como debería de ser. Estaba consciente de que las personas involucradas se burlaban a mis espaldas sabiendo que yo no era la puta que ellos le habían hecho creer a todos.

Luego del sexo, sentí que algo no encajaba del todo. Sí, había encontrado una especie de iluminación personal; un logro más. Resultaba que no era suficiente. Lo que me había pasado no se justificaba ni mucho menos tenía sentido. Cuando supuse que había dejado todo atrás, de nuevo comenzaron las sospechas con respecto a Mike.

No dejaba de parecerme que sabía algo que yo no, y ese algo me tenía un tanto preocupada. No porque intuyera que era importante, sino que, por alguna razón, no lo había dicho aún. Era obvio, no tenía caso seguir ocultándolo.

No era simplemente por lo que había dicho, curiosamente ignoré tantas cosas que no parecía ser relevante que sintiera duda alguna sobre él. Indiferentemente de lo que pudiera decirme para convencerme a mí misma e que no era así, había algo, un olor que simplemente no podía evitar.

Con una idea clara en mente, comencé a insistir para que me diera de una vez lo que quería saber. Ya había propuesto una orgía ¿Qué más sería pedirle que me contara la verdad? Tenía que acostumbrarme a esa sensación de hacer las cosas como una persona decidida, no me podía detener.

El problema era que se negaba una que otra vez, observando de manera elocuente que no tenía nada que decirme. No me detuve. Mis preguntas pasaron a ser más directas, sin doble sentido o sin ocultar lo que quería saber. No tenía caso continuar pretendiendo que nada pasaba. ¡Era obvio que algo pasaba! Era su obligación decírmelo.

Pensé que podría aprovechar que ya no había barreras entre nosotros y que no tenía motivos para ocultármelo, después de todo, ahora éramos amantes. De hecho, tanto insistí que Carl y Erik decidieron intervenir.

—¡Por amor a Cristo, Mike! Dile de una vez... ya es demasiado —exigió Carl.

Acabando de descubrir que ellos ya sabían al respecto y lejos de molestarme por ser la única que no sabía sobre la vida privada de Mike, mi entusiasmo no amainó. Necesitaba toda la información que pudiera encontrar de ella si mi intención era arruinarla.

Adopté una actitud jocosa esperando que con eso fuera más fácil para él decirme. Tal vez resultó ser un tanto más fastidiosa de lo que esperaba.

—Sí... vamos, no esas así, cuéntame ¿Ves? —señalé a Carl y Erik— ellos lo saben ¿Por qué

no me dices?

Era una pregunta necia que había estado haciendo en bajo tono para no ser tan obvia porque al no saber que sabían, no quería que escucharan. Pero una vez que me motivaron a seguir, le insistí, dejándome llevar por aquella revelación.

—¡Qué no sé nada! Te digo. Ya deja. —respondió él.

—¿Pero por qué no me quieres decir? —ya a ese punto se había negado lo suficiente como para sentir que la cosa era personal— ¿Es porque soy mujer? ¿Ellos lo saben por qué son tus amigos? ¿Eso qué me hace? ¿Acaso como ya me cogiste no sientes que debes decirme nada?

Ofendido por mi insolencia, se dio la vuelta para mirarme a los ojos.

—No me vengas con eso —espetó agraviado— ¿Por qué estás tan empeñada con creer que sé algo?

—¡Por qué lo sabes! —me desfogué— No sé qué, no sé cómo y no sé por qué no me quieres decir. Pero no me veas la cara de estúpida, Mike. No me insultes creyendo que no me doy cuenta o que me haces un favor con no decirme.

—Mierda —dijo Carl, sorprendido.

La mirada en el rostro de Mike me demostró que definitivamente no se esperaba eso de mí, y eso era bueno. Ya no había motivos para que no me creyeran capaz.

—¡Estoy cansada de que me vean como una tonta! O de que crean que pueden hacer conmigo lo que les da la gana —continué— estoy harta de esperar por los demás. ¡Dime!

Mi intención no era enojarme con él, pero el que no me quisiera decir me tenía estresada.

—Coño, hermano, dile... —insistió Erik.

—¡Qué no!

—Vamos, Mike... no seas así. ¿Qué te cuesta? Ya te dije lo que esa estúpida me hizo ¿Y aun así no quieres contarme lo que sabes? ¿Qué sucede contigo?

—¡Por qué no importa lo que te hizo...! —explicó— ella es capaz de hacer más que eso. Deberías quedarte tranquila con lo que te hizo y ya. Pasa la página.

—A qué te refieres...

Viendo que hizo lo que yo esperaba que hiciera, se quedó en seco para luego, después de suspirar resignado, nos pidió que nos sentáramos para contar lo que, de los tres, solamente yo no sabía. Resultó ser que, en su momento, Mike se acostaba con Claudia, lo mismo que Connor. Me sentí realmente decepcionada al darme cuenta que no podía gustarme nadie que no se hubiera acostado con Claudia.

Antes de terminar el segundo año de universidad, Mike no era el mismo sujeto que conocí aquel día en las mesas de ping-pong. Ser completamente calmado, sin muchos amigos y extremadamente asocial, representaban tanto sus fortalezas como debilidades.

De cierta forma se parecía a mí, con la diferencia de que yo por lo menos tenía a Karen. No obstante, para su forma de ser, el socializar con otros no era prioridad, por lo que comenzó a divagar tal como alguna vez lo hice yo.

Y tras repetir el mismo comportamiento por meses, se topó con Claudia. En aquel entonces, yo no me imaginaba que fuera así, por lo que me tomó por sorpresa saber que mientras actuaba conmigo como una profesora amable y diligente, estuviera cogiéndose a Mike.

Bueno, creo que una vez que llegas a ser legalmente un adulto, no hay razones para sentirte abrumado por una diferencia de edad, aunque, una de casi dos décadas era suficiente para que no intentara nada de lo que hizo. Y no conforme, ¡Lo que me hizo a mí!

Mike era precisamente el tipo de chico que a ella le gustaba acechar: solitarios y

manipulables.

—La idea de que una mujer como ella se te acercara para hablarte bonito, tratarte bien y eso de que actuase como si en realidad le interesaras, no era algo que te hiciera pensar demasiado —me explicó Mike—, porque, o sea... sí era raro ¿Sabes? Pero ¿Cuántas veces ha pasado eso en la vida real? Hasta ese momento, nunca creí que fuera posible. Fue por eso que le seguí la corriente... pero lo disfruté...

Luego de acercarse a él, fue motivándolo poco a poco a pasar más tiempo con ella. Lentamente, seduciéndolo sin mucho insistir, lo arrastró a su primer encuentro sexual.

—Ella fue mi primera vez —confesó— y fue maravillosa.

Se me hacía difícil concebir adecuadamente la idea de Mike teniendo relaciones con Claudia, y más aún que fuera ella la que le enseñara a ser buen amante. Al saberlo, un escalofrío recorrió mi espalda. Pero lo suyo no se detuvo ahí. Luego de atraparlo completamente con sus encantos, fue acercándose más; durante semanas tuvieron sexo en su casa, en su oficina o en algún hotel.

—Por un momento llegué creer que estaba enamorándome de ella —dijo—, para mí, era la única persona que me prestó atención en mucho tiempo, y el que estuviera tanto tiempo conmigo me hizo sentir incluso mejor. Y el sexo, el sexo solo mejoraba las cosas. Eso no arruina nada.

Y antes de darse cuenta, pasó a ser parte de un selecto grupo de personas a las que Claudia mantenía bajo su ala. Connor, sus amigos, muchos otros y Mike, se habían dado cuenta que, al estar con ella, no tenían de qué preocuparse, ya que todo lo que les hiciera falta, ella se los conseguiría.

—«Tú me cuidas, yo te cuido», solía decirme —comentó Mike— al principio no pensé en lo extraño que eso sonaba, más que todo porque de verdad me sentía a salvo estando con ella. O por lo menos fue así hasta que comencé a darme cuenta de qué era lo que ella realmente quería con nosotros; nada de eso estaba bien.

Ese momento, la forma en que fluía la conversación, cambió por completo.

—Un día completamente normal, me llamó a su oficina diciendo que quería proponerme algo interesante —dijo, mientras que yo me imaginaba qué era eso que le quería decir—. No me pareció raro porque no era la primera vez que me pedía que fuera, aunque sí me intrigó un poco que dijera «algo interesante». Claro, aunque tomando en cuenta lo increíble que era estar con ella, no me preocupé mucho.

—Supongo que le dijiste que no —interrumpí, esperando que pensara igual que yo, aunque el gesto de rechazo que hizo con su rostro me demostró todo lo contrario.

—Pues le dije que sí —agregó, desvergonzado e indiferente a mi reproche—. No tenía motivos reales para decirle que no. ¿No te dije que no tenía amigos ni nada? No había modo en que no pudiera aceptar su propuesta, además de que la idea de «expandir nuestra relación» no sonaba para nada mal. Desde ese entonces, pasamos de solo tener sexo a experimentar todo tipo de locuras.

Ya iba a mitad de la historia, y todavía me costaba imaginarme a Mike acostándose con Claudia. De hecho, no dejaba de repetirse la imagen que me había hecho de él mientras que me cogía en sueños; era surreal lo celosa que estaba.

—Orgías —continuó, con el cigarrillo en la mano, lo que le agregaba cierto tono lúgubre al relato— tríos, intercambios de parejas, grabarnos, hacerlo en lugares que nunca habría imaginado que fuera posible. Pero ahí no se quedaron las cosas.

La forma en que su relación con Claudia cambió, le ayudó a comprender qué era lo que sucedía en realidad. Eso que él pensaba que era simplemente una aventura, que lo suyo era una adicción al

sexo cualquiera, se cayó por el borde de la cama para perderse y nunca más ser vista. Claudia no solo tenía en mente cogérselos a todos porque estaba loca, no. El pedirle tríos, orgías y demás, solo era parte de algo mucho más complejo.

—Al cabo de unos meses, la diversión comenzó a desaparecer —dijo— ella quería algo de nosotros, algo muy específico, y la verdad me parece algo estúpido el que no me hubiera dado cuenta antes.

—¿Por qué? ¿Qué te dijo?

—Decirme algo como tal, no. Ya a ese punto casi no nos veíamos más que para pautar el siguiente encuentro con la siguiente persona que ella nos indicaba. Creo que no lo entendí porque no quise, porque para ser honesto, resultaba bastante obvio.

—¿Entonces?

—Claudia nos estaba poniendo a prueba para formar parte de su negocio; nos preparaba para luego meternos en ese mundo. En lo que empecé a recibir dinero, no me cupo más duda.

Hizo una pausa dramática para aspirar el cigarrillo que había encendido minutos atrás, y agregó:

—Éramos sus putos —agregó, dejando escapar una gran bola de humo, para luego acomodarse y decir—: bueno, también lo hace con mujeres, pero tú me entiendes.

—Entonces ella... —y ante la resolución de aquella duda, me nació otra repentina. De arrebato, me giré hacia Carl y Erik— ¿Ustedes también? —exclamé sorprendida.

—¡Oh no! Nada que ver. No, no. —dijeron los dos, casi al unísono.

—No... ellos no tienen nada que ver con eso —aclaró Mike.

Suspiré, calmándome, para luego hacer mi siguiente pregunta.

—Así que Claudia recibía dinero de...

—No lo sé, nunca la vi recibir dinero de otra persona, y a mí nunca me pidió nada. Ahora, si lo hizo a nuestras espaldas, no lo sé. Todo parecía tan natural. Es curioso cuantas personas pagan por tener sexo.

Tragó saliva y continuó.

—Así que no sé...

A pesar de ser un asunto muy delicado, Mike se mostraba tranquilo e indiferente, cuando para mí, el descubrir que Claudia era una proxeneta, no me dejó muy bien. Un sabor amargo me nació en la boca porque sentí que mis problemas con ella simplemente se habían complicado.

—Cuando vi el video, se me hizo obvio que quería arruinarle la vida a alguien, lo que no esperaba es que fueras tú—continuó—, desde la primera vez me di cuenta de inmediato que eran ella, Connor y sus amigos. No era la primera vez que los veía ¿Sabes? Pero cuando nos contaste sobre lo tuyo, no supe qué decirte.

—Pudiste haberme dicho la verdad —interrumpí, en un arrebato irracional de ira que no se tomó muy bien.

—¡Ey...! de hecho ni siquiera iba a decírtelo ¿Oíste? —respondió, contagiándose de mi ímpetu.

—¡Claro que debiste habérmelo dicho! Era importante...

—¿Para qué? Si se notaba que no sabías nada, ni siquiera la conocías bien. ¿Para qué demonios te iba a decir?

—Porque pude haber hecho algo...

—¿Cómo qué? Si ni siquiera fuiste capaz de evitar que te metiera en problemas. A penas y le fuiste a reclamar y ya todo se había ido a la mierda.

—Pues porque necesitaba saberlo. ¿No lo ves? Ella me hizo esto y no sabemos por qué, y tú, sabiendo eso, no me dijiste.

—No seas estúpida... no ibas a hacer nada con... —y como si el sonido de su voz le hubiera hecho entender algo, se calló.

Respiró profundo como si estuviera a punto de ponerse a meditar y retomó el habla.

—Sí... tienes razón —confesó— debí habértelo dicho así no hicieras nada con eso. Lo siento.

—Sí, lo debiste haber hecho. No sé por qué tardaste tanto.

Pese a que la conversación terminó ahí, no pude quitarme la sensación de que tal vez no fue del todo una victoria conseguir que me dijera lo que quería. La forma en que reconoció su culpa, aunque precisa, tenía esa aura de que estaba comprometiendo sus propios intereses, que no por ser ajenos, dejaban de ser importantes.

En fin, luego de que descubrí eso de ella, no pude evitar contárselo a Karen.

—¿Qué quieres hacer con ella entonces? —preguntó.

Le conté parte de la historia, todavía no sabía si estaba preparada para saber qué cosa había hecho con los chicos.

—Pudiste haber sido la puta de Claudia si no hubieras sido tan cobarde.

—Lo sé... tal vez no estaríamos hablando de esto ahora. De todos modos, no sé qué hacer.

—¿Y cómo te sientes con eso?

—¿Con qué?

—Ahora que sabes que estás lidiando con una chula que intentó meterte en su negocio —apuntó — con eso.

—Este... no lo sé.

—Es que, o sea, ya no se trata de una profesora desquiciada que hace cosas por hacerlas, aunque de cierta forma eso hizo, ¿Verdad? Y es que no tenía motivos ¿Sabes? Te creería si me dices que lo hizo porque resultaba que todo este tiempo supiste que era una chula y que tenía putos y putas por toda la universidad trabajándole sin descanso rompiendo no sé cuántas leyes al hacerlo, y que así fueras una amenaza para su negocio y no porque simplemente no quisiste mamarle las tetas. Además de que, de por sí, eso de difamarte con un video es una movida un tanto cobarde viniendo de alguien que vende sexo. O sea, es muy loco todo eso ¿No crees?

—Puede ser. Creo que por eso no sé qué hacer.

—¿Entonces qué? Porque si dices que no es tan importante como creías —agregó, para luego medio murmurar— bastante raro viniendo de ti, por cierto.

—No, vale —exclamé, sintiéndome expuesta— simplemente lo pensé mucho. No es por nada.

—Sí... claro —balbuceó.

—¡En serio!

—Sí, bueno... —alargó el sentimiento de duda un poco más, poniéndome tensa por un momento, hasta que retomó de nuevo la palabra— pero qué vas a hacer. Si no es importante ¿Por qué te preocupas?

—No lo sé, siento que debo hacer algo al respecto, hacerla pagar, aunque no sé si siquiera valga la pena.

—¿Y por qué no va a valer la pena?

Pensé un poco en qué le iba a decir, tal vez porque quería convencerme a mí misma más de lo que quería hacerla entender a ella.

—Es que, o sea, Mike no la odia, y estuvo trabajando para ella tanto tiempo que, no sé, porque, no es un mal sujeto. Tal vez ella no es tan...

—¿Tan qué?, Estrella, ¿Tan qué? Porque no es que sea la mejor persona del mundo. Está manipulando a un grupo de chicas y chicos inmaduros para que tengan sexo por dinero.

—No los está obligando. Según lo que me dijo Mike, no los está obligando a hacer nada que no quieran hacer.

—Y eso que...

—Que ellos están haciendo eso porque quieren. Además, no es como que estén haciendo nada inmoral. Tienen el derecho de hacer con sus vidas lo que quieran, y si alguien quiere pagarles por eso no somos quienes para...

—¿Estás defendiéndola?! ¿En serio? —clamó.

—¡Claro que no!

—¿Cómo que no la estás defendiendo? ¡Claro que la estás defendiendo! ¿Qué te sucede?

—No lo hago, solamente digo que el arruinarle el negocio a ella es arruinárselo a personas que no tienen nada que ver conmigo.

—¿Cómo sabes eso?

—Sentido común, Karen; ellos no se la pasan todo el día maquinando qué cosa hacerme ni cuanto me odian. Soy tan insignificante para ellos como lo era antes del video. Además, no sé ni siquiera si está haciendo algo mal. No prostituyen a menores ni ofrecen sexo en vías públicas. Aunque sí...

—¿Sí qué?

—Aunque el proxenetismo es un delito, porque técnicamente hablando vender sexo no es ilegal y...

—¡Aja! Ahí está. Sabía que no era así de simple. Sí puedes hacerla pagar por...

—Pero según lo que dice Mike, nunca la vio recibir dinero.

—¿Y te lo creíste? —cuestionó con desdén— ¿En serio?

—No tenía motivos para mentirme...

—No, no a él; que si realmente creíste que ella no recibía dinero de eso.

—Bueno, la verdad es que no.

—Exacto. No lo hiciste.

—Aja, pero —intenté defenderme, pero antes de que ella me interrumpiera, reconocí lo estúpido que era.

—Esa mujer está loca, ya deberías haberte dado cuenta de eso. No hubo ni hay razón para hacerte lo que te hizo, y aunque no sea el fin del mundo, jugó contigo como si fueras una estúpida. No le importó en lo absoluto lo que eso podría significar para ti ni cómo te afectaría. ¿Y ahora intentas dejarla tranquila después de todo? Por favor, amiga. Date un poco de cuenta. ¿Sí?

Karen parecía estar decidida en hacerme ver las cosas de ese modo, y tenía razón. No importaba cómo me sintiera al arruinarla, ni siquiera lo que Mike pensara de ella. Ya había entendido que el video en sí no me afectaría y que mucho menos podría borrarlo del internet porque simplemente era imposible.

Además, tampoco podía terminar mi aventura en la universidad justo después de que hice una locura, pensando que con eso iba a darle un giro de 180° grados a mi vida. Necesitaba algo contundente, algo que realmente demostrara que esas pocas cosas que hice no fueran tan insignificantes como parecían.

Por eso, en los siguientes días a ese me decidí a hacer las cosas de otra manera. No sabía cómo ni qué «debía» hacer para lograrlo; todo eso con la esperanza de que en algún momento pudiera enfrentarme a las cosas a mi alrededor como lo hacían los demás.

En principio, supe que si quería conseguir resultados distintos debía comenzar a comportarme como nunca lo había hecho ¿Ser la mujer que decían todos que era? ¿Ser mejor? ¿Ser más mala?

También intenté aprovechar que había tenido una orgía para llenarme de valor y ser un poco más liberal. Pese a que disfruté el sexo que vino después de eso, poco tiempo después entendí que tal vez ser directamente una puta no iba a hacerme sentir diferente de la manera en que yo quería, así que continué en una búsqueda de «cómo debía comportarse la nueva yo».

Intenté cambiarle en corte de cabello, el color y la forma en que me vestía. Poco a poco me fui pareciendo al tipo de mujeres que le gustaban a Carl, Erik y Mike. Eran los sujetos de prueba que tenía más cerca además de que tampoco eran de gustos complicados, además, no era que yo me vistiera mal o no supiera maquillarme; no necesitaba un cambio de look extremo.

Sin importar lo que pensara, cambié ciertas cosas de mi estilo, nada del otro mundo, para ser honesta, pero que al final le dio un giro a mi aspecto. Busqué cuanto pude para lograr satisfacer mis nuevos gustos. De alguna forma ayudó, me hizo sentir diferente.

Y por ahí empecé. No era una experta estratega, o una mente malévola capaz de vencer a Claudia en su propio juego; no tenía idea de qué iba a hacer, pero sí que, fuese lo que fuera que hiciera, debía tener confianza en mí misma para lograrlo —eso decían las TED talks que vi— y eso tenía pensado hacer.

Fue por eso que volví a insistirle a Mike. Al hacerlo, entendí que podría estar enterrando el dedo en la llaga sin consideración. Era obvio que se trataba de un tema delicado, aunque por lo poco que me había dicho no lo pareciera. Carl y Erik simplemente estaban ahí callados, mientras que nuestra pequeña conversación iba evolucionando a una discusión sin sentido.

—Dime todo lo que sabes, por favor.

—Oh, vamos. No vayas a empezar... Te dije que lo olvidarás.

—No puedo simplemente olvidarlo, es importante.

Carl y Erik seguían ahí; curiosamente formaban tanta parte de eso como cualquiera de nosotros dos, pero no dijeron o hicieron algo.

—¿Por qué no quieres decirme nada? ¿Acaso no quieres que la haga pagar por lo que hizo?

—No hay razón para hacerlo —insistió— ¿Por qué simplemente no la dejas tranquila? O mejor ¿Por qué no me dejas tranquilo a mí?

—¿Acaso le tienes miedo?

—¿Miedo? ¿A ella? ¡Ja! Por favor.

—¿Entonces qué? ¿Por qué no quieres hablar de eso?

Respiró profundo, solo que esta vez lo hizo como una forma de controlarse.

—¿Acaso has pensado en que no quiero hablar de eso? ¿En que no quiero simplemente revivir lo que pasó? Creí que al contarte lo que querías saber te ibas a quedar tranquila. ¿Por qué no te quedaste tranquila?

—Porque no es suficiente, Mike. Porque si quiero hacerla pagar, necesito tener pruebas en su contra. ¡Tú eres la única prueba que tengo!

—¡Pero no quiero arruinarla! ¿No entiendes? No se puede hacer.

Pero yo no iba a aceptar un no por respuesta. Si no iba a tener el apoyo de Mike, entonces lo haría sin él. Armada de valor, me levanté aquella mañana con la intención de encararla con todas las de ganar.

Le dije a los chicos que ese día sería el día en que jodería a Claudia. Ya lo había pensado todo; lo que diría, lo que haría y cómo saldrían las cosas, ¡Hasta Karen había hecho un viaje de tres horas hasta la universidad, solamente para presenciar lo que habíamos planeado!

—Si me quieren ayudar. Buenísimo. Si no, también. Pero no voy a dejar que se salga con la suya. —Les dije por mensaje, antes de poner en marcha mi plan.

—¿Estás lista, belleza? —dijo ella, terminándose de vestir.

—Sí lo estoy.

Luego de superar la emoción de verme completamente cambiada después de tanto tiempo, pasó a estar tan entusiasmada como yo por encarar al fin a Claudia. Durante dos días preparamos todo, hablamos con las personas que teníamos que hablar y conseguimos los contactos que necesitábamos. Tener a Karen de mi lado me ayudó a que muchas de las cosas que queríamos hacer estuvieran listas a tiempo.

Tenía todo en su contra; sabía que era una proxeneta, que lo que hacía estaba mal y que me arruinó para nada. Si no conseguía arruinarla —que era lo que realmente quería— por lo menos iba a saber por qué carajos me hizo lo que hizo. Pero de que la enfrentaba, la enfrentaba.

—Quiero hablar con Claudia —le dije a Connor, luego de hacer una entrada agresiva al aula a la que nunca más entré.

Karen me seguía como si fuera mi sombra, dándome el valor que necesitaba para continuar con todo eso. Afortunadamente, la clase no empezaba aún, así que el espectáculo solo lo vieron unos que otros alumnos entrometidos.

—¿Qué? —parecía confundido, como si le hubiera contado un chiste difícil de entender— ¿De qué hablas?

—Deja la estupidez, Connor. Dile a la puta de tu jefa que quiero hablar con ella.

—¡Se hombre y habla! —dijo Karen.

Cualquiera pensaría que habría sido mejor que hubiéramos ido a su oficina, y eso fue lo que hicimos, lo que sucedió es que la desgraciada no estaba ahí.

—¿Qué te sucede? —insistió en evadir mi pregunta.

—¡Deja de hacerte el loco! —gritó Karen, dándole un inesperado golpe a la mesa con ambas manos— ¡Habla de una buena vez!

Harta, me acerqué tanto como pude a su cara y, de la forma más amenazadora que encontré, articulé lentamente mis palabras. El corazón me palpitaba a millón, parecía como si estuviera enviando litros y litros de sangre a mi cerebro de una manera poco natural. Ese era el tipo de cosas que habría hecho Karen, siendo precisamente en ella en la persona en la que me inspiré.

—Que me digas en dónde está la puta de tu jefa. ¿Entendiste? ¿O quieres que te saque la maldita pregunta a golpes?

Karen, se acercó a su oreja, tan amenazadoramente como yo, pero dejando la impresión de que en cualquier momento podría clavarle un lápiz en el tímpano si fuera necesario. Esa actitud imprudente y atrevida de ella, lo ponía nervioso. Sin embargo, a pesar de que estaba un poco intimidado, no parecía que fuera a decirme.

—¿Y tú qué me vas a hacer? —dijo, mirando a Karen.

No sabía cómo le iba a romper la cara a golpes, pero lo iba a intentar. Por lo menos entre Karen y yo podríamos hacerle algo. No obstante, justo en ese momento, Mike, Carl y Erik entraron por la puerta que yo había dejado abierta, agitados y ávidos por encontrarme.

—Maldita sea... —se quejó Carl, con la respiración pesada— ¿Por qué no vinimos primero para aquí?

—¿Qué carajos hacen aquí? —Exclamé.

—¿Quiénes son esos? —inquirió Karen, en un tono bajo de voz.

—Los chicos de los que te hablé.

—Oh, vaya, vaya. Nada mal —dijo Karen, encontrándolos sugestivos—. No has perdido el tiempo.

Intenté mirarla en desacuerdo con lo que acababa de insinuar, pero otra conversación tomó toda mi atención.

—¿Qué intentas hacer tú? —inquirió Mike.

—Pues le voy a sacar a golpes lo que quiero saber a este sujeto —no sabía si sería capaz de hacerlo, pero no podía echarme para atrás.

—¡Ja! —Connor, comenzó a reírse exageradamente en tono sarcástico— ¿Qué me vas a estar haciendo tú...?

Karen y yo nos miramos indignadas al notar que Connor estaba siendo grosero con nosotras. Poner en duda nuestras palabras era una ofensa que no podíamos permitir. Bajé la mirada y, dispuesta a cumplir mi palabra, me lastimé la mano al voltearle la cara con un golpe.

—Demonios... —me quejé.

—¡Diablos! —Karen se emocionó, sorprendida, para luego vitorearme con cierto orgullo.

El resto del aula le siguió la corriente a Karen, reaccionando a todo lo que hacíamos con gestos de asombro y entusiasmo.

Connor se cayó de su asiento, quedando en el suelo como un idiota. Segundos después de recobrar el equilibrio y levantarse, intentó arremeterse contra mí, justo antes de que Mike, Carl y Erik se lanzaran sobre él.

Entre los tres, lo golpearon uno a uno, como si estuvieran colaborando para darle una paliza. Él intentó defenderse, llevando la pelea a las afueras del aula, en donde, sin mucho esfuerzo, mis tres amigos lograron someterlo.

—Está bien, está bien... —dijo él.

Furiosa por lo obtuso que resultó ser al no dejarse convencer por las buenas y todo lo demás que me hizo, me acerqué rápidamente hasta donde estaba y le di una patada en el abdomen, fallando por mucho la entrepierna, que era en donde quería darle.

—¿Ahora sí me vas a decir donde carajos está la puta esa?

—¡Por qué! —preguntó, quejándose de dolor— ¿Por qué me pateaste? Dije que estaba bien ¡Joder! Que te voy a decir.

—¡Habla pues! —le exigió Karen, levantando el pie como si fuera a darle otra patada— ¿Qué esperas? ¿Qué te de un beso? Imbécil.

Asustado, se cubrió. Inmediatamente después de eso, nos dijo que ese día se vería con un chico nuevo en uno de los edificios abandonados, así que, siguiendo sus indicaciones, fuimos a buscarla.

—Fue divertido —dijo Erik, mientras nos alejábamos de forma triunfal de aquel encuentro.

—¡Estás que ardes, chica! —exclamó Karen. Me gusta esta nueva tú.

—Yo no he conocido a otra ella—dijo Erik.

—Pues no era así... —Aseveró Karen.

—Entonces dices que no te gustaba cómo era antes. ¿Verdad? —Bromeé.

—¡Qué! ¡No! Claro que me gustaba. Solamente digo que...

Empecé a reírme, pretendiendo estar tranquila, cuando en realidad no dejaba de ver a Mike mientras caminaba unos pasos delante de nosotros. Estábamos en una formación desigual, así que no era como que me estuviera evitando, sin embargo, no era como que estuviese dirigiéndome la palabra tampoco.

—Y a todas estas, tú quién eres. —Preguntó Erik, cayendo en cuenta que había alguien nuevo en el grupo.

—Karen —se presentó—. La mejor amiga de Estrella.

—Yo soy Erik —respondió— mucho gusto —satirizando una presentación formal—, señorita Karen.

—El gusto es mío —dijo ella, haciendo lo mismo.

De repente, terminé siendo un tercio innecesario en aquella dupla, por lo que adelanté mi paso, alejándome un poco. Estratégicamente quedé al lado de Mike, lo que aproveché para preguntarle.

—¿Por qué decidiste ayudarme?

—Porque tenías razón —aseguró—, supongo que hay que hacer algo con ella.

Era una conversación suave y calmada. De hecho, casi ni se notaba que estábamos hablando.

—¿Y por qué tan de repente? Todos sabíamos que tenía la razón.

—Porque la verdad ya no me importa lo que suceda con ella.

De arrebató, comencé a sentir un vacío extraño en el pecho.

—¿Antes te importaba? —pregunté, tratando de aclarar todo esto que teníamos.

—Un poco —aseveró— pero no es como que importe ya. Supuse que te lo debía.

—¿Solo por eso? —pregunté, esperando algo más.

—No lo sé —respondió, con un tono de voz que decía que realmente si lo sabía, alimentando mi curiosidad.

—¿Y qué le vas a hacer? —interrumpió Carl.

—¿Qué? ¿A quién? —pregunté un poco nerviosa.

—A Claudia.

Regresándome al evento actual, aquella pregunta me sirvió para distraerme un poco de lo que acababa de pasar. Les comenté con lujo de detalles lo que teníamos planeado para Claudia, aprovechando que nada de lo que estaba haciendo era enteramente legal.

Les dije que tenía más formas de hacerla pagar, y ella se iba a enterar por las malas. Con el dolor en la mano y el corazón aun bombeando litros de sangre, estaba más que dispuesta a arruinarla.

—Contigo quería hablar —grité, cuando la vi a lo lejos.

Claudia estaba entrando a un aula abandonada con un chico que parecía no saber qué estaba pasando. Mis cuatro amigos le intimidaron con gestos amenazadores para que se fuera y estuviéramos nosotros solos con ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ofendida— ¿Qué coño quieres?

Tardó unos segundos en darse cuenta con quien venía.

—¿Mike?

—Hola Claudia.

—Querido, ¿Qué haces aquí? —sonó como una persona completamente diferente.

—Nada de querido —exclamé, obviamente molesta.

—Deja de fingir, Claudia —expuso Mike.

—¡Sí, cállate la boca! —gritó Karen, con la intención de no quedarse fuera de todo el conflicto.

Carl y Erik simplemente se apartaron un poco, no tenían nada que ver con lo que pasaba; estaban ahí por nosotros.

—¿Qué haces con ella?

—No te importa lo que haga o no conmigo —hice tanto énfasis en esas palabras que creí que el haberme acostado con él ya había sido obvio—, sino lo que me dijo de ti. Perra inmundada.

Pude ver cómo se sorprendía de la forma en que le hablaba. Ella me conocía, o por lo menos

sabía lo indefensa que era. Eso me motivaba más a seguirle hablando así.

—¿Le contaste? —le dijo a Mike.

—Sí lo hice, Claudia. ¿Qué con eso?

—¿Pero por qué lo hiciste? ¿Para qué carajo le contaste todo a esta mojígata?

—¿Mojígata? —se escandalizó Karen— ve si la vas respetando, estúpida.

—¿Y tú quién coño eres? —agregó, Claudia, con asco.

—¡Eso no es problema tuyo!

Ambas comenzaron a insultarse hasta que vi que estaban perdiendo el hilo de la conversación.

—No vinimos aquí a darte explicaciones, Claudia —intervine—; estoy aquí para hacerte pagar por lo que hiciste.

—¿Todavía con eso? ¿Por qué no lo superas ya? —expuso con desdén.

—Pues lo siento, Claudia, no lo voy a hacer —dije de forma pedante—. Y vas a pagar por lo que me hiciste.

—¿Y cómo crees que voy a pagarte? —se burló— ¿Con dinero? ¿Te contaron lo que hago y ya crees que puedes extorsionarme? ¿Quién te crees que eres, tonta? ¿Ahora te juntas con gente así? ¿En serio? —se dirigió a Mike— ¿Por qué no vuelves conmigo?

—Sabes por qué Claudia. No te hagas la tonta. Te dije que no quería verte otra vez.

—Y aquí estás... —resaltó orgullosa.

—Pues no por ti, estúpida —interrumpió Karen, para luego señalarme—, por ella.

La mirada de ira que me dio justo después de escucharlo, no tuvo comparación.

—¿También a él? ¿Por qué carajo me molestas tanto? —aludió resentida.

No pude evitar sentirme confundida a lo grande. De repente las cosas se enredaron todas.

—¿No te bastó con meterte con Connor?

Karen y yo intercambiamos miradas, tratando de entender de qué estaba hablando.

—¿De qué hablas? —preguntó Karen.

—¡Ah! No me vengas a decir ahora que no sabes de qué hablo. ¡Sabes muy bien de qué estoy hablando! —me bramó—. Yo vi tus intenciones con Connor desde lejos. ¡Conozco a las de tu tipo! Sin vergüenza.

—¿Qué? ¿Yo? ¿Cuándo? —solamente consiguió confundirme más.

Nada de eso tenía sentido, o por lo menos no para mí.

—¿Crees que lo que nos viste haciendo fue una coincidencia?

—¿Hum? —gesticuló Mike.

—¿Lo del...?

—Sí... estúpida. Sabíamos que ibas a ir para allá. Pero no... tuviste que ser una cobarde y arruinarlo todo.

—¿De qué hablas? —dijo Karen— ¿Qué tiene que ver todo esto con...?

—Ah, por favor... —se quejó Mike, como si estuviera entendiendo las tonterías que dijo— ¿En serio, sigues con eso?

—¿Seguir con qué? ¿De qué hablan? —no estaba entendiéndolos.

Sentía que estaba perdiendo el control de aquel encuentro; hasta donde sabía, era yo quien debía enfrentarla, decirle lo que tenía preparado. Pero ellos se apoderaron de eso.

—¿Qué? ¿No te das cuenta de lo que hace? —exclamó ella, vulnerable.

—Claudia, por favor. ¿No podías quedarte tranquila? —dijo Mike— ¿Qué demonios te hizo ella para que te pusieras así?

—Se acercó a Connor... y yo intenté ser buena, pero esta idiota terminó siendo más tonta de lo

que creía.

Mike torció sus ojos, suspirando con indignación.

—¡Por favor, Claudia! ¡Pareces una niñita tonta! No puedes andar arruinando a la gente por tus tonterías.

—¿De qué están hablando? —pregunté.

—Pues que ahora todo tiene sentido —resaltó él.

—¿Cómo así? —inquirió, Karen.

—Resulta que Claudia cree que...

—¡No lo creo, lo sé!

La vio con desdén, torció de nuevo su mirada y le dio la espalda para hablar directamente con Karen y conmigo.

—Aja... resulta que cree —repitió, chocantemente— que estabas intentando quitarle a Connor.

—¿Yo?

—¿El idiota que te gustaba? —dijo Karen.

—Sí... ese mismo —afirmó Mike—, y sí... tú —dijo, dirigiéndose a mí—, por eso te hizo lo que hizo... —luego se fijó en ella y dijo, afincándose en cada palabra con vehemencia— ¡La puta razón por la cual me alejé de ti, maldita loca!

Todos estábamos arremetiéndole contra Claudia, cosa que parecía un poco grotesca incluso para ella. Aunque, en cuanto a lo que estaba diciendo, en realidad no era tan complicado como creí que iba a ser. Pero sí me resultó un poco ridículo que hubiera hecho lo que hizo por un simple arranque de celos.

—Ya va... ¿Entonces para qué me invitaste a...?

—Porque quería estar segura que no me lo ibas a quitar... —dijo ella— si no lo compartías conmigo, no lo podías tener...

Definitivamente era una loca.

— Pero nunca tuve nada con Connor —intenté explicar—. Solamente me gustaba y ya. Ni siquiera era algo tan serio. ¿Por qué carajos me hiciste eso entonces?

—Tenía que asegurarme que no hicieras ninguna tontería con él. Y como no tenía nada en tu contra, tuve que inventarlo —se fijó después en Mike— ¡No me veas así! ¡Ella se lo ganó!

Mike estaba juzgándola tan fuerte con la mirada, que la estaba volviendo loca. Me pareció curioso porque creí que él no quería hablar sobre ella porque le había hecho algo malo o porque le tenía miedo. Resultó que fue porque al final era una loca de la que no se sentía orgulloso. Resultaba muy obvio que se arrepentía de haberse enamorado en algún momento de ella.

—Después de que te fuiste tuve que esforzarme por respetar tu decisión...

No quería seguir escuchando sus ridiculeces, así que la siseé.

¿En serio fue por eso? —Interrumpí, indignada; necesitaba que ella misma me dijera—. ¿En serio me difamaste por una estupidez como esa?

—Lo hice porque te lo merecías...

—¡Que me respondas, joder!

—¡Responde! —insistió Karen.

No apartaba mi mirada de ella, quería que se sintiera tan acorralada como fuera posible, y si no lo hacía, que lo hiciera. Porque conseguía realmente insultante que una simple estupidez como esa me hubiera causado problema alguno.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Ah? ¿Qué no eres capaz de soportar una tontería? ¡En el amor y la guerra todo se vale!

—¡Qué me digas! —Clamé.

Me acerqué tanto a ella que parecía que la iba a golpear como lo hice con Connor. Karen me siguió el paso y Mike hizo el intento de detenerme, pero desistió cuando vio que yo misma me detuve. Claudia mantuvo su postura, mirándome fijamente a los ojos tratando de decirme que no me tenía miedo.

El asunto era que lo que quería que sintiera no era miedo, sino vergüenza por sí misma. Yo también conservé mi postura, sin apartar mis ojos de los suyos. Tenía que decirme a como diera lugar, y si necesitaba que alguien la pusiera en su lugar, no me importaría, con tal de que lo hiciera.

Ya no era la niña tonta que se dejaría intimidar por una personalidad tan mediocre como la de Claudia. Ella no significaba nada para mí; debía saberlo.

—Que... me... digas... —dije entre dientes, modulando lentamente y a la perfección cada palabra.

Cuando parecía que no iba a responder, que tendría que intentar atacarla de otra forma, se doblegó, aunque sin dejar de portarse como lo estaba haciendo. Y con la misma actitud pedante, insolente y de superioridad, aseveró:

—Sí.

Me quedé ahí esperando que dijera algo más, que no era tan simple como lo esperaba, que tal vez sí era una mente macabra; que la afirmación «No sabes lo que es capaz de hacer» no le daba demasiado mérito, cosa que ni tenía ni era capaz de sostener. Quería creer que era mejor que eso. Pero no dijo nada. Su respuesta plana fue más que suficiente para hacerme enojar.

—¿Es en serio?... Creí que estaban exagerando —me aparté— de verdad lo creí... —realmente me enojó esa revelación tan mediocre—. Por favor, —me quejé—, Claudia ¿En serio?

—¿Qué? —exclamó, insolente.

—Todo este tiempo creí que eras una persona mezquina y peligrosa —comencé a desdeñarla—. Pero no, solamente eres una lamentable putera. Una mediocre estúpida que se aprovecha de las personas, actuando tan segura y genial. Eres una farsa, tratas a todos como te da la gana porque no eres real, eres... una... farsa...

—¡Cállate!

—¡No! ¡No me callo! Porque no eres nadie para mandarme a callar. Ni lo serás jamás, maldita puta —espeté—. Te vas a arrepentir de haberte metido conmigo —me di la vuelta e hice una pausa dramática— ¿Sabes? Yo vine para decirte que no iba a aceptar más que me tratara, creyendo que ibas a ser una especie de desafío —resople con desprecio—. Pero mírate... terminaste siendo una perdedora más.

Karen comenzó a insultarla con el mismo tono en que yo lo hacía, haciéndola enfurecer aún más. Claudia estaba perdiendo la cordura. Cada vez que le hablaba, parecía que iba a estallar. A causa de eso, Mike ponía su brazo frente a mi vientre, intentando protegerme, —supongo que esperaba que me fuera a saltar encima o algo—, lo que, de cierta forma, la hizo enloquecer.

—¿Te acostaste con esta estúpida? —se desgañitó. Me miró con fuego en la mirada...— ¡Eres... una puta! —gritó.

Acto seguido, intentó saltarme encima. Mike la atajó, cogiéndola de la cintura para evitar que me tocara. Al apartarme, me di cuenta que Erik estaba grabándolo todo y Carl estaba emocionado como si estuviera viendo una película de acción desenfundada. Había olvidado que estaban ahí.

—Prostituta, desgraciada. Vendida. Te dejaste preñar por él. ¡Putas!

Los cinco encontramos la mirada del otro, confundidos por lo que acababa de decir.

Definitivamente estaba loca. Quería irme de ahí, porque mi discurso final, el que me serviría para demostrar que no era más la niña que ella molestó, dejó de significar algo.

No tenía caso intentar decirle algo a una mujer así. Pero, antes de pedirle a Mike que la soltara para poder irnos, me acerqué a su oreja. En lo que mis labios estuvieron lo suficientemente cerca de ella, Claudia dejó de berrear. No tengo idea de por qué lo hizo, pero me sirvió.

—Si tan solo me hubieras dejado tranquila, nada de esto habría pasado —le dije—, ahora, te vas a quedar sin nada. No sabía cómo hacerte pagar, pero una muy buena amiga mía me dio una idea.

—Yo soy esa amiga... —Dijo Karen, a unos cuantos pasos.

—¿Qué cosa? —le preguntó Mike, justo al mismo tiempo en que Claudia lo hizo.

—Eres una criminal... pero eso ya lo sabes, verdad —comencé a burlarme—, antes de esto creí que sería demasiado para ti, pero, por como resultaron las cosas, creo que es lo mejor.

—¿Qué hiciste?

Me aparté y elevé mi tono de voz solo un poco.

—Solo vine a decirte lo que te iba a pasar, para que sepas que fui yo quien lo hizo.

—¿Qué carajos hiciste?!

Continué caminando, apartándome lentamente de ella.

—Vámonos, ya no vale la pena.

Mike la apartó para luego dejarla ir.

—Mike no te vayas, deja que la estúpida esa se pierda. Hablemos...

—Chao, Claudia —dijo él, sin mirarla.

—Mike, no te voy a seguir... —le amenazó— ¡Quédate!

—Bien por nosotros —dijo Karen, con la frente en alto y caminando como si estuviera en una pasarela—, adiós, perdedora.

No esperaba que un simple accidente me hubiera llevado hasta donde lo hizo. Claudia había significado para mí un punto de partida para una serie de cosas que nunca creí que llegaría a hacer. Antes de ella, estaba convencida de que tenía toda mi vida resuelta y que, mientras viviera de la forma en que lo hacía, las cosas saldrían bien; ni me causarían problemas ni me darían grandes emociones.

Tenía que reconocer que no sería fácil limpiar mi nombre tanto como quería, aunque tampoco significaba que todo estaría perdido.

Lo que ella ocasionó no era un problema sin solución, no obstante, tenía que esforzarme cuando bien nada de eso pudo haber pasado en primer lugar. De todos modos, después de que se le acusó de proxenetismo y de prostitución de menores —dos de los que tenía bajo su ala aun no eran mayores de edad—, terminó con una condena bastante agradable. Eso pasó a ser la siguiente gran noticia de la universidad, dejando la mía en el olvido.

Lo que me pareció más curioso, y después de que superé el impacto de lo estúpidas que fueron, ciertamente me dejaron insatisfecha; esperaba más. ¿Extrañas? No cabe duda, ¿Inquietantes? Posiblemente. Claudia era una complicada obra en progreso y, la verdad, ni sabía que causaba ese tipo de cosas en ella. Supongo que cada uno tiene sus razones para caer en la locura.

Creo que rescaté cosas buenas: Mike... mis amigos, un nuevo enfoque de la vida, confianza, la satisfacción de haberla hecho pagar por lo que me hizo y algo así como que un final feliz, o más o menos eso. Sí, la vida continuó.

Al pasar de los años, aquella experiencia no fue más que un simple evento insignificante de mi pasado que fue apartado por cosas más grandes e importantes, sin embargo, lo que aprendí me

llevó hasta donde quise llegar. Supongo que valió la pena.

En fin, creo que eso es todo lo que tengo que contar sobre mi primera orgía. Afortunadamente no fue la última, aunque, las siguientes —un poco complicadas luego de que Erik y Karen comenzaron a salir, aunque con dos mujeres se hizo más fácil— y esa, iniciaron en mí algo que se quedó conmigo para siempre.

No cambiaría nada de lo que pasó ni mucho menos las personas involucradas. Pero, si necesitas conocerte a ti mismo, intenta hacer algo que nunca hayas imaginado... Supongo que esa es la moraleja y si me sirvió a mí, tal vez le sirva a cualquier otro ¿Quién sabe? Tocar la puerta no es entrar, y si no, ¿Acaso importa?

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo — Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Esclava Marcada — Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

Sumisión Total — Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos,

de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de

varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le

fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufá y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.